



Miguel Delibes cuenta el final de la caza

'El último coto' coincide con tres semanas de homenaje en la Fundación March

PEDRO SORELA, Valladolid
 "La fama, la fama...", dice Miguel Delibes como quien rebaja vinagre en unas lentejas: "La fama es una cabronada". Y sin embargo, haciendo honor a la suya de hombre sencillo y buena persona, se presta a las preguntas de los periodistas y permite que sus admiradores le interrumpen su rítmico paseo de mediodía, pese a que le molesta sobremedera que le reconozcan. Le conmueve incluso que jóvenes escritores participen en las tres semanas de debate sobre su obra que se desarrollan en la Fundación March. También es fiel a su reputación de pesimista. Baste el título del libro que acaba de entregar a su editor: *El último coto*. Porque, dice, "la caza que yo practico está acabada".

En una tarde benditamente nublada de Valladolid, Delibes aplaza la conversación, aplaza los libros, lo aplaza todo porque a Induráin le faltan tres kilómetros para entrar en Arezzo y hacerse con la *maglia* rosa del Giro de Italia. De modo que la entrevista comienza sin más trámite frente al televisor, con los comentarios de un experto de 71 años; aparenta unos diez menos: su gran, su único arrepentimiento es no haber sido un campesino, un campesino con coche en la puerta para ir por las tardes a exposiciones, cines y conciertos. De modo que sus comentarios ciclistas adelantan ya toda la entrevista: admiración por el individuo, por el hombre que, más que con los otros, compite consigo mismo. Y a ser posible sin armas.

La caza con Delibes es un tópico que amenaza con ocultarle, emborronar sus pistas. Y, sin embargo, es cierto que es el tema que más parece tener la fuerza de sacarle de su atento ensimismamiento. (Es un hombre muy cordial, pero mira con los ojos semicerrados más abiertos que quepa imaginar).

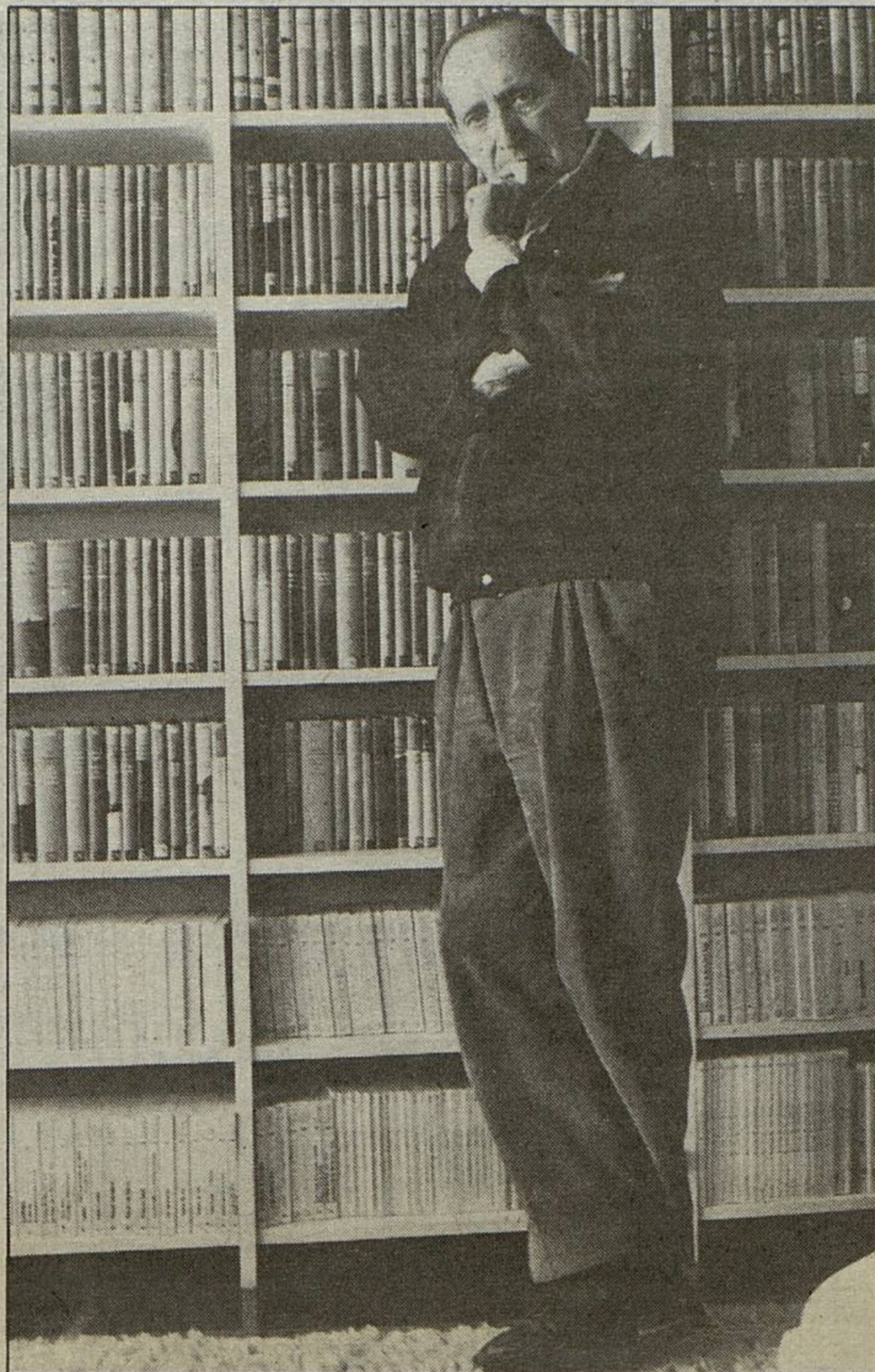
Aunque en realidad no es de caza de lo que habla, lo que le exalta, sino de naturaleza. Y le exalta porque se está muriendo. De eso trata el libro que acaba de entregar, *El último coto*: un nuevo intento de llamar la atención sobre una catástrofe que, simplemente, no vemos o no queremos ver: la media de lluvias en Castilla ha oscilado siempre en torno a los 400 litros por metro cuadrado y año. En 1990 fue de 325 litros. En 1991 cayeron 304. En éste, transcurridos cinco meses, han caído 50. Plantas como la retama, el aliguste o la junquera están secas. Y nunca lo habían estado.

El hecho de que a lo mejor es

una sequía transitoria no oculta varias realidades que la gente como Delibes dan por hechas: el campo está cambiando, el campo ha cambiado ya, y algunas cosas son irreversibles. "Estoy francamente alarmado. Ya no tenemos cangrejos ni olmos... y asistimos a su desaparición con una tranquilidad pasmosa. Estamos en un momento terrible. Los ríos son verdaderas alcantarillas. En el Pisuerga ya no hay más que carpas, que es un pez que se alimenta de mierda".

Para él, la puntilla, lo que le ha hecho pensar que realmente ya no tiene sentido cazar, es la cría en cautividad de la perdiz roja. Lo habían conseguido con todos los otros animales que se cazan en España, pero no con la perdiz roja, un pájaro tan libre como un oso, que se negaba a los experimentos de la industria cazadora. Pero ya lo han conseguido. En adelante, no sólo las codornices y las truchas que se cacen o pesquen en España serán casi todas de factoría "y sabrán lo mismo, alimentadas con piensos", sino también las perdices rojas. "Eso es el final de la caza, al menos de la que yo practico".

Porque, a diferencia de la inmensa mayoría de cazadores, que "lo que quieren es pegar tiros", a Delibes —lo ha explicado infinitas veces— lo que le interesa es medirse con un animal dotado por la naturaleza para poder defenderse. ¿Por qué no ir a otros territorios de caza? Porque ya no quedan. Como sabe Delibes por lo que le cuentan sus amigos o sus hijos (uno de ellos es director de la revista de caza *Trofeo*, y el otro dirige la estación biológica del coto de Doñana), lo que hay en todas partes es turistas. En algunos lugares están todavía en donde estaba España



Miguel Delibes, en su casa de Valladolid.

LUIS MAGÁN

hace unos años, pero ya van encaminados. "No quiero ni pensar en lo que ocurrirá dentro de 50 años".

Como un chico

Delibes vive con una hija en un dúplex forrado de libros y fotografías de su esposa, una mujer de sonrisa agradable cuya ausencia inspiró el último libro del escritor, *Señora de rojo sobre fondo gris*. En el portal de enfrente atiende un ginecólogo, de modo que cada tarde Delibes abre la puerta unas siete u ocho veces para decirle a señoras despistadas que no, que es enfrente. Lo que cuenta, después de uno de esos incidentes, con humor. Aunque sus libros, empezando por *La sombra del*

ciprés es alargada, rezuman melancolía, Delibes sonríe y se viste y deja la chaqueta en el suelo como un chico.

No vive en el campo, pero hace lo que puede por acercarse. A mediodía camina hora y media por los campos que rodean Valladolid. Aunque eso no deja de ser una metáfora. El campo está cada vez más lejos, y Valladolid está cercado por fábricas y colmenas. Un presagio, quizá. Porque a una ciudad y a una región que viven de la agricultura ya les han advertido que su futuro en Europa es más bien oscuro. "¿Qué va a pasar? Eso es lo que pregunto yo. Aquí nadie habla. Si esas perspectivas se unen al desastre de la cosecha, el momento es dramático".

El dibujante

P. S., Valladolid
 "Sí, me voy sintiendo cada vez más europeo. Es algo que se va sintiendo en Castilla. Aquí, a diferencia de catalanes o vascos, el sentimiento nacional no es muy fuerte". Así habla el escritor castellano por excelencia, reconfortado por el hecho de que, una vez en Europa, ya no es posible un cuartelazo en España, pero temeroso por las consecuencias que la integración va a tener en una región agrícola, como la suya, o con una absorción cultural que nos uniforme a todos. El idilio con Europa no puede suponer la indiferencia hacia Suramérica. Pero basta ya de retórica hispanista, dice. "Lo que hay que hacer no es Institutos de Cultura Hispánica, sino medidas prácticas de ayuda, como condonar la deuda que les ahoga".

Antes leía todo lo que se publicaba en España. Bien es verdad que cuando él empezó, en España sólo escribían, o publica-

ban, Cela, Gironella, Ignacio Agustí o Carmen Laforet, y todos los años había "una oposición para novelistas", que era el Premio Nadal: el único medio de empezar a publicar y sólo empezaba uno. A él se lo dieron por *La sombra del ciprés es alargada*, y todavía cree que el jurado se quedó impresionado por su pesimismo abisal, que al fin de cuentas reflejaba la posguerra del hambre. "Como novela era frustrada [la primera que él reconoce como tal es *El camino*], pero el tema era sobrecogedor. Por otra parte, las demás novelas que concurrían no eran muy buenas. Fui tuerto en el país de los ciegos". Define a Delibes una modestia que parece sobre todo sinceridad.

Ahora ya no es posible leer todo lo que se publica en España, con toda una explosión de nuevos autores que han recuperado el placer de contar historias y perfilar personajes, y le han dado la razón. Porque Delibes, escritor de historias y de personajes,

llegó a pensar en los años sesenta que se iba a quedar solo, con la explosión de experimentalismo y la *amenaza del nouveau roman*: la consagración de la descripción en perjuicio de la historia, con el criterio de que a la postre el arte, la novela, es fundamentalmente estructura.

Hace ya 30 años que no pinta pero considera que muy bien hubiera podido ser pintor, o cualquier otra cosa que le hubiera permitido expresarse. Que es de lo que se trata. Porque en aquellos helados años de posguerra que inspiraron sus primeras novelas, Delibes enseñaba Derecho Mercantil, como su padre, escribía novelas... y dibujaba caricaturas en *El norte de Castilla*, el periódico que llegó a dirigir. Pero no tenía maestro y terminó dejándolo. Sin embargo, en el colmo de la contemporaneidad, piensa que las diferentes artes no son más que afluentes de un mismo río, y que todo depende de los accidentes del terreno.

Chacel, Echenique y Nieva, finalistas al príncipe de Asturias de las Letras

JAVIER CUARTAS, Oviedo
 Cuarenta y cinco candidaturas concurren al premio Príncipe de Asturias de las Letras cuya decimosegunda edición se fallará el viernes en Oviedo. Ayer miércoles, las candidaturas de Rosa Chacel, Bryce Echenique y Paco Nieva eran los nombres que se barajaban como más firmes para lograr el galardón. También están propuestos los escritores Claudio Rodríguez, Francisco Umbral, el uruguayo Mario Benedetti; la cubana Cruz Varela —encarcelada en su país por su diario político—; el presidente de la República Dominicana, Joaquín Balaguer; el puertorriqueño Humberto López Morales, secretario de la Academia Puertorriqueña de la Lengua; el Instituto Caro y Cuervo, de Colombia; y la Asociación de Academias de la Lengua Española.

El jurado estará integrado por Octavio Paz, Jesús Aguirre, Luis María Ansón, José María Martínez Cachero, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Vilanova, Emilio Alarcos Llorach, Francisco Rico Manrique y Bernardo Fernández.

El premio, dotado con cinco millones de pesetas y la reproducción de una escultura de Joan Miró, fue concedido en anteriores ediciones a José Hierro, Miguel Delibes y Gonzalo Torrente Ballester, Juan Rulfo, Pablo García Baena, Ángel González, Mario Vargas Llosa y Rafael Lapesa, Camilo José Cela, Carmen Martín Gaité y José Ángel Valente, Ricardo Gullón, Arturo Uslar Pietri y el pueblo de Puerto Rico.

El premio, que será entregado el próximo mes de octubre en un acto presidido por el príncipe Felipe, está destinado "a la persona, grupo de trabajo o institución de las naciones que componen la comunidad iberoamericana cuya labor creadora represente una contribución importante al enriquecimiento de la lengua común de los pueblos hispánicos y de su acervo cultural".

La restauración del monasterio de Tordesillas ha costado 500 millones

EP, Valladolid
 El Patrimonio Nacional presentó ayer las obras de restauración llevadas a cabo en el monasterio de Santa Clara, en Tordesillas (Valladolid) que han supuesto una inversión de más de 500 millones de pesetas.

Las obras realizadas han abarcado aspectos arquitectónicos de mejora de toda la red de instalaciones y la recuperación de pinturas murales del siglo XIV, tablas góticas del siglo XV, lienzos, el retablo de la capilla de Saldaña, los baños árabes y el jardín.

Es precisamente en el jardín donde ha tenido lugar un importante descubrimiento de elementos mudéjares, que permite enlazar, de forma directa, la configuración del monasterio actual con el primitivo palacio de Alfonso XI y Pedro I.



Miguel Delibes, ecologista y cazador

El último coto
Miguel Delibes
Destino. Barcelona, 1992
246 páginas

JOAQUÍN MARCO

El nuevo libro de Miguel Delibes es una obra maestra de simplicidad. En forma de diario, iniciado en octubre de 1986 y hasta el 31 de diciembre de 1991, el autor anota las peripecias, reflexiones y pensamientos de este cazador empedernido que es.

La atención del lector a lo largo de casi 250 páginas se sostiene con la maravilla del lenguaje. Podemos asegurarlo con rotundidad. Existe en el panorama literario actual una serie de autores que poseen un considerable dominio de la lengua. Algunos de ellos destacan por su barroquismo y otros por su simplicidad. Pero Delibes se sirve del castellano con una naturalidad que hace de sus descripciones o de sus diálogos un camino fácil de andar, trillado. La riqueza de su vocabulario rural es considerable. Su castellano no es libresco, aunque sea autor muy leído, sino que brota de los veneros de la lengua viva de Valladolid y de las tierras en las que caza, en contacto con la expresión directa. Claro está que esta condición no le convierte de por sí en escritor. Su estilo no carece de retórica pero ésta se basa en la sencillez expositiva, en la adjetivación parca y atinada, en la enumeración lógica, en un estilo razonado y, en consecuencia, racionalista.

El último coto no es una novela, ni un libro de relatos, ni siquiera un diario en el que aparezca por alguna esquina la imaginación. Tampoco

'El último coto' es un diario de caza escrito con un lenguaje preciso

Su castellano nace de los veneros de la lengua viva de Valladolid

es un diario íntimo; antes al contrario, si el autor se sirve de la anotación fechada, ésta se inspira en hechos siempre externos. Apenas si se nos da oportunidad de conocer los estados de ánimo del escritor y protagonista. La caza no es un juego, es una actividad lúdica.

El libro tiene un único argumento, el enfrentamiento del cazador, solitario y libre, con sus presas que gozan también de libertad. Cada uno se servirá de los medios a su alcance. Y Delibes se recreará en los lances, como los cronistas deportivos en las descripciones de las jugadas más interesantes. Sólo ocasionalmente el cazador gozará de una compañía que participará en el ejercicio y entre los protagonistas sólo figurarán, como intermediarios, los perros.

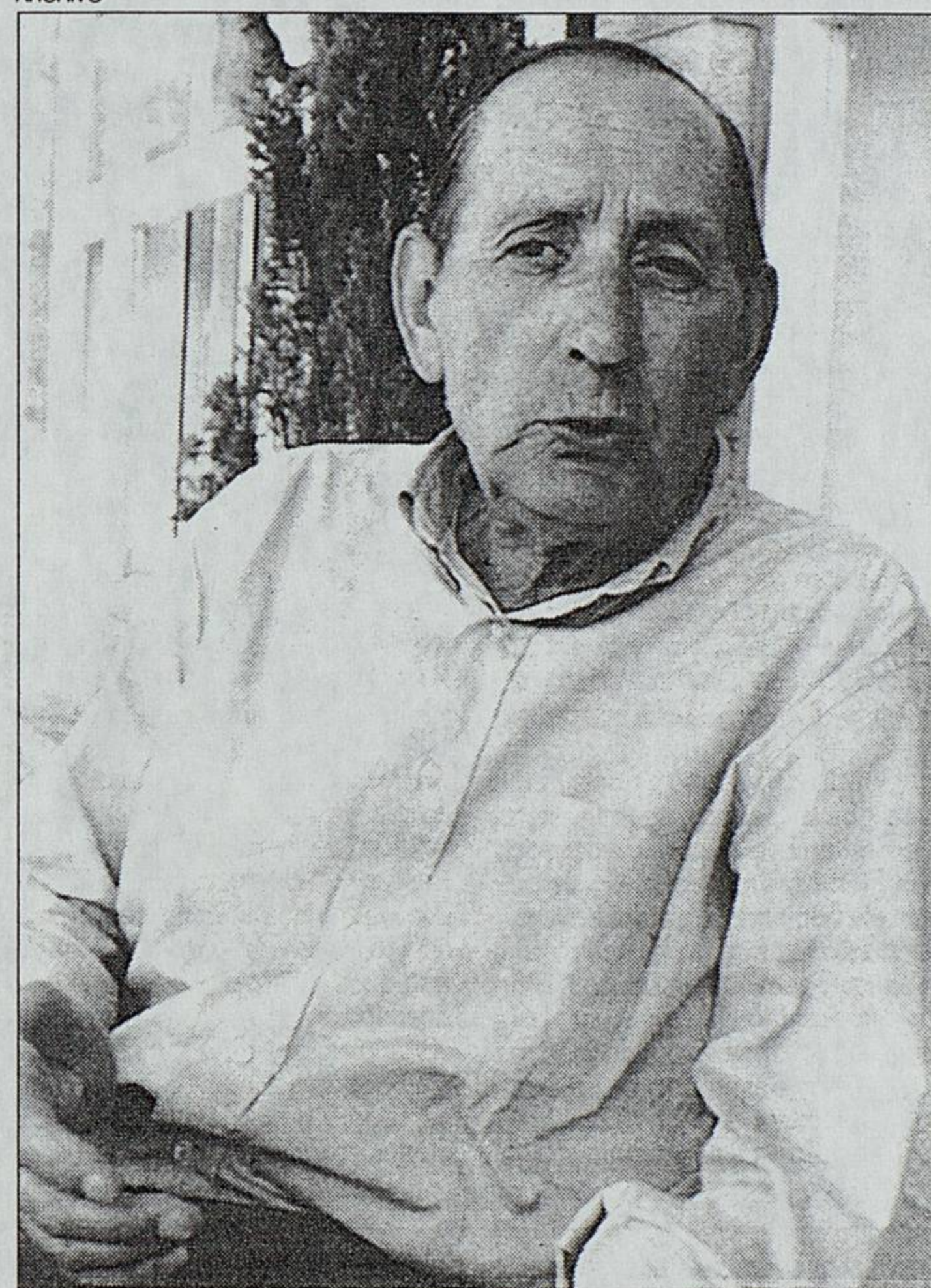
Todo ello quedará enmarcado en un paisaje castellano bien definido, lejos de las veleidades castellanistas de los escritores que a comienzos de siglo confundieron sus símbolos personales con la Castilla profunda. La de Delibes ha cam-

biado y el autor no se manifiesta contrario a las transformaciones, salvo cuando estas atacan a la Naturaleza, porque Delibes es un ecologista razonable. En el *El último coto* sabemos de su inquietud ante el uso indiscriminado de productos químicos que atentan contra la salud de los animales en libertad y las prospecciones acuíferas que reducen las zonas húmedas. Una vez más, el autor, atento a la realidad, alerta sobre los peligros. Reclama estudios y medios que favorezcan la existencia de la perdiz roja, de conejos y liebres que son sus piezas predilectas.

Exigencias

Sin embargo, *El último coto* no es un libro apocalíptico. El coto de El Bibre, por ejemplo, constituye un buen ejemplo de lo que significan los nuevos cazadores deportivos. **"Jesús María Reglero, como es de rigor, ya no caza con la irresponsabilidad con que lo hacíamos su padre y yo en la mancha de Torozos hace ocho lustros. Hoy la caza, si no ponerla -aunque algunos ya lo hagan así- si hay que cuidarla y, consciente de ello, Jesús María Reglero, el factótum, guarda las lindes contra el furtivo motorizado, limita las zonas de caza, decreta periodos de veda voluntaria durante las semanas navideñas e instala bebederos para que los pollastres no mueran de sed en la canícula estival. Un coto, bien entendido, en suma, donde se desfogan galgueros y escopeteros de cinco pueblos y dos docenas de cazadores de la capital"**. El cazador reclama la libertad también para el campo, aunque "el

ARCHIVO



Miguel Delibes. Un maestro del lenguaje y un amante de la caza.

campo se trabaja para producir cereal, no perdices".

Con un deje de melancolía, ese *último coto* coincide con su andadura vital: **"Cuando el viejo cazador habla, pues, de su último coto, no se refiere solamente a**

su decadencia física, a su progresiva decrepitud -la del cazador- sino también a esta gradual desaparición de la naturaleza y a su sustitución por unas tierras peñadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación y a

la sorpresa". El símbolo continuado de la decadencia vital (que no llegamos a percibir en las concienzudas descripciones, sino muy ocasionalmente al referirse a la pérdida de reflejos en un disparo doble, por ejemplo) propone al lector una constante alusión a tiempos pasados, donde la caza sería más abundante. Pero Delibes reconoce también que la frecuentación de libros de caza del pasado más feliz era perceptible ya en otras épocas. Será tal vez, apunta, porque el escritor de caza adopta un aire nostálgico, el que va de la escopeta a la pluma.

No faltan en el libro los apuntes entusiásticos, como el que describe la caza con halcón y con azor. O el relato de la muerte de su perra, la *Fita*, que destaca por su sensibilidad.

Para los tan numerosos aficionados a la caza, el libro les sabe a poco. El lector no aficionado disfrutará con el equilibrio estilístico, las bellas descripciones de las vaguadas, los rastrojales y los montes cubiertos de tomillo que enmarcan ese canto a la Castilla rural y a su paisaje que lucha también por la supervivencia. Los campos de Delibes están cruzados por *jeeps* y tractores. También el paisaje se transforma. El testimonio del escritor vallisoletano conforma un canto a la naturaleza y a la libertad. Hay escasas muestras de la intimidad de Delibes pero no quisiéramos pasar por alto una súbita confesión que brota ya en las primeras páginas: **"En la vida no es malo tropezarse con seres que únicamente frunzan el rostro para reír, en especial para aquellos hombres proclives a la hiponcondria como es el caso del que suscribe"**.



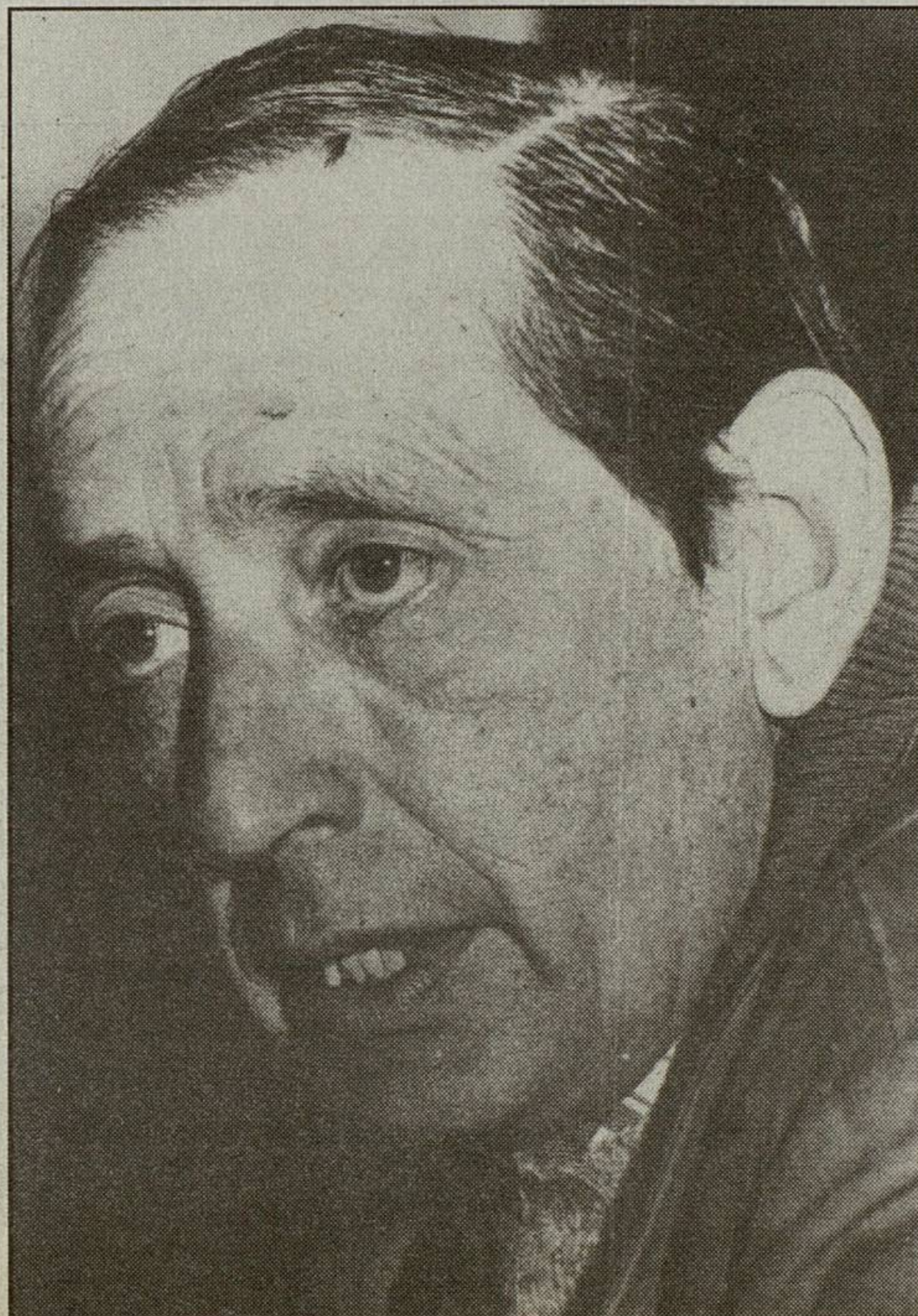
EN ROMAN PALADINO

Miguel Delibes y la caza

La caza, que comenzó siendo el único medio de subsistencia del hombre primitivo, allá en los tiempos de la prehistoria, se ha convertido, desde hace ya muchos años, en uno de los deportes con mayor número de participantes. No hay más que ver la cantidad de gente que lo practica, sobre todo durante los fines de semana. Gente distinguida, de alto copete, capaz de pagar lo que sea con tal de poder cazar en un buen coto, y personas de clase media o baja que gozan a más no poder atravesando liegos y barbechos, con la escopeta al hombro y el perro abriéndoles camino. Desde mediados de octubre, en que se abre la veda, hasta que ésta se cierra, luego ya en el buen tiempo. Son meses de plena expansión cinegética, jornadas en las que las habilidades del cazador y la astucia de liebres y perdices pelean por salirse con la suya, esgrimiendo cada cual su destreza y sus instintos.

La caza, naturalmente, tiene su filosofía, su ética, sus normas, su literatura. Desde el infante don Juan Manuel hasta nuestros días, ha sido tema de estudio y aprendizaje. Don José Ortega y Gasset le dedicó páginas de hondo calado sociológico, como también lo hiciera con la fiesta de los toros. Yo, que de siempre he sentido poca simpatía por el deporte de la caza, confieso que he llegado a comprenderlo merced a la lectura de sus propios estudios, de los escritores que han sabido contarnos toda su verdad. Porque el auténtico cazador, el que ama la caza y sabe lo que se trae entre manos, jamás se tomará ventajas que no se ajusten a la ley, ni eso mucho menos entrará a saco en la naturaleza, a la que respeta como cosa propia y fundamental. Lo malo, como sucede en toda actividad, son aquellos que se echan al monte y proceden a capricho; es decir, los malos cazadores.

Coincidiendo con la apertura de la temporada de caza, me



Miguel Delibes

llega un nuevo libro del escritor y cazador Miguel Delibes, cuyo título es "El último coto". Un libro donde el novelista vallisoletano nos cuenta sus andanzas y experiencias cinegéticas durante estos últimos años. Siempre con su limpia prosa, con su acendrado amor al campo y a todo cuanto en él alienta. ¿Es "El último Coto" el tramo postrero a la dedicación de Delibes a su deporte favorito?

De ello se habla también en estas páginas. el escritor advierte el paso del tiempo en su anatomía, en su resistencia física, en la fatiga de las grandes caminatas, en cómo le van pesando los rigores del tiempo. Pero lo que más pesa en

su ánimo son las condiciones cada día menos propicias a la caza, los cambios que el campo castellano está experimentando con las sequías, los calcinantes verano y otras adversidades.

El libro está escrito en forma de "diario", cotejando fechas y narrando hechos verídicos. Pero es tanto el atractivo de su prosa, tan grandes sus conocimientos cinegéticos, que termina uno creyendo que la cosa va más allá de la realidad, que nos hallamos ante una realidad mágica. Sobre todo cuando se refiere al paisaje, a la climatología, a sus propios estados de ánimo. Dice, por ejemplo, en la página 36: "Hoy los bichos no rompieron, pero el

paseo bajo el primer sol piadoso del invierno, entre los añosos enebro que pueblan la finca, fue realmente agradable". Tampoco falta el relato de alguna de sus cacerías en La Mancha, concretamente en Corral de Almaguer, con el campeónísimo Tragacete y su amigo Vicente González: "A pesar del pingüe botín, creo que estas tierras manchegas son para cazarlas en octubre, con temperaturas blandas y pámpanos en los cepones. En enero resultan demasiado desabridas".

Es una hermosa historia con muchas pequeñas historias dentro, un boquete abierto al fabuloso mundo de la caza, donde el autor vive y da cuenta del atractivo y los problemas que este deporte o dedicación reporta y va acumulando. Delibes nos habla de la extinción de la "petirroja" y de su fabricación en las granjas, lo cual deteriora la calidad de estas preciadas aves y dificulta su posterior implantación en el campo. Nos habla de toda la fauna que puebla las tierras de Castilla, con detalles y consejos de gran valor cinegético. De la muerte de algunos de sus perros más queridos como el "Grin" y la "Fita", de su posible despedida como cazador, más que por cansancio, como queda dicho, por la precariedad que hoy vive la caza silvestre en España.

Y este otro detalle donde Miguel Delibes demuestra, una vez más, su fina percepción sociológica e histórica. Se refiere a quienes detestan la caza como actividad violenta: "A medida que se incrementa la violencia en el mundo, mayor empeño ponen algunos en depurar de agresividad aspectos puramente frutivos de la actitud humana como pueden ser la juguetería, la caza, o los toros". Esta paradoja comenta: "me recuerda la actitud de aquel carcelero del campo de concentración de Dachau que lloraba el día que se le murió un canario".

José López Martínez

VIDA RELIGIOSA

DOMUND

El DOMUND es algo así como un aldabonazo de la Iglesia a todo el mundo católico, para recordarnos el drama más grandioso que se está desarrollando a lo largo de la historia de la Humanidad. En este drama son tres los agentes que intervienen: dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad. La Iglesia, fundada y enviada por Cristo a las gentes para ayudarles a salvarse. Y el tercer personaje es la Humanidad, llamada por Dios desinteresadamente a participar con El en la vida y en la gloria.

Fue el Papa Pío XII el que dijo, cuando, en una campaña llamada para un "Mundo mejor", afirmaba: "Tenemos un mundo por delante que transformar de salvaje en humano, y de humano en divino". Se manejan cifras y números escalofriantes. Más de 1.500 millones viven sometidos a un régimen de hambre de pan. 700 millones padecen hambre de cultura, son analfabetos del todo. Por eso, la Iglesia, ante esta pavorosa situación del mundo en que vivimos, al par que promover el Evangelio, intenta promover la cultura y fomentar la comunicación de bienes.

Se puede apreciar que los pueblos ricos, ahitos de pan, están tristes, porque tienen hambre, necesidad de Dios: "No sólo de pan vive el hombre...". Nunca el hombre ha estado tan necesitado de los valores del espíritu. La clave está en el Evangelio. Para difundir ese Evangelio, Dios quiso elegir hombres y no ángeles. Los agentes natos de esa evangelización son alrededor de unos 30.000 misioneros católicos para evangelizar nada menos que a esa masa inmensa de más de dos mil millones de paganos. ¡Tarea sobrehumana!

Con ese breve razonamiento, todos los católicos podremos entender la grave responsabilidad que pesa sobre cada uno de nosotros en esta celebración del DOMUND. Esa obligación y responsabilidad se concreta en colaboración con la "oración": "Re-

Cinco años de pana y madrugones, de cartuchos y charlas con los nietos, de arrebatos meteorológicos, y de liebres, conejos, palomas o perdices, según la veda; cinco años de andar y amar Castilla, escope- ta en ristre y en medio de una tierra transformada, agredida y seca. No cinco: treinta, o cuarenta años, de prosa desnuda; también en la

honda y agarrada melancolía que todo lo inunda porque las fuerzas adelgazan y los reflejos no son ya lo que eran, porque la caza esca- sea y la tierra se domestica. Delibes es un deportista inasequible al desaliento, «El último coto» —Destino, Barcelona, 1992, 246 pági- nas— da buena fe de ello.

AUTOR de más de cuarenta obras, algu- nas de ellas adapta- das al cine, Premio Príncipe de Asturias en 1982, miem- bro de la Real Academia de la Lengua desde 1973 y Premio Nacional de Literatura en 1955, por *Diario de un caza- dor*, fue director de *El Norte de Castilla*, diario vallisoleta- no en el que trabajó desde su juventud, y catedrático de Derecho de la Escuela de Comercio de la misma ciu- dad, en la que ha vivido siem- pre.

Miguel Delibes es un clási- co, y ya se le puede leer como tal. Frente a su confesado au- todidactismo —sus lecturas juveniles eran Salgari, Zane Grey, J.O. Curwood y el más serio, el mercantilista Garri- gues—, el proceso de su es- critura le fue configurando, educando al mismo tiempo; Delibes aprendía escribiendo, y muchas veces —él mismo lo ha confesado— leía a los grandes escritores después de que alguien le revelara sus in- flujos en su obra.

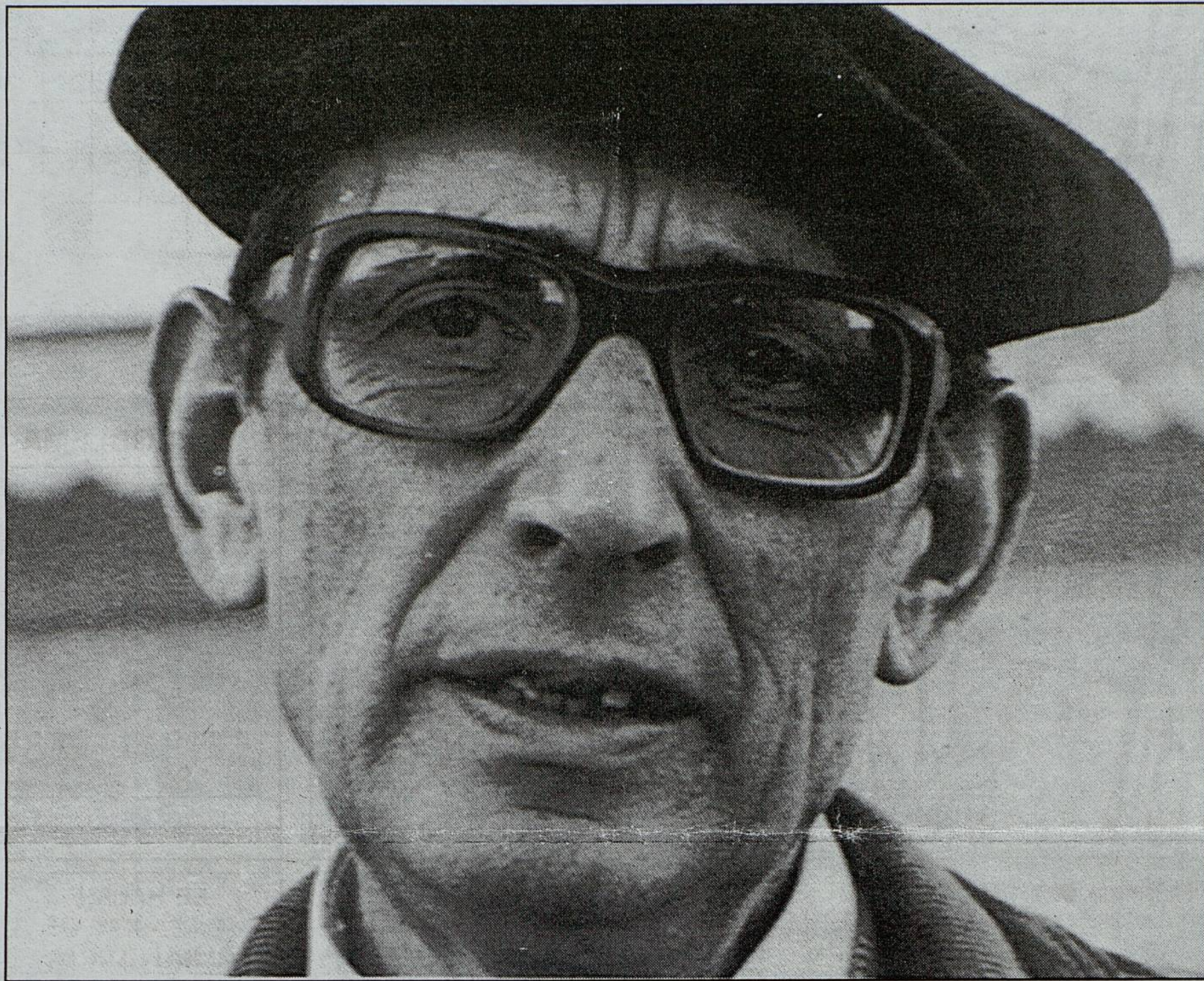
En realidad, como un artis- ta que se autodescubrió en la primera postguerra, en los duros años del silencio, de la ausencia de tradición y de maestros, buscó su propio ca- mino en su tierra y en su inte- rior. Su realismo oscila entre lo moral y lo social, y tiene siempre un profundo sentido de búsqueda de la trascen- dencia.

Dos son los asuntos que han ocupado desde el princi- pio a nuestro autor: el mundo de los humildes, fundamen- talmente los campesinos, y la crítica de la ideología de la pequeña y media burguesía urbana.

En tomo a ellos, o tomán- dolos como telón de fondo, Delibes ha levantado una obra narrativa compuesta por medio centenar de títulos. Sus primeras novelas publica- das a finales de la década de los cuarenta —*La sombra del ciprés es alargada*, Premio Nadal, 1947; y, *Aún es de día*, 1949— son obras de corte existencialista en las que no escasean los elementos tremendistas presentes en otros autores de la época. A partir de los años cincuenta, la producción de Delibes evoluciona hacia un realismo de gravedad moral sostenido por un lenguaje sintético y auster- ro. A esas fechas correspon- den novelas rurales como *El camino* (1950) o *Las ratas* (1962) en las que la evocación del mundo de los campesinos —bien sea desde la óptica de los niños o de los adultos— alcanza cotas magistrales, y narraciones de asunto urbano como *Mi idolatrado hijo Sisi* (1953) o *La hoja roja* (1959). La publicación en 1966 de *Cinco horas con Mario* su- pone un nuevo avance en la novelística de Delibes; el lar- go monólogo de Carmen ante el cadáver de su marido cons- tituye todo un hito en la an- quilosada narrativa de los se-

Delibes al aire libre

MD



Miguel Delibes.

estético al mismo tiempo. No se trata tanto del cuerpo sano que se presupone a la salud mental, sino de una concepción del mundo con sus debidos altos y bajos. En *El último coto*, Miguel Delibes recoge la cróni- ca de sus aventuras al aire li- bre durante los últimos cinco años. No le interesa tanto re- producir sus correrías cine- géticas como mostrar sus preocupaciones por una natu- raleza que se degrada y por la progresiva desaparición de especies, a la vez que plasmar aquellas atractivas novedades que el campo re- vela con unos ojos acostum- brados a mirarlo. Como señala el propio Delibes, «el verdadero caza- dor es capaz de disfrutar de un placentero día de caza sin necesidad de disparar la es- copeta». Para él, lo esencial es contemplar el paisaje y los animales —de la liebre ne- gra a la cigüeña—, soportar el pedrisco, el matcabras, la niebla, el hielo y la cencella y, sobre todo, dar fe de la nueva epidemia conejuna o de la reciente aclimatación al campo de la perdiz domésti- ca.

El último coto de un viejo cazador

Todos sus lectores, que so- mos legión, sabíamos ya des- de hace mucho tiempo que Delibes es un experimentado cazador.

Madrugones, largos viajes al amanecer, accidentadas ca- minatas campo a través, carreras y persecuciones tras la codiciada presa. Sí, la caza es un deporte, luego Delibes es un deportista inasequible al desaliento. Y el deporte es una escuela de costumbres, una práctica ética y un placer

acompañan sus hijos, un par de nietos que se inician, sus amigos, y, con especial pro- tagonismo, sus perros, esos animales humanizados cuyas vicisitudes otorgan al re- lato una especial emoción. Y todo esto utilizando un vo- cabulario rural riquísimo ba- sado en la sencillez; como una vez dijo un famoso poe- ta «el adjetivo cuando no da vida, mata», consciente de ello Delibes mide muy bien las lindes de la retórica li- bresca.

El deporte es en Delibes una suave mezcla de deber y placer, una exigencia y una necesidad. Nada tiene que ver con los excesos indus- triales, mercantiles, masivos o competitivos que lo prosti- tuyen en nuestro tiempo. Porque Miguel Delibes es un ecologista razonador, en el libro nos expone sus in- quietudes ante el uso indis- criminado de productos quí- micos que atentan contra la salud de los animales en li- bertad y las prospecciones acuiferas que reducen las zonas húmedas.

Reclama estudios y me- dios que favorezcan la exis- tencia de la perdiz roja, de conejos y liebres. Delibes en *El último co- to* siente que sus andanzas por los cerros están llegando a su fin y envuelve su prosa en el encanto agrídulce y nostálgico de una despedi- da. «La perdiz silvestre es

la pagana de un medio do- mesticado y, de rechazo, lo es también el cazador. Y vista la eficacia creciente de las máquinas no parece lejano el día en que el tránsito del páramo a la nava se haga no a través de la ladera agreste don- de cazamos, sino median- te tres bancales asépticos y cultivados, que lo suavi- cen, con lo que la perdiz quedará a la intemperie y, acosada por herbicidas, abonos, fuel y motores de explosión, lo pasará muy mal. Cuando el viejo caza- dor habla, pues, de su últi- mo coto, no se refiere sola- mente a su decadencia física, a su progresiva de- crepitud, sino también a esta gradual desaparición de la naturaleza y a su sus- titución por unas tierras peñadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación o la sorpre- sa. Esto es lo que se nos viene encima sin demora si es que Europa, los paí- ses del Mercado Común, y, entre ellos, el nuestro, no disponen otra cosa. El tiempo dirá la última pala- bra.» Delibes consigue re- frenar el deporte y escapar de los excesos a través de la ética y de la estética: el es- fuerzo se convierte en mor- tal, y el riesgo, en un senti- miento de recreo artístico.

Per acabar, tingueu en com- pte la frase *estar adormit*, que malgrat ser sinònima de *dormir*, es compon d'un adjectiu igual al participi del verb *adormir-se* («No facis soroll, que el nen ja està adormit»). *Adormit* és l'adjectiu contrari a *despert*. També en aquest cas hem sentit a dir moltes vegades «el nen està dormit» per influència del castellà («El niño está dormido»).

J. A. Aguado

Llenguatge

M'he adormit

a les cinc i he

dormit tres hores

EL títol d'avui és format per dues frases amb dos verbs força relacio- nats per la forma (són de la mateixa família) i el significat, però que no són iguals: *adormir-se* i *dormir*. No fa gaire, en una es- quela mortuòria vam llegir la frase «s'ha dormit en la pau del Senyor», frase en la qual es va fer un ús incorrecte d'un verb per l'altre (s'havia d'haver escrit: «s'ha adormit en la pau del Senyor»), i això ens ha induït a parlar de la diferència entre aquests dos verbs.

Segons el diccionari, *adormir-se* (verb format amb la par- tícula inicial a i conjugat amb el pronom: m'adormo, t'adorms, s'adorm, ens adormim...) signifi- ca «començar a dormir». Per això, dir «¿A quina hora et vas adormir ahir?» equival a dir «¿A quina hora vas començar a dormir ahir? Dormir, en canvi, vol dir «estar dormint» (com diu el diccionari, «estar, una persona o un animal, en l'estat de repòs caracteritzat per la suspensió de la sensibilitat i d'altres funcions vitals»). Segons aquestes defini- cions, a la pregunta començada per «¿a quina hora?» només hi escau el verb *adormir-se*, i a la pregunta començada per «¿quantes hores?» només hi escau el verb *dormir* («¿Quantes hores has dormit aquesta nit?»). Quan algú diu: «La nit abans de l'examen em vaig adormir de seguida, però vaig dormir molt poc», està emprant aquests dos verbs correctament ja que si *adormir-se* només significa aga- far el son, és perfectament com- patible el fet d'*adormir-se* aviat i, en canvi, *dormir* poc i mala- ment (perquè qui «comença a dormir» de seguida, pot despertar-se al cap de poca estona i no dormir més en tota la nit). Com veieu, doncs, hi ha una diferència important en el significat de l'ús d'aquests dos verbs, de ma- nera que no es poden canviar l'un per l'altre.

Si us fixeu en el verb de la frase de l'esquela —verb que no és la primera vegada que veiem escrit així, fins i tot en textos no mortuòris— veureu que es fa una barreja d'aquests dos verbs: es fa ús del verb *dormir* —sense a—, però precedit del pro- nom («s'ha dormit»). Com pot- ser ja heu pogut imaginar, aquesta incorrecció és deguda a la influència del castellà, llengua en la qual només existeix el verb *dormir*, sense a al davant, el qual s'utilitza amb pronom en el significat de «començar a dor- mir» («Ayer me dormí a las dos») i sense pronom en el sen- tit d'«estar dormint» («Ayer dormí siete horas»).

Per acabar, tingueu en com- pte la frase *estar adormit*, que malgrat ser sinònima de *dormir*, es compon d'un adjectiu igual al participi del verb *adormir-se* («No facis soroll, que el nen ja està adormit»). *Adormit* és l'adjectiu contrari a *despert*. També en aquest cas hem sentit a dir moltes vegades «el nen està dormit» per influència del castellà («El niño está dormido»).

Sensaciones cinegéticas

EL ÚLTIMO COTO. — Miguel Delibes. — Ediciones Destino. — Colección Ancora y Delfín. — 247 páginas. — Barcelona, 1992

SANTIAGO AIZARNA

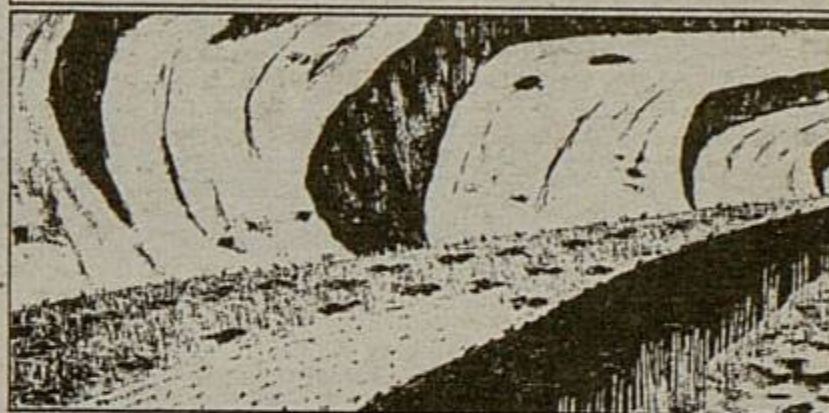
AUNQUE no nos lo diga explícitamente, este 'último coto' al que hace referencia este último libro de Miguel Delibes es ése desde el que se tiran perdigonazos a las matas del recuerdo. Enfila la definición de este su 'último coto' Miguel Delibes, partiendo del hecho de que 'la perdiz silvestre está cada día más recia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del tobogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bofes, son los de ayer', que completará, manifestándonos que, cuando el viejo cazador habla de él, se refiere también a la 'gradual desaparición de la naturaleza y a su sustitución por unas tierras peinadas, cada día menos propicias a la ocultación y la sorpresa'.

El comentarista, que nunca ha sentido impulsos de cazador y ha preferido ver, siempre inconcluso, el vuelo del ave y el la-

tir de los seres en general, ha sentido sin embargo, otra vez y siempre, el placer de leerle al maestro vallisoletano en sus confidencias creo yo que más de andarín y de andariego por las laderas castellanas que de cazador aprontado a tirar y a abatir la pieza. Porque hay hasta un regodeo, diría, en murmurar, según se lee, los ecos de su prosa castiza y a la par elegante tanto como en regazar nuestro pensamiento en la madurada donosura de sus reflexiones ante todas las maravillas que el campo le va ofreciendo, y que, puntualmente, nos va escribiendo sobre el papel.

Nos va hablando así, Delibes, de las perdices, de las liebres, del raposo, de la codorniz, del noble arte de la cetrería, de los perros (para los que guarda afectos distintos y bien matizados al par que hondos conocimientos de su psicología y de su comportamiento), de los paisajes, de cigüeñas, de conejos, de córvidos, chochas, rapaces, etc; para que nadie se llame a engaño y no confunda a todos los cazadores por la mala impresión que haya podido dejar alguno, nos propondrá, desde el primer capítulo su triangular propuesta elemental de la razón

Miguel Delibes
El último coto



Ediciones Destino *Ancora y Delfin*



690

y ley del cazador asentadas en el eje inamovible de la libertad ('hombre libre, sobre campo libre, contra pieza libre'), que completará luego con un capítulo dedicado al 'verdadero cazador', todo lo cual, seguramente, no convencerá del todo a los no cazadores.

Publicaciones



De grifos y dragones: El realismo trascendido

«El último coto»

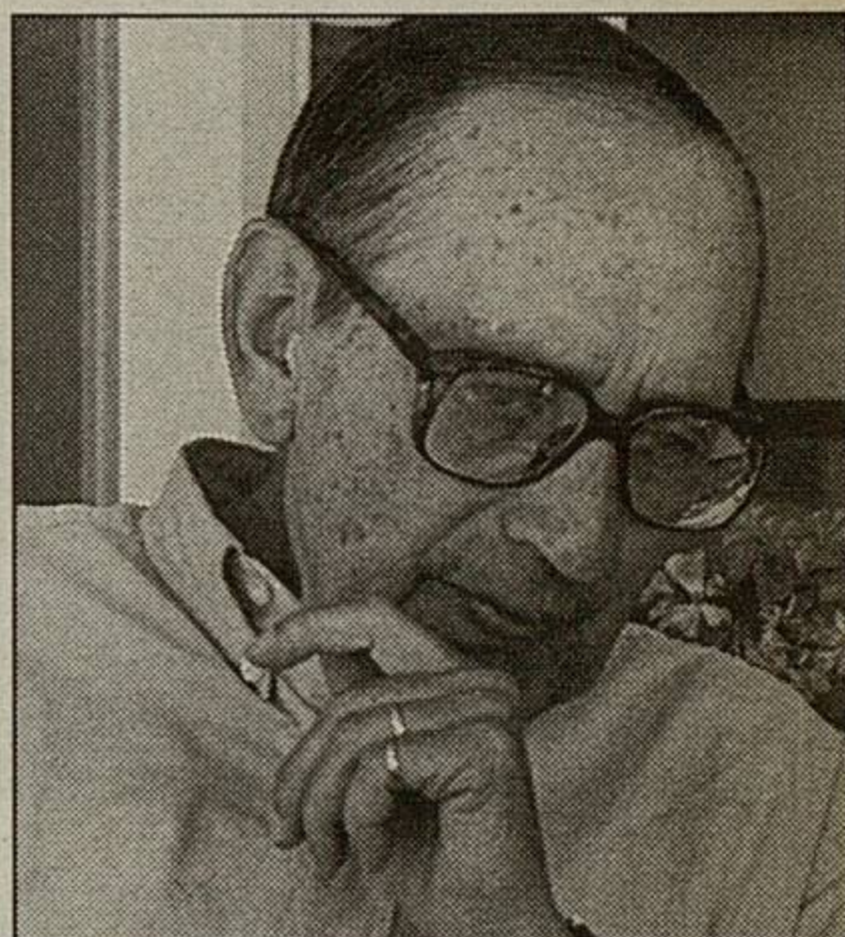
Miguel Delibes

Editorial Destino.

«El último coto», así, en libro, toma su verdadero sentido, es como un libro de caballerías crepuscular. El realismo se trasciende en magia; la concreción de unas peripecias venatorias expresadas con inimitable precisión alcanzan el fausto de las leyendas artúricas o de las andanzas de los caballeros de la tierra media. El coto concretísimo se hace espacio épico y las patirrojas o las liebres, especie de grifos o dragones en vía de extinción. Las crónicas puntuales de caza alcanzan una proyección universal en las que el enfrentamiento del hombre contra la inteligencia de la bestia es exaltado, en la esencialidad de un juego limpio que dé oportunidades a la presa.

Estas leyendas de un tiempo sin edad —están fechadas día a día, lo que asimismo se trasciende— van mucho más allá de la pura virguería literaria y venatoria. Constituye «El último coto» una especie de código ético en la que el héroe —que parece, sólo parece, estar un poco cansado— se confiesa.

El paladín y los suyos bucean en el pasado desde el presente y contemplan escépticos el futuro. El terreno agreste del coto, de las tierras

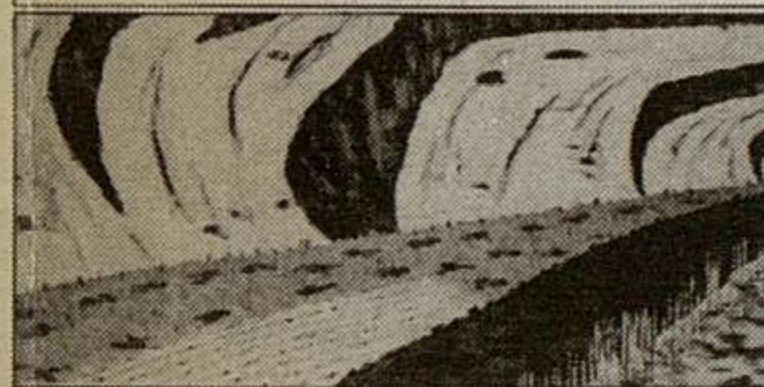


Miguel Delibes. (FOTO PATRICIO CACHO)

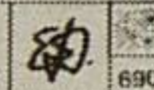
castellanas, el recorrido palmo a palmo por el cronista devolviéndonoslo con sus palabras, cercano y lejano al mismo tiempo. Lo cotidiano adquiere en la pluma de Miguel Delibes categoría de mito, y así, los protagonistas, amigos y conocidos, el propio Miguel, Manolo, los hijos, Jesús María Reglero, adquieren esa pátina de los últimos y desesperados héroes que alimentan la caza no desde la codicia, sino desde una forma de ser y expresarse que la hace inevitable.

Los caballeros de la tabla redonda contemplan angustiados un futuro en el que las reglas serán rotas y devaluadas. La caza en la naturaleza y el juego limpio podrán ser sus-

Miguel Delibes
El último coto



Ediciones Destino *Áncora y Delfin*



tituidos por la matanza cuasi doméstica. El animal en estado puro y salvaje, acosado por las turbas, pasará a ser un recuerdo, y su sustituto, criado en rebaños, una pálida imagen del grifo o dragón de antaño. Para estos nuevos avatares no se contará con el héroe cansado, aunque conserve, o precisamente por ello, intacta su gallardía de antaño.

Un mundo cerrado, concreto, se hace universal, abierto por mor de la escritura. Esta es precisa, científica casi, de una riqueza léxica asombrosa, de una capacidad prodigiosa de inmersión para el lector. Delibes recupera modismos, frases populares, términos venatorios, refranes, y su alquimia consigue un lenguaje arcaico y modernísimo, de la descripción realista a la imagen fantástica. Un proceso riquísimo que consigue transfigurar lo real y hacer de las aparentes y puntuales crónicas

de caza un inapreciable testimonio personal.

Porque en «El último coto» a la vez que se asienta un discurso ecológico puntual, una visión certera de la evolución del clima, de la transformación del espacio real, se fija, quizás nacido desde el subconsciente, en un dibujo del ser humano y su potencia que conforma paralelamente el discurso del escritor, desde sus últimas novelas, «Madera de héroe» y la elegíaca «Señora de rojo sobre fondo gris». Así la crónica crepuscular de las aventuras venatorias resulta ser el otro lado de la global personalidad de Delibes, extremadamente coherente desde los parámetros creativos en que se produce.

Perros, halcones, patirrojas, becadas, codornices, vencejos, elanios... toda la fauna y la flora, el espacio de Castilla contemplado al final desde una experiencia vital que se hace reflexiva y desolada. La muerte de la «Fita», página magistral —el caballo del caballero ha caído— cierra el periplo. El Bibre, el último coto, desaparece en la contemplación silenciosa del mundo. El héroe cansado se despide ¿provisionalmente? y de la fecha que cierra el libro algo del alma del escritor se nos ha revelado. El lenguaje ha reconducido la proyección de un mundo que se extingue, como el que reflejaron los libros de caballeros, las sagas arturianas o las que nacieron —como metáfora— de la imaginación del creador, Delibes en la realidad concretada trascendiendo el tiempo y el espacio.

PETER KIEN

Para leer

MIGUEL DELIBES EL ULTIMO COTO

Coto sin límites

ED. DESTINO.
COLECC. ANCORAY DELFIN
BARCELONA, 1992

■ JUVENAL SOTO

COINCIDEN en la persona de Miguel Delibes dos actividades cuyo ejercicio es catalogado por los expertos entre los placeres más intensos conocidos por el hombre: la caza y la literatura, sin que este orden signifique preferencia alguna. Como cazador, me consta que Delibes ha dedicado no pocas horas a la obtención de la pieza adecuada en el momento y el lugar adecuados; como escritor, don Miguel posee una extensa galería de codiciados trofeos —los sucesivos libros que conforman su dilatada e irreprochable obra—, y no creo pecar de grandilocuente si escribo que estamos refiriéndonos a uno de los grandes narradores de la literatura no sólo española y actual. Cada uno de sus títulos —desde aquel ya lejano «La sombra del ciprés es alargada», con el que obtuviera el Premio Nadal en 1947— constituye una auténtica joya para cualquier aficionado a esa otra forma de acecho que llamamos lectura.

La cuestión es que Delibes viene aunando ambas actividades en un único ejercicio intelectual y físico, de tal manera que en su caso quizás fuera impensable la una sin la otra, y viceversa. La rotunda prueba de cuanto aquí decimos se corrobora en muchos de sus libros, entre los que no puedo omitir «Diario de un cazador», «Con la escopeta al



Retrato de Miguel Delibes realizado por Idígoras

hombro», «Las perdices del domingo», «Mi vida al aire libre» y «El último coto», recién publicado en su editorial de siempre. Como tampoco debo olvidar que por éstas y otras no pocas muestras de la mejor narrativa M. D. posee merecidamente cualificados premios de la amplia galería española de galardones literarios: el mentado Nadal de 1947, el Nacional de Literatura (1955), el de la Crítica (1962), el Príncipe de Asturias de las Letras (1982), el de las Letras de Castilla y León (1985) y el Premio Nacional de las Letras (1991); o sea, los

que hay que tener, aunque servidor aún echa de menos en tan espléndido currículum cierta distinción que cada año va pareciéndose más a una lotería trucada que a la evidencia de responsabilidad que debiera imbuirle la utilización del apellido Cervantes.

Y decíamos que caza y literatura se unen en la obra y en la propia vida de Delibes sin que podamos saber a ciencia cierta dónde termina la una y dónde comienza la otra. Semejante aseveración, que a simple vista resultará paradójica, se afianza en M. D. día a día, libro a li-

bro. Porque si como escritor la totalidad de su obra es un concepto fundamentalmente ético, también será la ética el «mecanismo» que mantiene al cazador de 72 años que es nuestro hombre. Y ello concebido con la finalidad última de hacer de su vida y de su obra un solo acto de dignidad sin límites. Nos lo demuestra Delibes cuando en «El último coto» escribe a propósito de sus cacerías: «Hombre libre, contra pieza libre, en un medio libre.»

Desde la perspectiva formal, quiero hacer notar que la utilización en el libro que comentamos de términos pertenecientes a la jerga de los cazadores si no es nueva en la obra de Delibes, sí que aparece con especial abundancia a lo largo de las estas 246 en las que se exhibe una calculada fluidez narrativa que recuerda, en ocasiones, el estilo de la crónica periodística y aun el más preciso de los manuales de Derecho Mercantil —M. D. ha sido catedrático de la asignatura y director de «El Norte de Castilla»—.

Finalmente, una observación y un deseo, «El último coto» parece hacer referencia, tanto en el título como en algunas de sus páginas, a postrimerías que confiamos no existan más que en la mente del autor. Y en esa confianza pedimos, con la vehemencia que proporcionan la amistad y la admiración, que en el coto de la literatura española resuene por muchos años la precisa pluma de un cazador formidable: Miguel Delibes. Que así sea.

LA COLUMNA

Poesía andaluza de calidad

MARIA SANZ.
«VIVIR POR DENTRO».
CORDOBA. PREMIO
ROSALIA DE CASTRO, 1992

■ A. GOMEZ YEBRA

Me precio de haber seguido la trayectoria lírica de la poetisa sevillana María Sanz desde hace once años. De entonces para acá ha ido desgranando su indudable bien hacer poético en diez libros unitarios y una antología («Pétalo impar»), además de un volumen de prosa («Las mujeres de don Juan»), donde dio muestras de su capacidad para el género narrativo.

Apenas citada en el controvertido volumen «Las diosas blancas», lo cierto es que la labor creadora de María Sanz ha sido recompensada en los últimos años con algo más que coronas de laurel. Los diez importantes premios conseguidos a lo ancho de toda la geografía española avalan su quehacer y la sitúan en un envidiable lugar de privilegio pese a su juventud. «Vivir por dentro», premio Rosalía de Castro (1992), reparte los 38 poemas del conjunto en dos bloques simétricos —a los que acompañan sendas citas introductorias— que contienen igual número de textos.

El primer bloque, encabezado por la cita de Al Mutamid, «Breve es el placer de esta vida», plantea la salida



Delibes y sus perdices domingueras

JACINTO LUIS GUEREÑA

MUCHA salud y años de entusiasmo le deseo, de todo corazón, a mi amigo Miguel Delibes, que pueda seguir por rastrojos y trochas los vuelos de las perdices, que atine en su puntería de cazador y las cobre en sus domingos de predilección. Será así, tiene que serlo, debería ser así. La felicidad de este escritor reside, en muy buena parte, en la convivencia con el campo, y la zona burgalesa de Sedano lo sabe. Hay otras comarcas, otras aldeas, eso se da por descontado. Por muchos regatos, y trasteándolos con los perros, se dialoga a distancia con conejos, liebres y codornices. Es la caza, placer que ignoro, y que jamás comprenderán las alevosas mañas y mañas de los cazadores furtivos, destruidores y diezmadores.

No se crea nadie que voy a seguir dentro de los mapas de las cacerías delibeanas. Con el encabezamiento

de mi artículo sólo pretendo adentrarme en las elucubraciones del arte de novelar. Es igual que sea narrativa, como se suele decir ahora, o incluso «nivola» en lenguaje unamuniano. Arte de escribir. Con las preocupaciones al uso, y emergiendo el cuidado de la palabra, yendo a ella con delicadeza y amor para protegerla. Para vivir con ella y ensalzarla. No es que brote la pureza y la impureza, porque de todo hay en el empleo de esos sonidos que nos relacionan y condicionan nuestros diálogos. Es arte de vida y de ensueño, en suma. ¿Incluso en la novela? Claro que sí, y acaso más ahí que en ninguna parte. Me estoy refiriendo a la literatura, a la creatividad, a los géneros literarios. Es decir, a la novela. Y según Delibes, como saboreamos en lectura de sus libros, novelar es arte de contar emociones que se inventan, narrar una historia inventada. No podría ser otra cosa ponerse a escribir una novela. Necesita meollo,

sustancia, tuétano, y lo subraya adecuadamente enfrentándose a lo propuesto por «le nouveau roman» galo y cuyo vigía es nada menos que Claude Simon, premio Nobel. Firme en sus trece, con tesón como un aragonés, Delibes afirma que hay que inventar una historia y narrársela, que nosotros como lectores y copartícipes del vivir cotidiano nos unimos a lo que se cuenta. Por ser vida, y sobre todo por vivirla, como él (¡siempre que puede!), al aire libre.

Es confesar sus fidelidades, siendo como el árbol, de la tierra donde se planta. Raíces, pues, castellanas, y en tierras viejas, como frucción leemos en «El camino», «Las ratas» y «Viejas historias de Castilla la Vieja», entresacando títulos junto a «Cinco horas con Mario». Un arte amasado con mucha ética de situaciones humanas, con besos y lágrimas. Pero, es la parte débil aunque lúcida, sin ilusiones. Entre tanta confusión de acercamiento a un escritor

de nuestro tiempo, símbolo y huella al propio tiempo, cuando suele buscarse con ahinco que nazca la rentabilidad de lo que se hace, nuestro buen amigo se afianza en las aventuras y ensueños del campo y de sus hombres y de sus animales. Vivir, asimismo, es lenguaje y tradiciones. ¿No se están perdiendo velozmente? Léase su libro «Un mundo que agoniza», páginas llenas de desencanto. Acaso, la lucidez del pesimismo.

Digámosle a Delibes que no es una pieza de museo. Repitámosle, y él lo sabe, que el mundo sigue sembrándose y que el alba destruye sombras y que en tejos y reovecos de lo comarcal, «lejos del mundanal ruido», siguen volando siempre, y no sólo los días domingueros y festivos, bandos de codornices y de perdices. Cada vez menos, se lamenta. Es la absurda victoria de nuestra época, el feo y casi indecente triunfo de las ciudades grandotas y hostiles que se someten a la contaminación.

Marear la perdiz

De caza con Delibes a través de una colección de artículos

MD

MONCHO ALPUENTE

MIGUEL DELIBES

El último coto

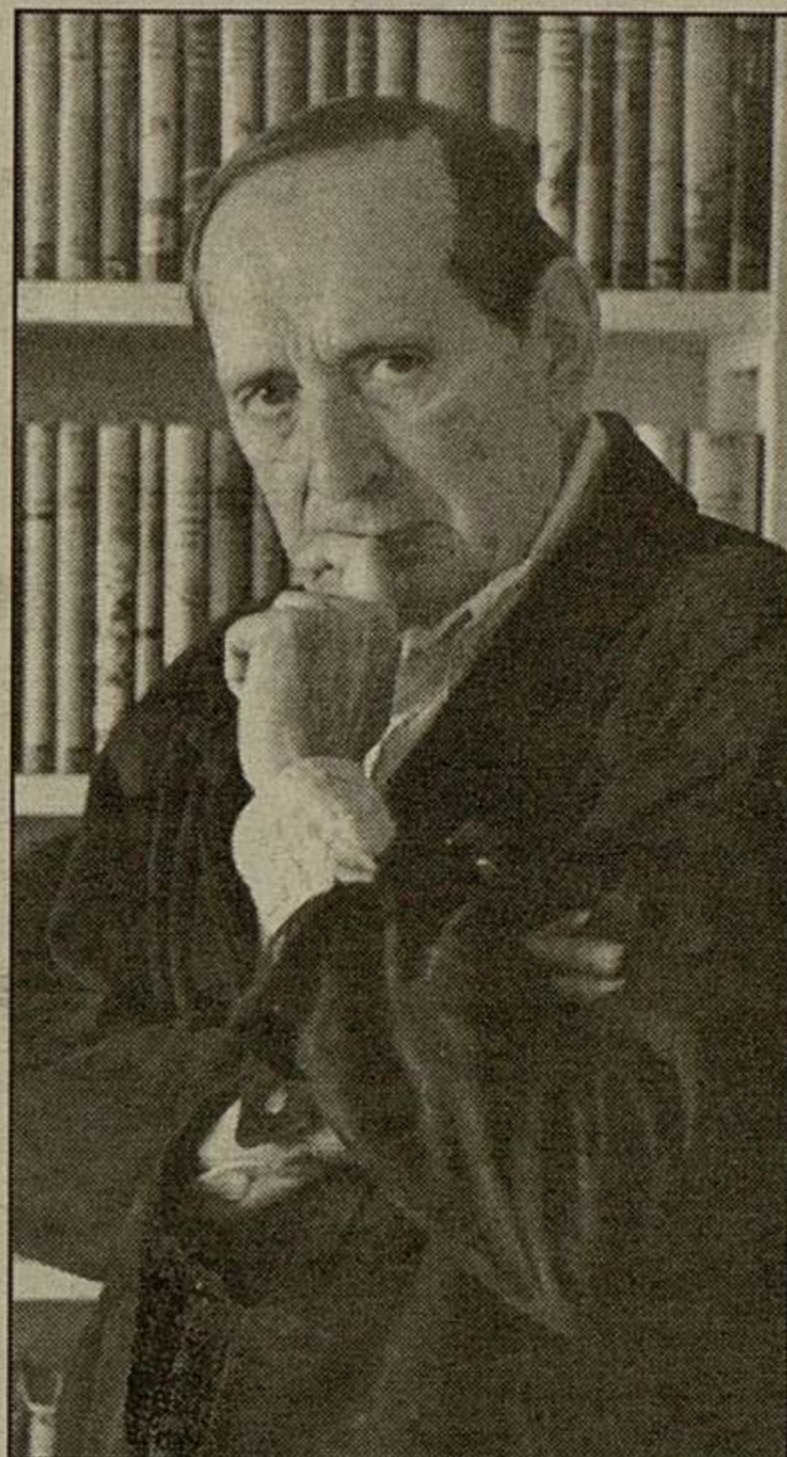
Destino.
Barcelona, 1992.
246 páginas.
1.800 pesetas.

Acompañar a Miguel Delibes en sus excursiones venatorias es un ejercicio saludable y remuneratorio, una actividad altamente recomendable para lectores sedentarios y alejados de la natu-

raleza. Una actividad que puede llegar a ser fatigosa y reiterativa para el lector profano, pese a la amenidad y erudición del guía, pues las piezas que componen *El último coto*, a diferencia de otras del mismo género cobradas en anteriores libros por el escritor y cazador vallisoletano, son, sobre todo, reseñas puntuales, acotaciones y reflexiones de un cazador veterano, transcritas para goce y enseñanza de sus hermanos de afición.

Las piezas de *El último coto*, aunque la editorial olvide mencionarlo, forman una colección de artículos periodísticos, publicados entre 1986 y 1991, artículos cinegéticos, específicamente dedicados a los amantes de la caza. Para ellos escribe y reflexiona Delibes; si el texto excede sobradamente a sus pretensiones es porque el autor no puede, o no quiere, renunciar a su estilo y enriquece sus crónicas con escuetas y admirables descripciones paisajísticas, divagaciones humanistas o anécdotas zoológicas.

Las referencias a la peste aviar, la neumonía conejil y otras epizootias, los comentarios sobre la oportunidad o inoportunidad de los pe-



LUIS MAGÁN

Miguel Delibes.

riodos de veda, o los lamentos por la desaparición de la patirroja silvestre, de indudable interés para los aficionados a la escopeta, se entreveran en *El último coto* con magistrales apuntes sobre la naturaleza y el hombre, el comportamiento animal, el cambio climático y la ecología.

Los animales, predadores o víctimas, son los auténticos protagonistas de este diario cinegético que dedica algunos de sus más jugosos episo-

dios a los perros de caza, tratados muchas veces en un tono cercano a la fábula. Canes, liebres, perdices, tórtolas y raposas se cruzan ante la escopeta de un cazador sin saña, respetuoso con las implícitas y milenarias leyes de la caza, más preocupado por el cómo que por el cuánto, un cazador "capaz de disfrutar de un placentero día de caza sin necesidad de disparar la escopeta", declaración a contrastar con otra del mismo autor que dice que los cazadores no suelen mentir pero siempre exageran.

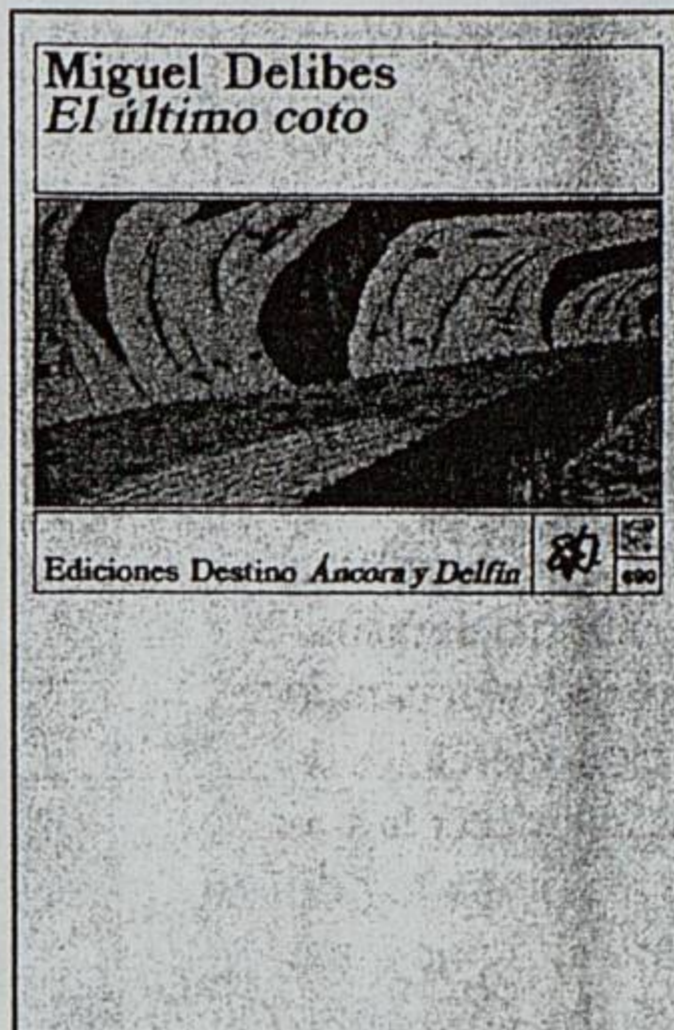
Miguel Delibes no oculta su frustración tras una jornada incómoda y baldía y no puede evitar felicitarse por sus éxitos y proclamar, aunque de forma comedida, como corresponde a su traza de escritor austero, sus aciertos. Este *último coto* suena a despedida, adiós del cazador septuagenario que prefiere renunciar a la escopeta a que le coloquen las piezas frente al punto de mira, y adiós al tipo de caza que practica "un hombre libre, contra pieza libre, en un medio libre". El hombre, el medio y la pieza avanzan hacia su completa domesticación, y, aunque Delibes procure evitar la moraleja apocalíptica, el libro concluye con acentos de réquiem.

Al grave asunto de la desaparición de la perdiz silvestre y de la caza noble y ecológica hay que sumar ahora la preocupante desertión de Miguel Delibes del arte venatorio, afición que ha producido en el coto de las letras hermosas piezas, singulares hallazgos y felices recuperaciones de un lenguaje olvidado y quizá también en vías de extinción.

"Le Paris" 31-X-92

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

25 LIBROS



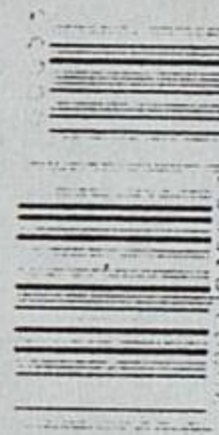
EL ÚLTIMO COTO
Miguel Delibes.
 Destino.
 Barcelona, 1992. 246 págs.

Anales de cinco temporadas (de 1986 a 1991) de ejercicio cinegético, *El último coto* es, al tiempo, crónica de una despedida, la de quien sabe, quien siente mermaidas año a año sus facultades físicas y se despide poco a poco -unas cuetas, unas horas, unos kilómetros menos...- de la emoción cazadora. Aunque, en realidad, Miguel Delibes no se despide de nada. La nostalgia que empaña sus apuntes, más allá de la circunstancia concreta del cazador que, por imperativos de la edad, se va alejando paulatinamente de la actividad de la caza, nace de la conciencia de que también "el tan cacareado duelo cazador-animal silvestre está pasando a la historia", y que, precisamente por ello, sea en beneficio propio o ajeno, agota sus últimos cartuchos en que tal cosa no suceda. Delibes, al hilo de las jornadas cinegéticas más o menos satisfactorias, reflexiona sobre las causas del declive de la actividad en la que ha ocupado el tiempo libre durante sesenta años de su vida. Con la escopeta o la pluma -qué gozo para cazadores y no cazadores las hermosísimas *piezas* del vocabulario cinegético-campestre cobrado, recobrado por Delibes en estas páginas- en la mano, el escritor vallisoletano nos comunica la pasión y respeto por la naturaleza que son condición *sine qua non* del verdadero cazador. Como él, dispere o no, lo será siempre.



EN OTOÑO
 Nº 58
 NOVIEMBRE 1992

LEER



PUBLICACION
 MENSUAL
 400 ptas.

A

SANTOS
SANZ
VILLANUEVA

L terminar la lectura de *El último coto*, me preguntaba por qué motivos había seguido con viva atención sus dos centenares y medio de páginas cuando trata de un asunto que me resulta indiferente si no hostil. La causa no está, por tanto, en su tema, la caza, al que Miguel Delibes ha dedicado ya mucha atención con argumentos parecidos: la defensa de la actividad cinegética como una afición deportiva mediante razones que pueden ser respetables pero que ni comparto ni me convencen. Se trata además de razonamientos que ha repetido en libros y artículos y que se reiteran de forma cansina en este diario de un lustro de perseguir perdices y conejos. Sin embargo, resulta muy interesante.

Diferentes causas explican su atractivo. En primer lugar, la actitud del escritor frente al mundo. Aquellos antiguos planteamientos suyos que lindaban con el menosprecio de corte y alabanza de aldea cobran en estos momentos una extraordinaria oportunidad. De siempre el vallisoletano ha sido defensor del campo y la naturaleza y detractor de un desarrollo técnico incontrolado. Esa postura le valió injustas descalificaciones, pero ahora vemos la razón que le asistía: la prueba está en la mortandad de animales causada por la negligencia humana. Temporada tras temporada anota la ame-

Diario de cazador



El último coto

Miguel Delibes. Destino.
Barcelona, 1992.

MD

naza de extinción de especies o su desnaturalización. Podríamos hablar de un ecologismo razonado y razonable expresado con palabra rotunda y vehementemente, necesaria para conservar lo poco o mucho que todavía pueda tener salvación en los maltrechos campos castellanos.

Esas noticias sobre la situación de la naturaleza y de la caza no constituyen, con todo el valor que poseen de valiente alegato, lo más importante desde el punto de vista literario. Otro mérito de la obra radica en su lenguaje, esa prosa sencilla, nada enfática y expresiva. Delibes habla con naturalidad y sin afectación, pero con sumo cuidado y propiedad, como quería el clásico. Tienen todas las anotaciones un aire conversacional que se adapta a la perfección al relato de pequeños hechos de la experiencia cotidiana.

Además, surgen cada poco unas voces ya en desuso que no rescata por afán casticista, sino por una exigencia de exactitud, por un deseo de nombrar las cosas con la voz precisa. De poco servirá, es cierto, esa práctica enraizada suya porque muchos términos de los que emplea ya no podrán uti-

lizarse, pues su extinción va pareja a la de los objetos que designan. De este modo, fondo y forma tienen una solidaria comunión: se dan la mano la degradación de la vida y del lenguaje. Pero su postura trasciende ese valor testimonial porque en ella late el regusto por un idioma rico.

Aún hay en el diario otro mérito superior a los anteriores, el del espectáculo siempre apasionante de un alma que se confiesa. Ha buscado un título polisémico: último coto, porque la caza ya no da para más, pero también porque el autor presiente que, por su edad, no podrá ejercer por mucho tiempo esa afición suya de toda una vida que debe llevar en los genes (heredada del padre y transmitida a los hijos).

Dos dimensiones distintas de esta autoconfesionalidad me llama la atención. Una, por lo que dice de la personalidad de Miguel Delibes. Se pone como ejemplo de cazador respetuoso que llega a colgar la escopeta antes de que se cierre la veda si estima que el año no da para mucho y que urge limitar la mortandad. Pero lo dice con una autenticidad que en lugar de reflejar engreimiento indica una elevada calidad humana, lejos de toda fatuidad. En esas ocasiones percibimos un convincente acento de sinceridad.

Diario 15 - 5 Nov. 92

■ NOVELA

Tres notas de lectura

EL ULTIMO COTO

Miguel Delibes

Destino, 246 págs., 1.200 ptas.

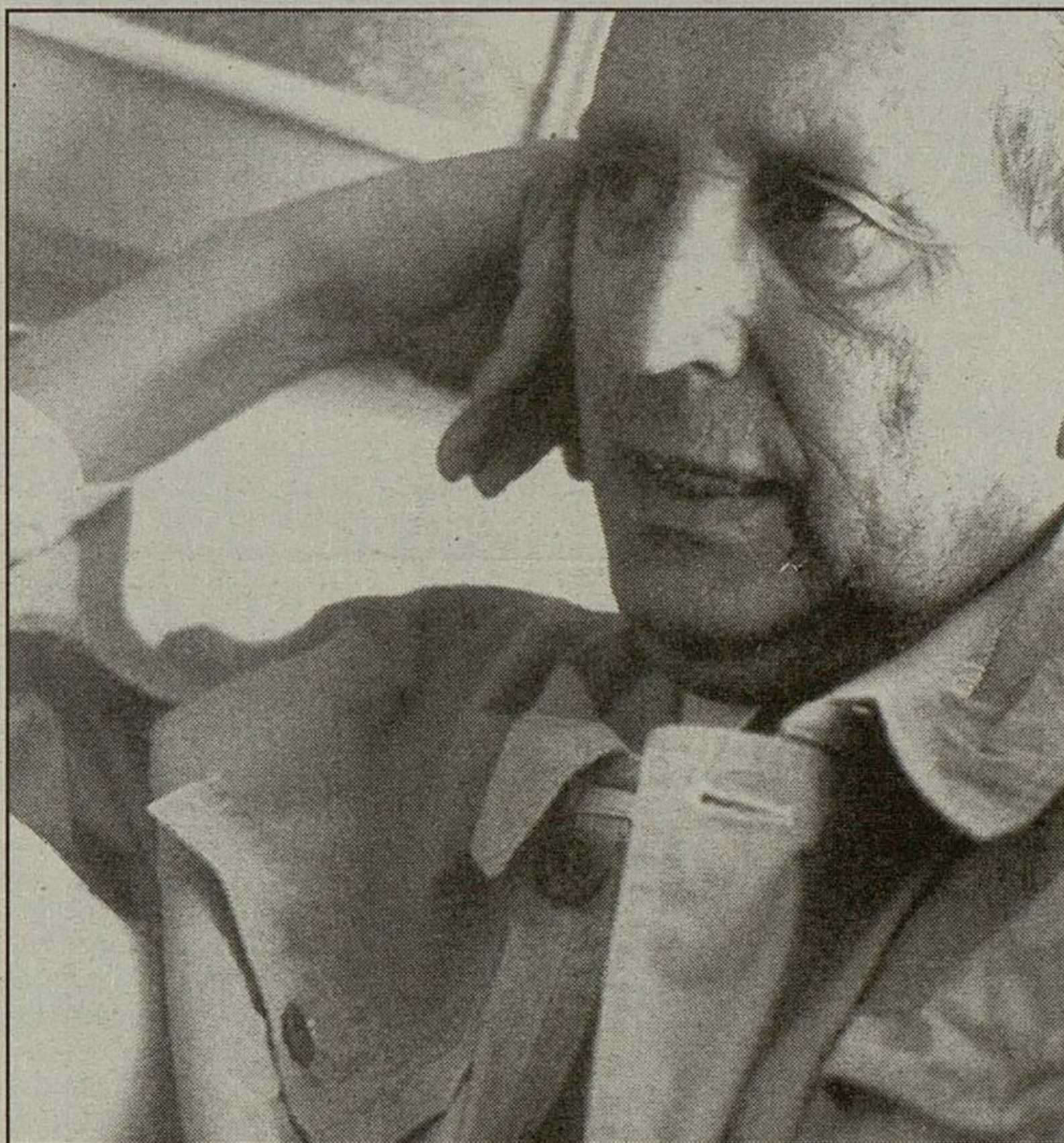
Gonzalo Santonja

Sorpresas de la lectura o los tópicos del revés: abro por cualquier página el último libro de Miguel Delibes, dispuesto a recorrer de la mano de sus palabras los pinares y las parameras de Castilla, y de golpe me encuentro trasladado a ese mundo que, por verdadero, supera con creces las ingeniosidades de los postizos: «Adolfo mató una liebre a la carrera de una pedrada». ¿Habré leído bien?

Sucedió el portento en una hora incierta del 17 de diciembre de 1987, o sea, prácticamente ayer. Yacía el lepórido encamado, recluso y vigilante, cuando uno de los hijos del escritor amagó con el brazo para levantarla. Tenía la escopeta cambiada de mano y, como fue muy rápido su movimiento, apenas sí le dio tiempo para lanzar al aire la pedrada. Lo demás fue cosa de cuento: trazó el guijo una insólita parábola por el cielo y todavía con más insólita precisión le alcanzó a la liebre en mitad de la nuca. Hasta Fita, perra experimentadísima, enmudeció de asombro. Lo nunca visto.

CORRIGIENDO A LA ACADEMIA.— Lo nunca visto... por los simples mortales, porque los cazadores, de sobra se sabe, son otra cosa y cualquiera de ellos, aún el menos avezado, en cuestión de mágicos prodigios tiene repertorio para una o dos enciclopedias.

A Delibes se le agradece el tono de naturalidad con que los cuenta, su ningún alarde, su sencillez. Cincuenta años de caza dan para mucho: «También he visto agarrar», escribe, «una media liebre hipnotizándola con una boina desmayada



FERNANDO QUINTELA

■ Miguel Delibes ha escrito su última novela... hasta ahora.

en la punta de un palo». Pues bueno. Y Santiago, el joven guarda de Las Gordillas, lucía la habilidad de derribarlas a puro lanzamiento de la garrocha, que viene a ser lo mismo que pescar a pedradas. ¿Para cuándo el inagotable libro de las fazañas de los cazadores?

«Hoy salió el sol por primera vez en tres semanas», leo más adelante, concretamente en la anotación que corresponde al cinco de enero del ochenta y nueve. Invierno hostil y

cerrado, la provincia llevaba casi un mes «entumida bajo una niebla meona», húmeda e impenetrable, ya se sabe, acompañada de menudas gotitas de agua que, congeladas en el aire, dejan los campos emblanquecidos, como nevados.

Para el docto diccionario de la Real Academia eso se llama *rocío* o *escarcha*, pero los hablantes de Burgos, que en cuestiones de lengua afeitan un pelo en el aire, usan otra palabra: *carama*, mientras los de Valladolid, luciendo idénticas habilidades o parecidas, prefieren la de *cencella*.

Ahora bien, *cencella* o *carama*, que eso va en gustos, resulta evi-

dente que el rocío y la escarcha son palabras que nada pintan aquí. El elemento imprescindible es la *niebla meona*, la única que se congela en el aire y, formando hilachas, llena matas y arbustos de pequeñas estalactitas e infunde a los campos de la meseta un aspecto fantasmagórico. Lo dicho: *carama* en Burgos y, en Valladolid, *cencella*. No deja de resultar gracioso que los propios académicos (bueno, algunos) rectifiquen, desde la selva de los libros, su *Diccionario*.

CAZA Y ECOLOGIA.— «El verdadero cazador», sigo leyendo, «es capaz de disfrutar de un día de caza sin disparar la escopeta». Bien, aunque eso de la tipología del cazador se preste a numerosas y muy encontradas matizaciones, de lo que no cabe ni la menor duda es de que el cazador Delibes sabe disfrutar de un día de caza aunque no dispare ni un solo tiro. Y eso, trasladados al terreno de la literatura, presenta un correlato obvio: no hay nieblas genéricas ni árboles de jardín.

Todo tiene su palabra precisa y ajustada, de manera que el lector cosmopolita al uso puede aventurarse con garantía de éxito a salir a la caza a través de sus páginas de un idioma a la vez viejo y nuevo, suyo y ajeno, distinto, de nobles resonancias y en el que laten términos y expresiones tal vez ya crepusculares.

Nuestra literatura, hoy, necesita mucho del urgente concurso de la caza, y antes o después, como remedio de la crisis, se impondrá la ecología. Este *último coto*, batido por vientos lejanos, encierra en sus límites provechosas enseñanzas al socaire de las nieblas y la lluvia.

Con o sin el Premio Cervantes, Miguel Delibes siempre es Miguel Delibes.

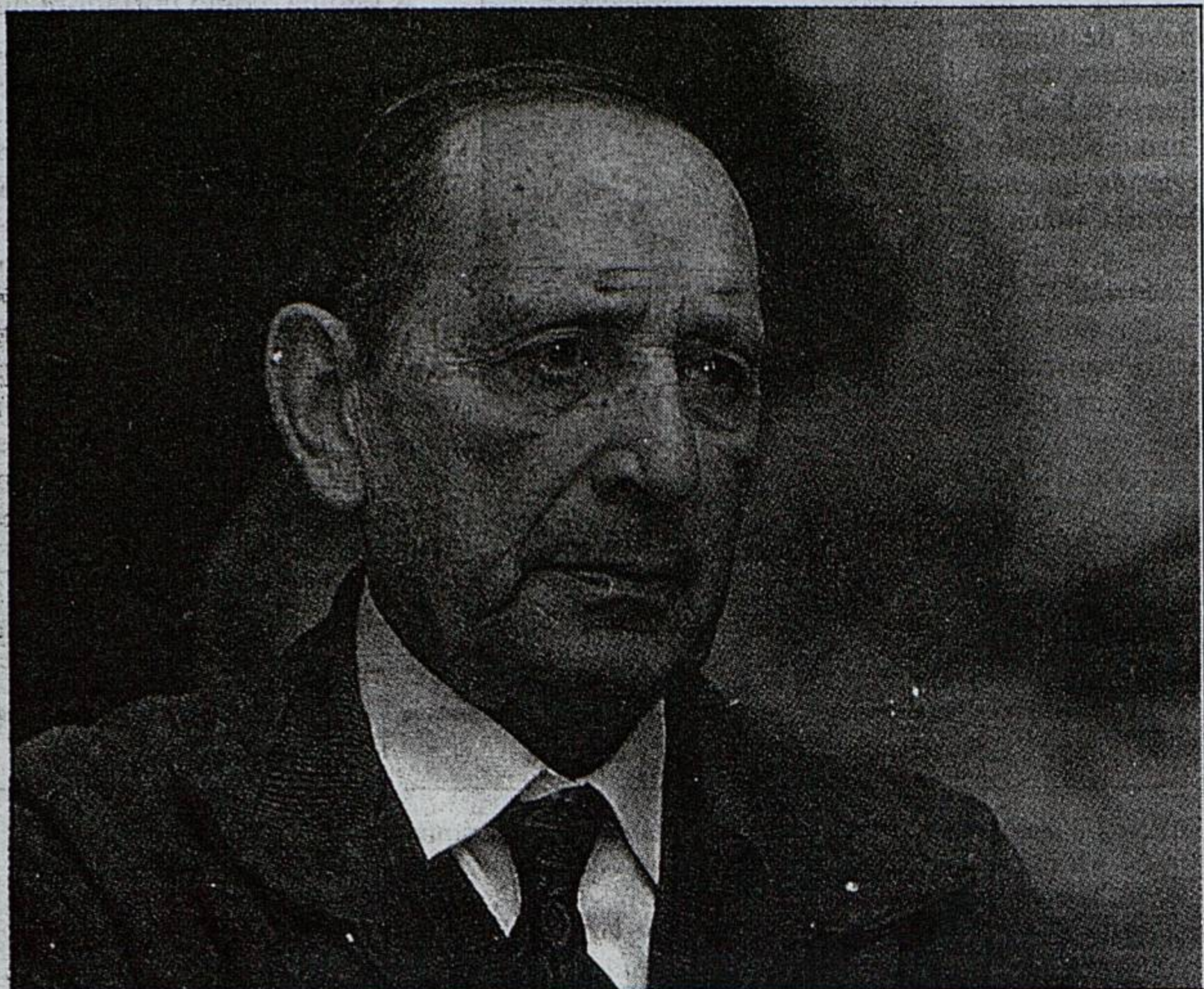




FARO DE VIGO

Fundado en 1853 por don Angel de LEMA

Martes, 17 de noviembre de 1992



Casi al mismo tiempo que cumplía 72 años, salía el último libro del escritor: "El último coto". Es la historia cronológica de los avatares cinegéticos de Delibes desde 1986 a 1991 en los que destila su pasión desmedida por la naturaleza.

MIGUEL DELIBES AVISA

Las perdices se acaban

MARÍA JOSÉ VIDAL
VALLADOLID

El escritor, académico de la Lengua Española, catedrático de Derecho Mercantil, director inolvidable del Norte de Castilla, padre de siete hijos (cuatro biólogos, un arqueólogo, una licenciada en Arte y otra licenciada en Literatura) y abuelo de un montón de nietos, tantas veces premiado, que ha estado a punto de lograr el Premio Cervantes -en repetidas ocasiones se ha barajado como vencedor seguro- y que a última hora, inexplicablemente, la suerte ha cambiado de rumbo, hace sus preparativos de caza.

— Don Miguel, el Cervantes, este año se ha evaporado otra vez. ¿Le ha producido algún desencanto?

— ¡Oh! A mí realmente hace ya muchos años que esto de los premios me trae un poco sin cuidado. Si me lo dan, bien. Y si no me lo dan, también bien. A mí el premio que de verdad me puso en marcha y que no pararé de elogiarle mientras viva es el premio Nadal. Es el que me dio el impulso. Desde entonces publico todo lo que escribo.

— Hablemos de su último libro, casi calientito, recién salido de imprenta: "El últi-

mo coto". ¿Qué ha pretendido con él, llevar a cabo un estudio de la caza menor, un desahogo literario o un lamento cinegético?

— Lo que he pretendido es anotar día a día mis propias experiencias. Y a través de ellas dar al lector -presunto cazador o aficionado a estos temas naturales- la realidad actual de las especies de caza, que es muy mala en general.

— ¿Y qué le han dicho sus amigos los cazadores?

— Mis amigos los cazadores de Castilla y León dicen que es rigurosamente exacto y que este año ha venido a demostrar que mis predicciones a finales del 91 eran muy fundadas. Es decir, que no hay perdices. Las perdices de Castilla la Vieja, las perdices silvestres, se están acabando. Si no se cierra la veda en seguida y la mantienen cerrada 3 años yo creo que se acabará del todo, y habrá que echar mano de las perdices de corral.

Delibes lo cuenta en su libro. Y describe esa climatología castellana que le envuelve en esos amaneceres casi inhumanos de cazador avezado, pero, sobre todo, Delibes transmite como nadie el sentimiento lleno de ternura que le inspiran sus fieles perros rodeados de hazañas y contratiempos.

Ocio y Cultura

Diego Galán y Fe
candidatos a la o
Festival de San S

La obra, editada en marzo de 1968, recoge artículos y reportajes publicados en los años cincuenta

Miguel Delibes recopila sus primeros trabajos periodísticos en «Vivir al día»

Madrid. COLPISA.
JUAN CANTAVELLA

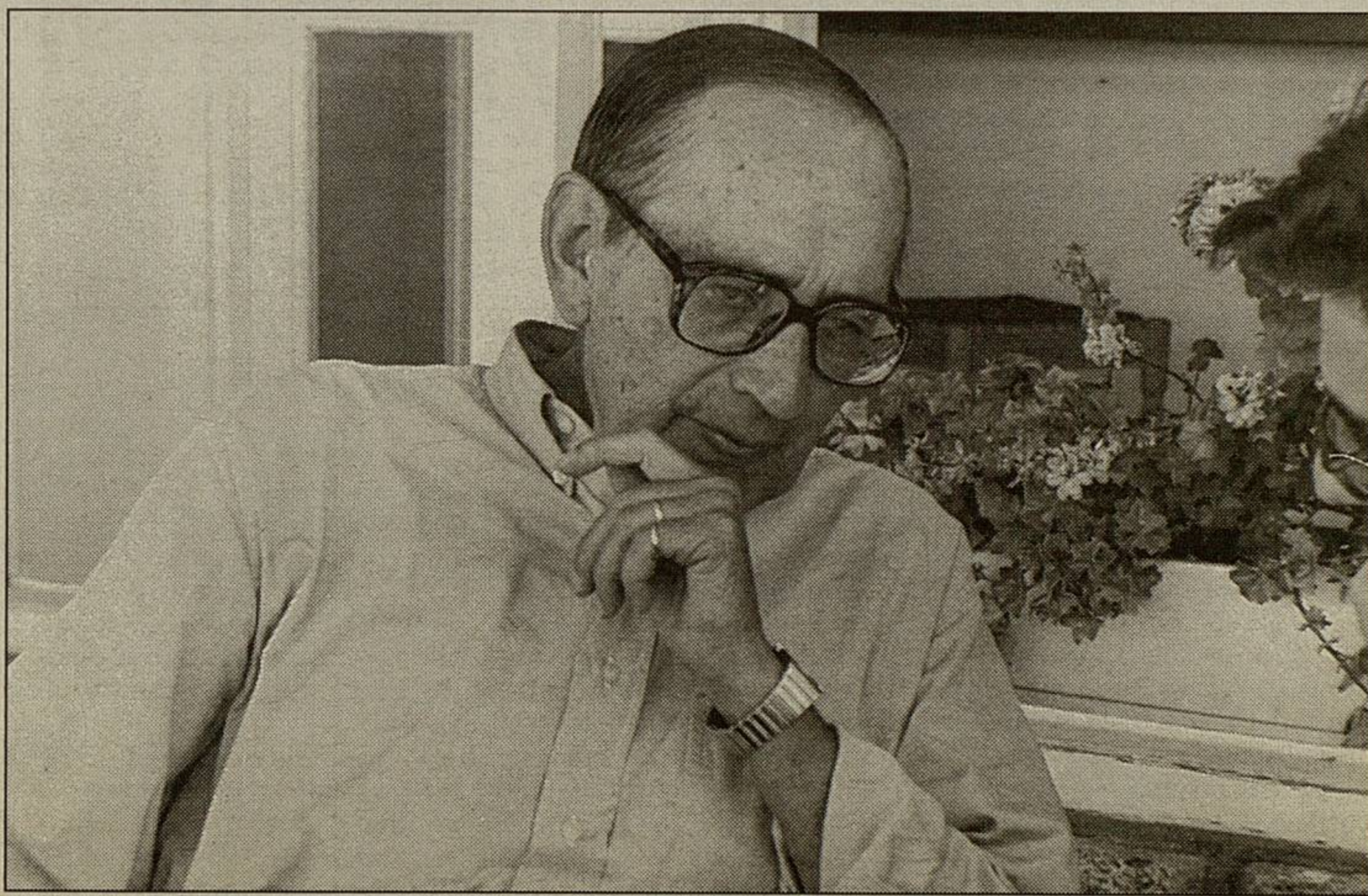
No sabemos si lo ha hecho a propósito, pero en el lapso de unas pocas semanas se han publicado dos libros de Miguel Delibes que recogen artículos suyos para los periódicos, escritos en la década de los años cincuenta «Vivir al día» y de ahora mismo «El último coto».

Hay diferencias de estilo, temas y preocupaciones, pero en los dos emerge el mismo Delibes, cuya dedicación periodística la ha vivido inseparablemente unida a su condición de escritor.

«El último coto» recoge los artículos cinegéticos que el escritor vallisoletano ha ido escribiendo en los últimos cinco años. Por supuesto que habla de la caza, pero es evidente que nos encontramos ante un cazador consciente y de calidades, no de cantidades, que no piensa tanto en el número de conejos o becadas que llenarán su morral, cuanto en la naturaleza, en la maestría, en el placer de salir al campo y de compartir las horas de caminata y de acecho con la cuadrilla.

Son pocos los que aprecian en la práctica tales goces, porque el egoísmo y la ignorancia se juntan con una serie de dificultades que ofrece el medio. Frente a ello, Delibes expone su filosofía: «Desde que tengo uso de razón he proclamado que el supremo placer de la caza residía en la libertad: hombre libre, sobre campo libre, contra pieza libre». Mucho pedir parece eso para quienes lo quieren todo y ahora, sin importarleles cómo.

¿Y por qué el último coto? «Porque la perdiz silvestre está cada día más recia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del tobogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bojes son los de ayer». No es sólo la decadencia física lo que le inquieta, pues se refiere



Miguel Delibes. (FOTO P. CACHO)

sobre todo a la «gradual desaparición de la naturaleza y su sustitución por unas tierras peñadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación y a la sorpresa». ¡Qué gaita!

«Vivir al día» es el segundo libro que nos ha llegado a las manos y ése no es nuevo, pues la primera edición apareció en marzo de 1968, sólo que ahora sale en edición de bolsillo (también en Ediciones Destino, como aquella y como casi todo lo que publica Delibes). Recoge en esta obra una serie de artículos de los que iba publicando por la década de los años cincuenta en periódicos como «EL NORTE DE CASTILLA», «La Vanguardia», «Ya» o «Informaciones».

Artículos y reportajes que conforman los inicios del escritor en el periodismo y que hacen sentir ternura al compro-

bar cómo este maestro de las letras no lo hacía bien desde el principio. Sólo que él ha sido capaz de evolucionar hasta el dominio del artículo que resplandece en «El último coto», cuando otros no hemos avanzado mucho desde los estadios iniciales.

ACTUALIDAD

«Vivir al día» es lo que hace el periodista que cada jornada tiene que llenarla con su afán y es lo que resplandece en este libro cuando Delibes tenía que comentar la actualidad derivando hacia las preocupaciones sociales.

Junto a los comentarios de actualidad llaman la atención los que dedica a escritores como José Luis Martín Descalzo (nada menos que para informar del Premio Nadal que le concedieron en 1956), Vidal Cadellans (otro Premio Nadal, malogrado con la muerte

a los treinta y un años), José Jiménez Lozano (que define ya como «cristiano consecuente», cuando prácticamente estaba empezando con sus artículos comprometidos), Julio Camba y Juan Ramón Jiménez.

Comenzaban ya sus denun-

cias contra los excesos de la caza, pues la afición a esta actividad le viene de lejos, así como su afán de que ésta transcurra por unos cauces que muchos, a pesar de todo lo que se ha avanzado en la formación de una conciencia social y ecológica, no han sido capaces de asumir.

También hay tempranas muestras de su preocupación por Castilla, el campo y los problemas de los campesinos, que después tendría ocasión de poner de manifiesto cuando ocupó puestos de responsabilidad al frente de «El Norte de Castilla».

«Vivir al día» es lo que hace el periodista que cada jornada tiene que llenarla con su afán y es lo que resplandece en este libro cuando Delibes tenía que comentar la actualidad, derivando hacia las preocupaciones sociales y literarias que siempre le han acompañado. Y que vemos por «El último coto» hayan derivado mayoritariamente hacia la naturaleza, la fauna que la puebla y la convivencia entre quienes se acercan a ella.

No sabemos si lo ha hecho a propósito, pero en el lapso de unas pocas semanas se han publicado dos libros de Miguel Delibes que recogen artículos suyos para los periódicos escritos en la década de los años cincuenta («Vivir al día») y de ahora mismo («El último coto»). Hay diferencias de estilo, temas y preocupaciones, pero en los dos emerge el mismo Delibes, cuya dedicación periodística la ha vivido inseparablemente unida a su condición de escritor.

Delibes, hoy y siempre



El hombre de la caza es uno de los escritores más leídos y respetados en estos momentos

COLPISA/REPORTAJES

«El último coto» recoge los artículos cinegéticos que el escritor vallisoletano ha ido escribiendo en los últimos cinco años. Por supuesto que habla de la caza, pero es evidente que nos encontramos ante un cazador consciente y de calidades, no de cantidades, que no piensa tanto en el número de conejos o becadas que llenarán su morral, cuanto en la Naturaleza, en la maestría, en el placer de salir al campo y de compartir las horas de caminata y de acecho con la cuadrilla. Son pocos los que aprecian en la práctica tales goces, porque el egoísmo y la ignorancia se juntan con una serie de dificultades que ofrece el medio.

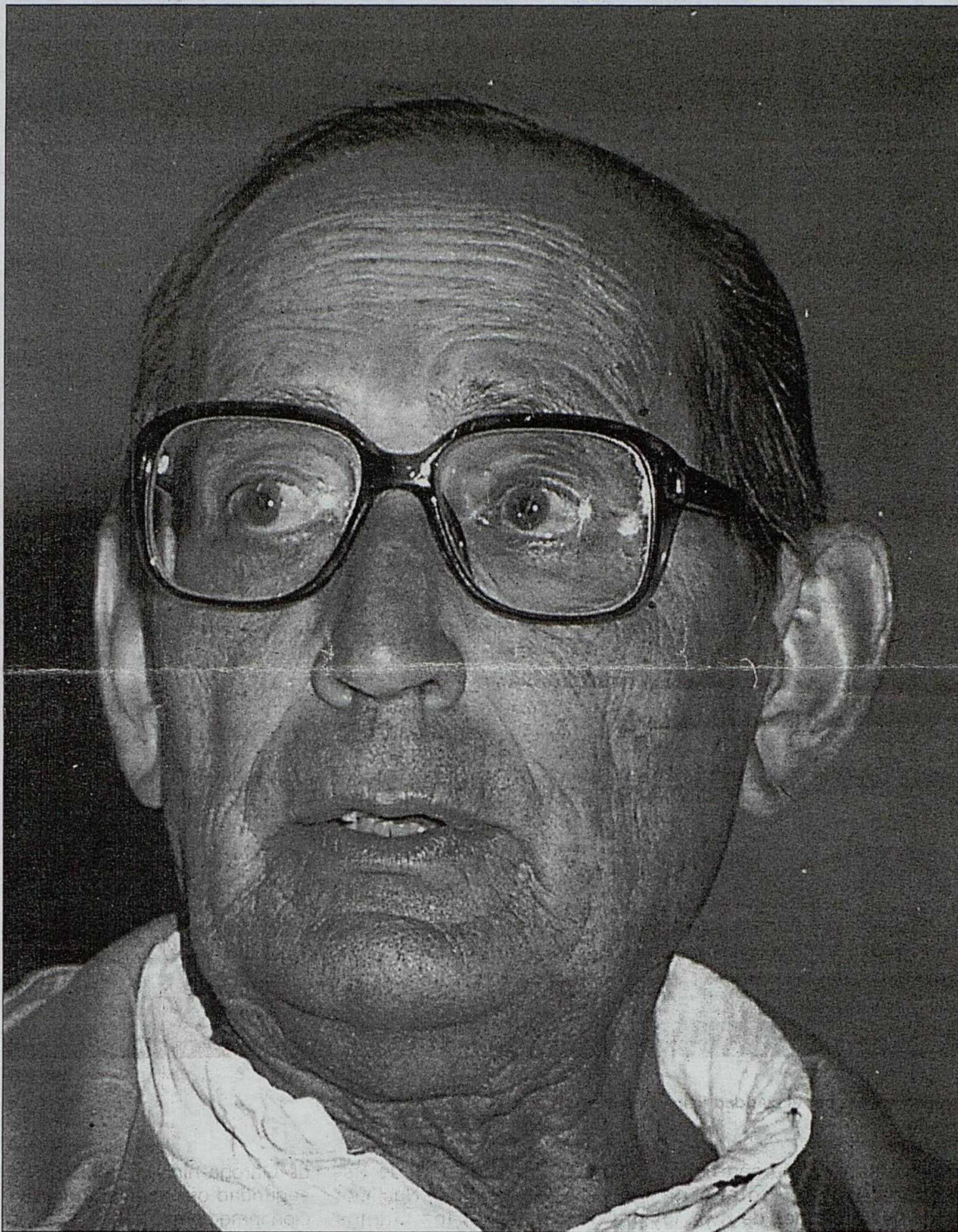
Frente a ello, Delibes expone su filosofía: «Desde que tengo uso de razón he proclamado que el supremo placer de la caza residía en la libertad: hombre libre, sobre campo libre, contra pieza libre». Mucho pedir parece eso para quienes lo quieren todo y, ahora, sin importarles cómo.

¿Y por qué el último coto? «Porque la perdiz silvestre está cada día más recia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del tobogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bojes son los de ayer». No es sólo la decadencia física lo que le inquieta, pues se refiere sobre todo a la «gradual desaparición de la Naturaleza y su sustitución por unas tierras peñadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación y a la sorpresa». ¡Qué gaita!

Los comienzos del periodista

«Vivir al día» es el segundo libro que nos ha llegado a las manos y éste no es nuevo, pues la primera edición apareció en marzo de 1968, sólo que ahora sale en edición de bolsillo (también en «Ediciones Destino», como aquella y como casi todo lo que publica Delibes). Recoge en esta obra una serie de artículos de los que iba publicando por la década de los años cincuenta en periódicos como «El Norte de Castilla», «La Vanguardia», «Ya» o «Informaciones». Artículos y reportajes que conforman los inicios del escritor en el periodismo y que hacen sentir ternura al comprobar cómo este maestro de las letras no lo hacía bien desde el principio. Sólo que él ha sido capaz de evolucionar hasta el dominio del artículo que resplandece en «El último coto», cuando otros no hemos avanzado mucho desde los estadios iniciales.

Junto a los comentarios de actualidad llaman la atención



Delibes es primero cazador y después escritor, o a la inversa

ARCHIVO

*
El tobogán
va para
abajo y ni
los reflejos
ni las piernas
ni los bojes
son los
de ayer
*

los que dedica a escritores como José Luis Martín Descalzo (nada menos que para informar del Premio Nadal que le concedieron en 1956), Vidal Cadelans (otro Premio Nadal, malgrado con la muerte a los treinta y un años), José Jiménez Lozano (que define ya como «cristiano consecuente», cuando prácticamente estaba empezando con sus artículos comprometidos), Julio Camba y Juan Ramón Jiménez.

Comenzaban ya sus denuncias contra los excesos de la caza, pues la afición a esta actividad le viene de lejos, así como su afán de que ésta transcurra por unos cauces que muchos, a pesar de todo lo que se ha avanzado en la formación de una conciencia social y ecológica, no han sido capaces de asumir.

También hay tempranas muestras de su preocupación por Castilla, el campo y los problemas de los campesinos, que después tendría ocasión de poner de manifiesto cuando ocupó puestos de responsabilidad al frente de «El Norte de Castilla».

«Vivir al día» es lo que hace el periodista que cada jornada tiene que llenarla con su afán y es lo que resplandece en este libro cuando Delibes tenía que comentar la actualidad, derivando hacia las preocupaciones sociales y literarias que siempre le han acompañado. Y que vemos por «El último coto» que han derivado mayoritariamente hacia la Naturaleza, la fauna que la puebla y la convivencia entre quienes se acercan a ella.

*
Su afición por la caza le ha llevado a efectuar
numerosas denuncias contra los excesos
producidos, por un sentido social y ecológico
que muchos no han sabido asumir
*



El último coto

Nicolás Miñambres

Sería lamentable que esta última obra de Delibes fuera objeto de lecturas convencionales. porque si bien es cierto que nos hallamos ante un libro que gira en torno a la caza, no lo es menos que el tratamiento que recibe la actividad cinegética la transforma milagrosamente. El cuaderno de bitácora terrestre elaborado por el escritor-cazador se transforma en un mosaico sugestivo, urdido con la aparente autonomía de cada una de las teselas literarias que lo componen, toda esa serie de crónicas gestadas a lo largo de varios años.



La caza, como en tantas obras de Miguel Delibes, se universaliza tomando forma de actitud vital, en la que confluyen casi todas las facetas del ser humano, tanto en su condición de soledad como de relación social o de contemplación del paisaje. La sensibilidad del escritor obra el milagro. Las crónicas de caza dejan de serlo para ser testimonios de cálida humanidad. Ante el lector aparece una nueva visión del mundo. La contemplación del paisaje, soñado muchas veces, más que contemplado, la presencia de los compañeros (personajes ya que colaboran con el escritor en esta contemplación del mundo) y el paso del tiempo, creador de nuevas perspectivas, trascendentalizada la realidad descrita.

Es indudable que el libro rezuma pesimismo, tristeza y nostalgia. Sobran motivos para ello. Pesimismo por el frenético avance de destrucción que el desarrollo provoca, estremecedor para un hombre que ha pateado las tierras de Castilla a lo largo de más de medio siglo. Tristeza porque el propio escritor se siente inerme y ha de conformarse con denunciarlo. Al final, la nostalgia se adueña del corazón del escritor, convencido de que se halla ante el último coto, cinegético y vital.

Impresiona el final de la obra, a pesar de ser, en apariencia, un mero cuaderno de campo. El desenlace toma tintes dramáticos al contar la muerte del perro querido. La muerte del animalillo simboliza de forma plástica el pesimismo que late en la obra y, de alguna forma la llamada de la muerte. Es el hito definitivo de una obra que refleja la pulcritud estilística y la grandeza humana de un sabio escritor. De un cazador que escribe, si hacemos caso a esa puntualización de la que a Delibes le gusta presumir.

EL ULTIMO COTO, Miguel Delibes. Ed. Destino (Col. Ancora y Delfín), Barcelona, 1992. 250 pp.

Entorno

de Actualidad

REVISTA DE
CAJADEMADRID

EL ULTIMO COTO

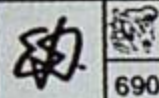
Crónica de Delibes



Miguel Delibes
El último coto



Ediciones Destino *Áncora y Delfin*



En «El último coto», Miguel Delibes reescribe la crónica de sus aventuras al aire libre durante los últimos cinco años. El autor vallisoletano muestra, en esta ocasión, una gran preocupación por una naturaleza que se degrada y por la progresiva desaparición de especies, a la vez que plasma las nuevas sensaciones que el campo revela a unos ojos como los suyos acostumbrados a mirarlo. Para el autor, lo esencial es contemplar el paisaje entre la niebla y el hielo y, sobre todo, dar fe de las epidemias que afectan a algunos animales con la inquietud que le produce el riesgo por la desaparición de ciertas especies.

En la recreación de esas jornadas, el escritor no está solo. Acompañan a Delibes en este hermoso relato sus hijos, dos de sus nietos que se inician en la contemplación de la naturaleza, sus amigos y, con especial protagonismo, sus perros.

Delibes siente en esta crónica que sus andanzas por los cerros están llegando a su fin y envuelve su prosa en el encanto agrídulce y nostálgico de una despedida.

El 'último coto' de Miguel Delibes



Mi querido amigo: Como estamos en plena temporada, hoy me he permitido salir de caza hasta 'El último coto' de tu propiedad vital y literaria. Ese coto de El Bibre que raya con Tordesillas y Villalar de los Comuneros, en donde los francotiradores del 'Cervantes' no saben que allí enterraste a Fita, la perra fiel de tus últimas correrías. Gracias por la licencia, la de tu palabra exacta y sencilla, con la que he compartido andanzas y aventuras por los cerros y laderas de tu querida Castilla. Licencia que es amor a una tierra incomprendida, oculta entre la humildad del adobe y los tópicos de la metáfora.

Porque Castilla, Miguel, es la tierra, el hombre y el animal de un "mundo que agoniza". Aquel mundo de 'Las ratas', donde 'El Nini' es inseparable e inconcebible sin 'La Fa', su perra, de la misma forma que lo es en 'Los santos inocentes' Azarías y su 'milana bonita'. Ahora entiendo por qué tú eres un cazador que escribe —sin necesidad de pegar un solo tiro— y no un escritor que caza. Es cierto, pues me costaba creer que alguien como tú fuese capaz de matar algo tan hermoso como un pato, un ciervo o un rebeco. Ahora recuerdo, aunque no con precisión, que habías dicho que tú no te atrevías a matar un gamo, con esos grandes ojos que tiene, ni a dejarle cojo para el resto de sus días.

Yo tampoco. Los únicos blancos de mi vida los hice con escopetas de balines en las concurridas casetas de feria.

Los nuevos cazadores, en cambio, esos

que disponen en España de treinta y cinco millones de hectáreas para sus cotos privados, tienen la caza como un juego que justifica el fin de sus negocios y el pacto de sus intrigas, celebrados con perdices de granja y monterías de venados. Tú no; tú eres de otra estirpe y tu escopeta está cargada con la munición de tus palabras perdidas de una lengua que pervive en tu 'último coto'. Procuraré no olvidarlas, como no olvido aquellas otras que un buen día me escribiste en una de tus cartas, como generosa contestación a uno de mis artículos: "Gracias porque palabras como las tuyas -me decías- ayudan a un autor a conocerse". Gracias a tí, Miguel, por tu prosa rural y sustantiva, con la que has sabido elevar de grandeza la existencia de unos seres ignorados e ¿ignorantes? en el paraíso terrenal de tu escritura. Con esa arma colgada de tus hombros me has conquistado a mí, que no soy precisamente castellano.



**Por Paco
López-Barxas**

"El Inmo Pallejo"

10 - X11 - 92

col
14 D. 690

Fecha: 31 DIC. 1992



UN LIBRO CADA SEMANA

«El último coto»: otra pieza bien cobrada

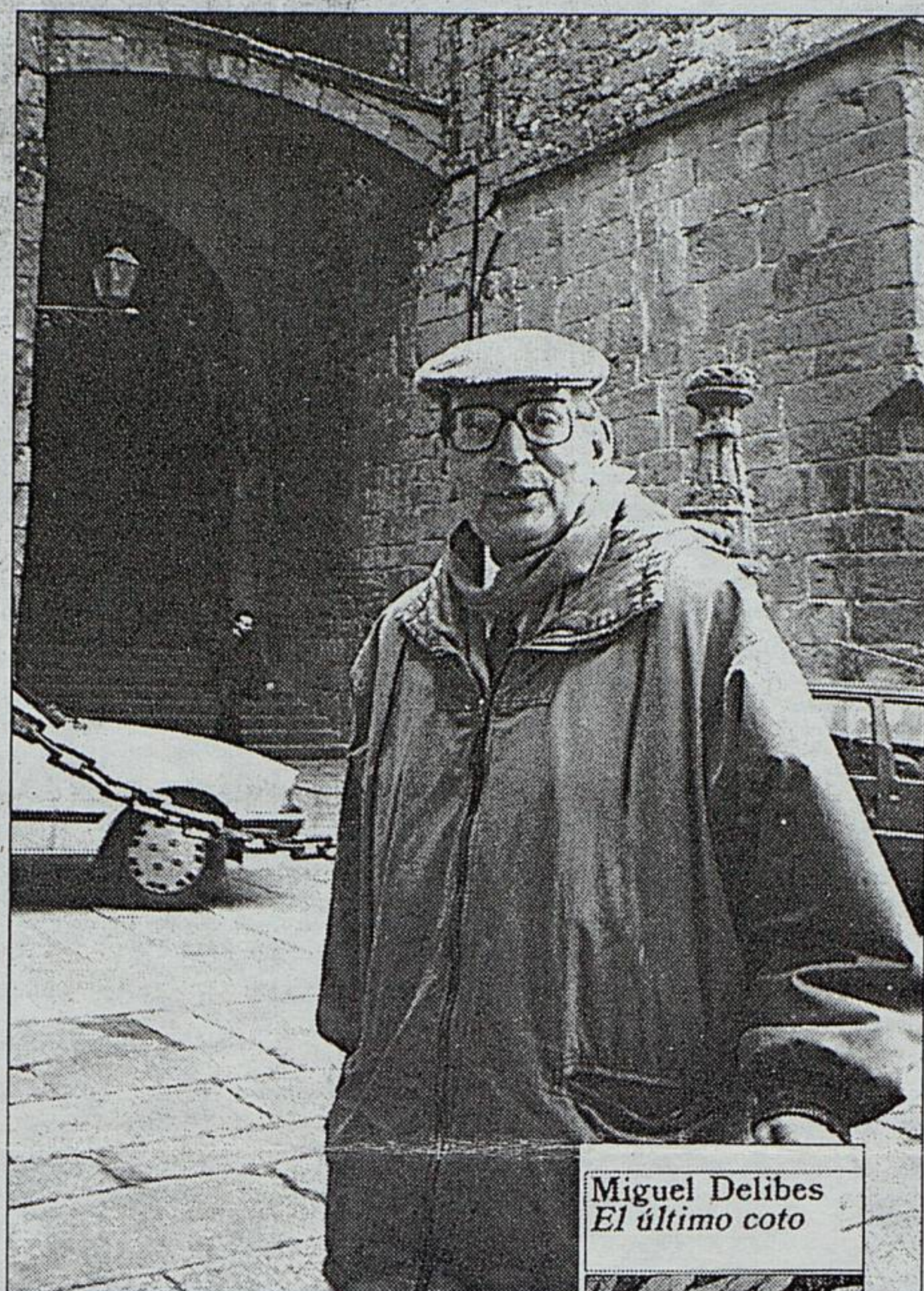
JOSÉ A. PONTE FAR

En el *Último coto* (Destino, 1972) Miguel Delibes recoge los artículos que sobre caza y temas cinegéticos fue escribiendo en distintos periódicos desde 1966 a 1991. Los destinatarios, por la propia naturaleza del tema, son los cazadores, la gente que ama, vive y siente tal afición en todos sus detalles.

Pero vuelve a ocurrir con esta novela lo mismo que con *Diario de un cazador* (1966), que, a pesar del título, interesaba tanto a los aficionados a la caza como a los que no tenían nada que ver con ella. La figura de Lorenzo, aquel bedel de instituto de ciudad, que se escapa al monte en cuanto tiene un momento libre, montado en su bicicleta, escopeta al hombro y la perrita en un cesto sujeto al portabultos, interesaba más por sus sentimientos y por su humanidad, por su vida sencilla, que por los conejos o perdices que cazaba. También en *El último coto* el lector permanece más atento a otras vicisitudes de la narración que a las piezas que cobran las escopetas. Es decir, tanto en una como en otra, lo central se convierte en accesorio y lo accesorio en principal.

En *El último coto* no hay un protagonista que acapare los hechos, a pesar de que el narrador —el propio Delibes— los cuenta desde su perspectiva, anotando lo que ve, siente y hace. Pero el escritor, generosamente, cede su protagonismo a lo que está fuera de él, es decir, a los animales del coto, a los perros de caza, a los páramos y tierras de Castilla, a la Naturaleza y a sus misterios. Los temas propiamente de caza están entreverados por reflexiones humanistas y ecologistas, con anécdotas zoo-biológicas y magníficos apuntes sobre otros muchos aspectos interesantes.

Delibes lleva escribiendo sobre temas cinegéticos muchos años. Su afición por la caza, lejos de menguar, se ha convertido con el paso del tiempo en una pasión. Es la pasión de un deportista y de un hombre preocupado por la Naturaleza, hasta el punto de que, como él mismo dice, *el verdadero cazador es capaz de disfrutar de un*



Delibes escribe sobre la caza

placentero día de caza sin necesidad de disparar la escopeta, ya que el primer objetivo del cazador no es matar, hablo del primer objetivo y del cazador noble. Por eso, en cada nota del día de caza, no falta la alusión al expolio al que está siendo sometida la Naturaleza: el hombre con su voracidad, los fertilizantes y abonos, la sequía y el pedrisco, están acabando con la fauna de pelo y pluma en los campos de España. La mayor parte de las jornadas de caza que se relatan en *El último coto* transcurren en uno cercano a Tordesillas, adonde acude Delibes con una cuadrilla integrada por amigos, hijos y ya nietos. Esa noble afición del escritor se tradujo en que sus cuatro hijos varones son hoy unos buenos biólogos, y como tales, hombres preocupados por el entorno natural.

Con la cuadrilla van también los perros, que en el libro adquieren un pro-

Miguel Delibes
El último coto



Ediciones Destino Ancora y L

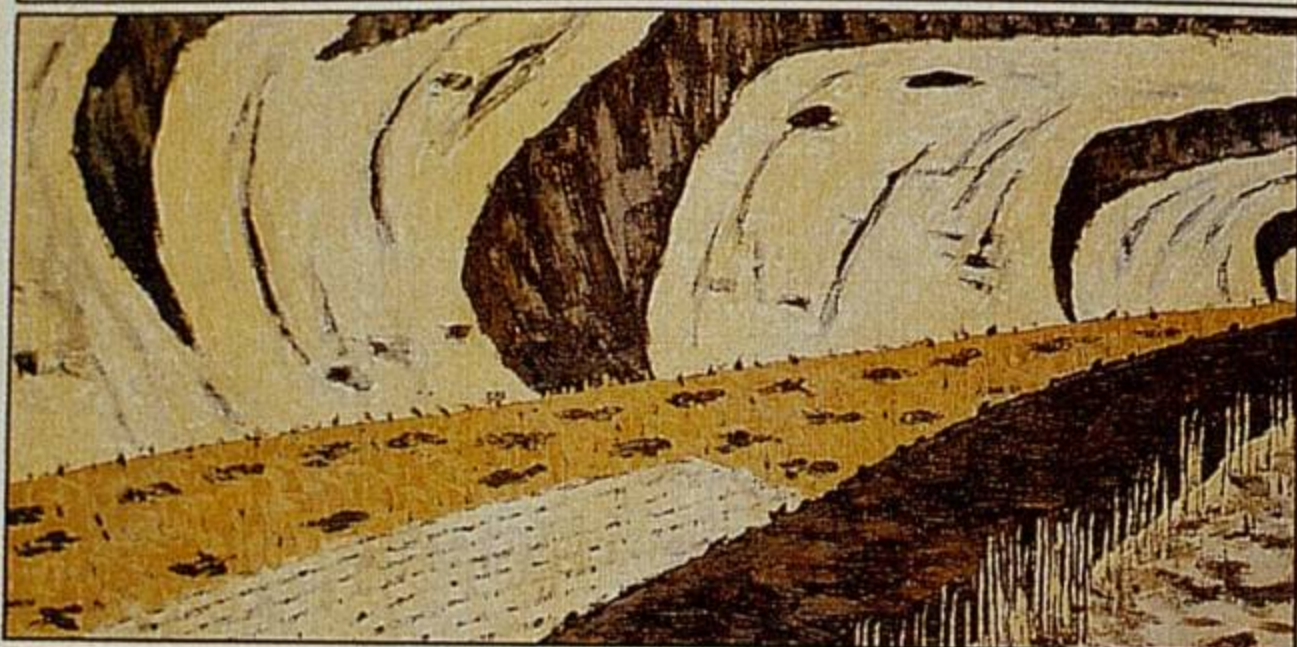
tagonismo especial. Aparecen humanizados en su comportamiento y en sus reacciones; el viejo *Grin*, «cuyas paradas son de un academicismo formal, de una belleza plástica que constituyen un recreo para la vista», el negro *Coquer*, que caza mejor en solitario que en compañía; *La Fita*, lista y pinturera, son unos personajes más de la obra, que acaparan la atención y la mirada entrañable del escritor. Lo que sumado a los apuntes —ya aludidos— que dedica a los conejos, patirrojas y codornices, liebres y zorros, cigüeñas y córvidos, hacen que este libro sea un ameno relato de lo que ocurre y de los que viven en la libertad del campo.

Y no puede faltar en éste, como en ningún libro de Delibes, ese estilo peculiar, logrado a base de una sencillez del lenguaje difícilmente igualable en textos literarios, y de un léxico «terrufiero», usado secularmente por el paisano castellano en su cotidianeidad rural. Es un estilo que acerca entre sí los dos componentes humanos de la creación literaria: el lector y el autor. Un estilo que inspira confianza en quien lee, que no distancia, que transforma a los lectores en amigos. Un estilo que en su sencillez actúa como espejo del alma noble de un viejo escritor castellano, al que deseamos, fervientemente, que éste no sea —en ninguno de los sentidos— su último coto.

☆ Cazador consumado

Tampoco en este libro Miguel Delibes pierde ocasión de romper una lanza a favor de la caza, argumentando que no debe ser considerado un deporte cruel: «No es la sangre ni la muerte de la pieza lo que el venador persigue, sino la respuesta de su cuerpo a las dificultades de la captura». Para volver, en otro momento, con el apoyo de una cita de Ortega, a una conclusión muy curiosa: «Tenía razón Ortega al afirmar que con la caza, el hombre cansado de ser muy siglo XX, toma la escopeta, silba a su can, sube al monte y se da el gusto por unas horas o por unos días de ser paleolítico. Mas don José Ortega omitió mostrarnos el reverso de la medalla, es decir, la satisfacción del retorno, cuando el hombre, cansado de ser paleolítico, silba a su can, sube a su vehículo, pone proa a la ciudad y se da el gusto, por una semana, de ser muy siglo XX. En este juego entre los extremos reside, a mi juicio, el

Miguel Delibes
El último coto



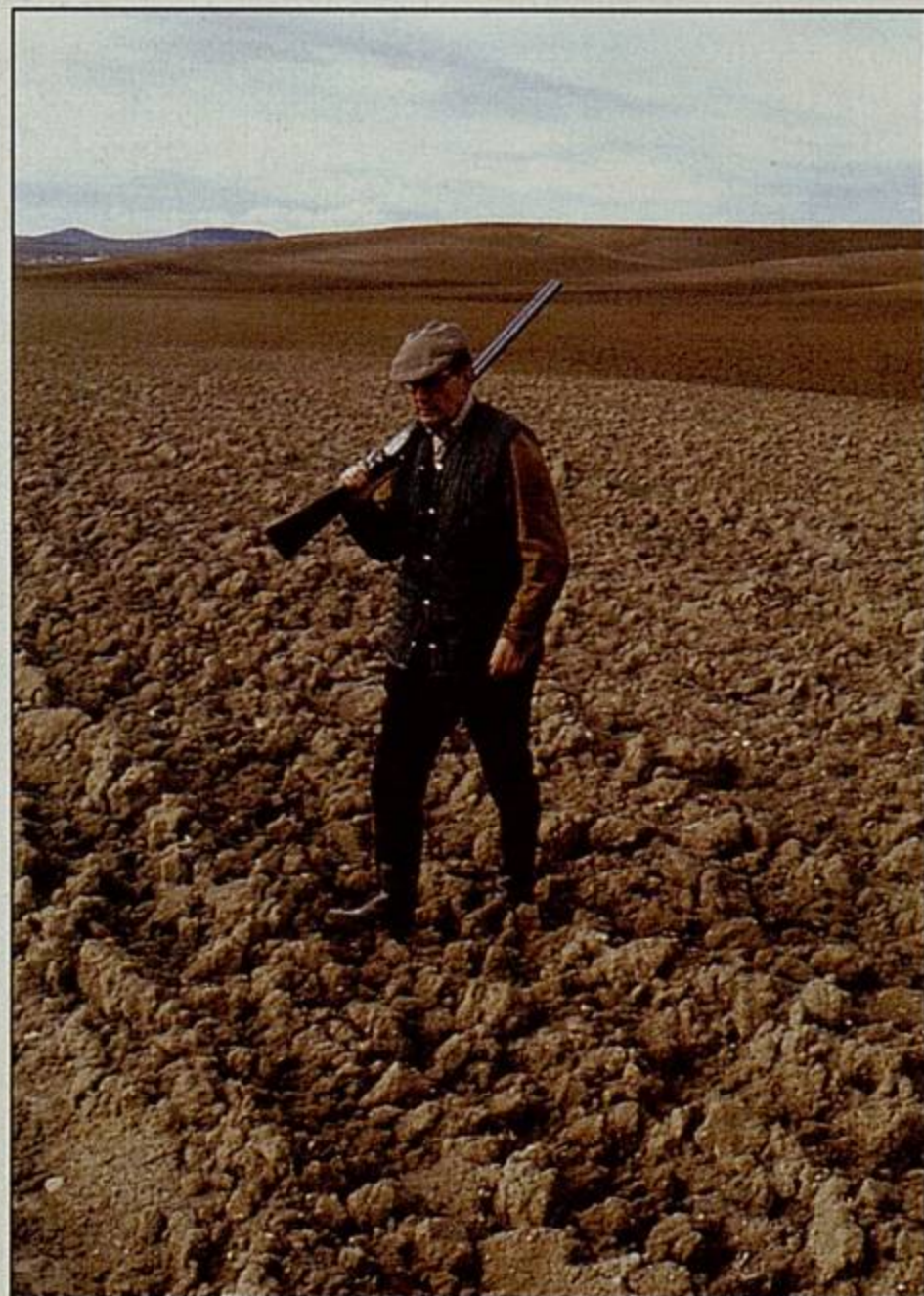
Ediciones Destino *Áncora y Delfin*



690

"El coto"
lucro 93

Miguel Delibes, en su más espléndida madurez intelectual, nos deleita a los cazadores y a sus lectores incondicionales con su nuevo libro, en el que deja traslucir un cierto pesimismo que apenas empaña la esperanza que ningún cazador ha de perder cuando, al principio de cada jornada cinegética arma su escopeta y se abrocha la canana.



EL ULTIMO COTO

Autor: Miguel Delibes

Ediciones Destino *Áncora y Delfin.*

Barcelona, 1992. 248 páginas. 1.800 pesetas.

LOS incondicionales de Miguel Delibes ya empezábamos a echar de menos un nuevo libro sobre caza. Sin embargo, y a la vista del éxito alcanzado por "El último coto", que ya es número uno en ventas desde hace varias semanas, parece ser que no éramos sólo los cazadores sino el público en general los que esperábamos este libro.

El renacimiento de la literatura cinegética española, a principios de este siglo con autores como Ortega y Gasset, Medinaceli, Almazán o Yebes ha tenido su culminación con Miguel Delibes, que ha conseguido algo que hasta ahora ningún escritor sobre temas de caza había logrado, y que es nada menos que hacer que lectores no cazadores lean sobre temas cinegéticos.

En "El último coto" se recogen las experiencias cinegéticas del autor y su familia durante los últimos cinco años. Con su lenguaje característico, sencillo y claro, el autor pasa de largo sobre lo que es la crudeza de la caza en sí, para hacer hincapié en la situación actual de la caza comparándola con tiempos pasados.

El aparente pesimismo del título de la obra podría hacernos pensar que en opinión del autor la caza es ya cosa del pasado.

La progresiva desaparición de la brava perdiz roja, sustituida en muchos sitios por perdices de granja, la escasez de codornices o las enfermedades que asolan la población de conejos pudieran hacer pensar que el fin de la caza tal y como se practicaba

antes es ya un hecho inminente.

Sin embargo en cada apertura de temporada de los cinco años de caza que se recogen en el libro el autor deja siempre abierta una puerta a la esperanza, a que la perdiz roja y el conejo se recuperen y a que las tiradas de codornices durante la media veda vuelvan a ser lo que eran.

De don Miguel Delibes siempre se ha dicho que es muy cuidadoso a la hora de planear sus expediciones cinegéticas. Parece ser que hacía un extraño cálculo entre las probabilidades de éxito de la jornada, donde se englobaba la belleza del terreno y la originalidad de la caza entre otros factores, con el número de kilómetros que le separaban del cazadero. Si la primera opción prevalecía, no dudaba en montarse en el coche con la familia para dirigirse al lugar elegido. En caso contrario declinaba amablemente la invitación. Sin embargo, muestra de ese nuevo optimismo es la presente temporada, donde ha tirado por tierra su vieja fórmula desplazándose a cazar a lugares a los que antes ni por asomo se le hubiera ocurrido ir. ¿Será que eso que dice en las primeras páginas del libro de que está ya dentro del tobogán, sin reflejos ni bofes y con pocas piernas ha quedado atrás?

Esperamos que así sea ya que hoy en día figuras como la de don Miguel Delibes son imprescindibles para conseguir que la gente aprenda a respetar y entender un poco más a los verdaderos cazadores.

NARRATIVA

MD

EL ULTIMO COTO,
Miguel Delibes. Barcelona,
Destino, 1992, 246 pp.

ESTE último otoño Miguel Delibes nos ha regalado con otro importante libro, *El último coto*, en la línea de su producción sobre el tema de la caza. Desde que en 1955 publicara *Diario de un cazador*, en el que es admirable el sentido de la observación y de amor por la naturaleza, la afición cinegética del escritor ha estado presente en su escritura.



Ahora no se trata de un *Diario* en el que Delibes se oculta en aquel delicioso personaje de Lorenzo, sino de un cuaderno de caza referido a los últimos años a partir de 1986. La valoración humana de los acontecimientos cotidianos y su amor a la naturaleza cruzan estas anotaciones del escritor, al referirse con estoicismo nostálgico a la mella que en la agilidad de su cuerpo va dejando el paso de los años o al lamentar la decadencia del campo de su querida Castilla.

Como en otras obras el lenguaje en el que está escrito *El último coto* acoge a aquellas palabras catellanas a punto de olvidarse y que son huellas de la cultura campesina a punto de extinguirse. También en este libro, modelo de sencillez estilística, se descubre lo que tantas veces ha confesado a propósito de su deuda con el periodismo: que su condición de narrador se apoya y se sostiene en su condición de reportero. ■

M.^a Dolores DE ASIS

LIBROS

col
A.D. 690

Fecha: -7 ENE. 1993

NARRATIVA CASTELLANA



La melancolía del paleolítico

Caza, autobiografía y una prosa soberbia en el último libro de Delibes

E Adolfo Sotelo Vázquez
 n la amplísima obra novelesca, de narrativa breve y ensayística de Miguel Delibes, desde su inicial *La sombra del ciprés es alargada* (premio Nadal, 1947) hasta sus últimos libros, siempre late una temática de singular relieve e importancia: la naturaleza y sus proyecciones en la caza, la pesca, el mundo rural agonizante, la ecología o los simples placeres de la vida al aire libre. Últimamente, incluso, se podría decir que el sentido autobiográfico dominante en su obra le ha acercado aún más a esa sentida y querida temática y *El último coto* viene a confirmarlo.

Hay en la obra de este capital escritor de las letras españolas de la segunda mitad del siglo XX un filón riquísimo que tiene como centro de interés los campos de Castilla, su vida, sus gentes, su deterioro, su fauna, su flora y, con el paso del tiempo, su irreversible y paulatino proceso de degradación, al que asiste Delibes como testigo disconforme y enfurruñado que ve acercarse, junto con la progresiva decrepitud del viejo cazador, "la gradual desaparición de la naturaleza y su sustitución por unas tierras peñadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación y la sorpresa", a la par agotadas en sus recursos cinegéticos, especialmente, en lo que se refiere a la patirroja de sangre pura, cuyo adiós "parece inevitable en la vieja Meseta".

De ese filón participan sus novelas *El camino* (1950), *Diario de un cazador* (1955), *Las ratas* (1962), *El disputado voto del señor Cayo* (1978) y *Los santos inocentes* (1981), creo que en ellas, al margen de sus pertinentes y singulares valores literarios, el lector puede encontrar un honesto manual de ecología rural; así como también alguno de sus relatos breves más significativos, como el estupendo *La perra* (*La mortaja*, 1970), y una serie de libros de ensayos, diarios o carnés -serie a la que pertenece *El último coto*- representados por títulos como *La caza de la perdiz roja* (1963), *El libro de la caza menor* (1964), *Con la escopeta al hombro* (1970), *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* (1977), *Mis amigas las truchas* (1977), *Castilla, lo castellano y los castellanos* (1979), *Las perdices del domingo* (1981), *Castilla habla* (1986) y *Mi vida al aire libre* (1989).

En esta nutrida lista de libros la caza se ofrece como tema recurrente porque es afición, devoción y pasión del gran novelista, quien ya en 1955 proyectó sus propias querencias en el inolvidable Lorenzo, protagonista de *Diario de un cazador*, ejemplo supremo de personaje ingenuo, bonachón y de honda dignidad y hombría, describiendo por vez primera y con mano maestra las emociones del ojeo y el vehemente entusiasmo por la perdiz roja. Después y en el transcurso de su dilatada carrera, Delibes iba a ir recogiendo este gusto de ser paleolítico unas horas ("Cuando está usted harto de la enojosa actualidad de *ser muy del siglo XX*, toma usted la escopeta, silba usted a su can, sale usted al monte y, sin más, se da usted el gusto durante unas horas o unos días de *ser paleolítico*", escribió el maestro Orte-



CESAR RANGEL

ga en 1942, en el memorable prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yebes) en una serie de diarios de caza que cifran sus experiencias de la naturaleza, las incidencias cinegéticas y, algo que el lector atento no puede echar en saco roto, su autobiografía, que remite, no sólo a esas "vacaciones de humanidad" (Ortega *dixit*) que supone la caza, sino al hombre entero, al escritor que confesaba en 1971: "Es que yo soy un primitivo; tal vez un rousseauniano."

De este modo los sucesivos diarios de caza de las temporadas 69-70 (*Con la escopeta al hombro*), 71-74 (*Aventuras de un cazador a rabo*) o el presente (*Temporadas 86-91*) ofrecen al

lector el perfil humano y moral más sincero del autor de *Cinco horas con Mario*. En concreto, en *El último coto*, ese perfil acentúa el paralelismo entre la naturaleza, el arte de la caza, y la andadura vital del novelista, del cazador, que no queda compendiada en la explicación del porqué del título -"La respuesta es de pata de banco: porque la perdiz silvestre está cada día más reacia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del tobogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bofes, son los de ayer"- sino en los altibajos que los carnes recogen a lo largo de cinco años, oscilando entre el abatimiento y el encanto, la alegría y la melancolía, prevale-

EL ÚLTIMO COTO
 MIGUEL DELIBES
 Destino, Barcelona,
 1992, 246 págs.

ciendo siempre sereno, al aire de la tonalidad agrídulce y nostálgica de las notas de caza, el ademán severo, adusto, honesto y proclive a la hipocondría de este provinciano universal, que en razón de su coherencia ética, se enraíza admirablemente en la cultura europea milenaria.

Nada en los espacios descritos en *El último coto* remite a lo idílico, sino más bien a un paisaje, ora reseco y duro, ora anegado en barro. Nada indica tampoco que la población cinegética sea un prodigio de abundancia (la perdiz roja silvestre está en declive, los conejos asediados por la mixomatosis y el zorro, verdadero basuretero del bosque, en peregrinaje hacia los núcleos urbanos). Y, sin embargo, la mirada y la pluma de Delibes se aproximan con pasmosa naturalidad cordial al monte y al páramo, al cerro y al cuartel, al *Bibre* -nombre del coto- y al Pico de Fray Gaspar -"que se adentra en la nava como la proa de un barco poderoso y en cuyas escarpas laterales -babor y estribor- suelen concentrarse los pájaros que uno empuja, más los que habitan en ellas"-, enseñando al lector las vicisitudes y las recompensas de una tarea que le proporciona placer al cazador sin necesidad de disparar la escopeta, aunque el entusiasmo casi jactancioso de los días de acierto o la satisfacción al contemplar el crecimiento de la saga de los Delibes en las artes de la caza desmientan un poco lo exagerado de la afirmación.

Es, en consecuencia, un libro con filtro realista, que no trata del *cuánto* de la caza, sino del *qué* y el *cómo*, y que deviene en un precioso memorial ecológico, firmado por un hombre que a la devoción por la naturaleza suma "la suerte de contar con cuatro hijos biólogos", lo que le permite entender en la naturaleza más cosas que si se asomase a ella sin esos asesores. Desde esos conocimientos y esa sensibilidad oímos palpar la naturaleza castellana, notamos la fascinación por la patirroja o el estupor por el calacoleo de unos conejos *posmodernos*, sentimos, en fin, palpablemente el aserto de Ortega: "La historia se hace siempre a redropelo de la Naturaleza". De ahí arranca la melancolía que desprenden estos carnes de caza.

El último coto es asimismo un soberbio ejemplo de escritura: una lengua justa y abundante; una prosa viva y enjundiosa; una excepcional calidad de laconismo en el retrato ("allí dejamos al bichero, encorvado, la boina capona en la cabeza, una colilla apagada entre los labios y la esperanza en los ojos"); una agudeza tan adusta como sobria en la descripción ("Se diría que el agua la lava, la peina, pule sus aristas, la matiza para convertirla en un inmenso tapiz ondulado de diferentes tonalidades de ocre"); y un saber sincero, sin arrogancias ni barroquismos superfluos, para captar los primores de lo vulgar. El último coto, junto con los disfraces de la melancolía del viejo cazador, nos ofrece quintaesenciada la mejor escritura del único Delibes.

Hora actual de M. Delibes

E A. S. V.
 l presente volumen recoge las actas del Quinto Congreso de Literatura Española Contemporánea (1991) que organiza cada año la universidad de Málaga. En él se reúnen 22 estudios sobre la personalidad y la novelística de Delibes, que subrayan los insistentes denominadores comunes de la autenticidad como valor moral de la escritura y la dimensión autobiográfica como elemento constructivo de sus obras.

Sanz Villanueva ofrece una revisión de su andadura narrativa de los últimos años, mientras Antonio Vilanova y García Posada analizan *Cinco horas con Mario*, Neuschäfer y Montero Padilla estudian *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, García Velasco se detiene en *El disputado voto del señor Cayo*, Gómez Yebra se

adentra en *Señora de rojo sobre fondo gris* y Marisa Sotelo y Fernando Valls fijan su atención en *377, A, madera de héroe*. Únicamente se echa en falta un análisis de esa pequeña obra maestra que es *Los santos inocentes*. Las Actas se completan con un ágil estudio de Andrés Amorós sobre *Pegar la hebra* y un detenido asedio de Torres Nebrera alrededor de su ideario ecológico.

En suma: libro imprescindible para ahondar en la conciencia creadora de Miguel Delibes y conocer el actual estado de la bibliografía acerca de su obra.

MIGUEL DELIBES. EL ESCRITOR, LA OBRA Y EL LECTOR
 CRISTÓBAL CUEVAS (ed.)
 Anthropos, Barcelona,
 1992, 348 págs.

Lo disimulable y lo indisimulable

Don Adrianito, el filósofo del que hablaba ayer, pensaba en lo disimulable, lo neutro y lo indisimulable.

—Mire usted, gramatical colega, ni la inteligencia, ni la riqueza, ni la salud se pueden disimular: son más fáciles de ocultar la estulticia, la pobreza y la enfermedad. Hay que ser un gran actor, y además muy inteligente, para conseguir que la inteligencia no brille en la mirada, que la riqueza no baile en la compostura o que la salud no se pinte en la cara y en la manera de andar. El estulto nunca lo es lo bastante como para no agazaparse tras la solemne máscara de la solemne grandilocuencia; el pobre puede ser vergonzante —y con harta frecuencia lo es— y el enfermo hincha el pecho para fingir salud y disimula su precario estado con todas las prótesis físicas y psíquicas imaginables. Lo disimulable y lo indisimulable suele ser más diáfano que lo neutro pero de esto nadie tiene la culpa; lo neutro es una noción angélica y, si ustedes me apuran, me atrevería a admitir que casi divina.



Camilo José Cela

Diario 16 23.I.93

MIGUEL ESCUDERO.

El cazador y el vagabundo



23

MIENTRAS caminaba por Guadarrama, hace ya algunos años, Cela barruntaba que habría hecho buenas migas con las gentes que en tiempos remotos habían vivido en aquellos parajes, y que iban vestidas y calzadas de piel de cabra. Entre los móviles de los vagabundeos del escritor se encontraban una confesada voluntad de barrer del espíritu los últimos restos que le quedarán de señoritismo y el propósito de cargarse de sentimientos que le permitieran, desde la calma y en un anhelo por controlar el yo más íntimo, salir de su aislamiento.

Por su parte, Delibes, en su reciente libro «El último coto», nos declara que para él la caza es soledad y concentración y que su supremo encanto estriba en la puesta en escena de «hombre libre, sobre campo libre, contra pieza libre». Ortega señalaba como característica de los genuinos cazadores en el siglo XX el deseo de darse el gusto de «ser paleolítico» durante unas horas. Podría decirse, en suma, que el afán humano de reintegrarse por un tiempo a la naturaleza viene determinado por el ánimo de sobreponerse y por la resistencia a dejarse devorar el fondo más personal.

En las escapadas cinegéticas esos animales hominizados que son los perros resultan, cuando son diestros, excelentes compañeros y son casi imprescindibles. A su vez, en los paseos y caminatas a campo traviesa siempre es de agradecer la presencia alegre de un inseparable perrillo trotamundos que sepa respetar nuestros propósitos. El can no es concebido entonces

como alguien que ladra al silencio, como en «El llano en llamas», de Juan Rulfo, sino como alguien que comparte nuestra mesa; el viajero Cela lo ha definido como especie comensal del hombre, en un sentido distinto al que Miguel Ángel Asturias emplea en «El señor presidente», cuando escribe: «Avaros de sus desperdicios, como todo mendigo, preferían darlos a los perros antes que a sus compañeros de infortunio. Como ejercicio de educación sentimental podemos ver a continuación algunas muestras del modo de percibir de Delibes y de Cela a unos amigos suyos, en sus respec-

un animal bien educado, no era fácil sujetarla». Capaz de evocar días dichosos, cuando «sus ojos acaramelados se hacían más vivos, profundos y brillantes», muere todavía joven, abatida por una enfermedad, «como si se hubiera dicho secretamente a sí misma: si la perdiz y la caza han desaparecido del mundo, ¿qué pinto yo aquí?»

En cuanto al viejo Cóquer, se trata de un perro distinguido por su espíritu de aventura, antaño demostró ser audaz y arriesgado pero ahora, tras una singular peripecia, ha decaído en barbilindo y faldero. Delibes opina que siem-

«muy ecuánime y político, sensato y cortés». Al contemplarlo roer unos huesos, Cela interpretó que en su carita se le pintaba «el tranquilo y olvidado gesto de la felicidad». La compañía de «Llir» duró hasta que fue embestido por un turismo, a la altura de Viella. Su amigo Camilo lo envolvió en su capote y guardó un rato de piadoso silencio antes de sepultarlo. —Es que no sé lo que me da enterrarlo caliente, ¿sabe usted? Después, sin volver la cara, se echó a andar rememorando a aquel «tierno gozque errabundo que tanta lealtad supo esconder en su parado corazón».

Las vivencias aquí contadas de estos dos escritores, en momentos en los que ejercían con especial deleite su condición de seres libres, se nos han hecho asequibles a los lectores gracias a su capacidad de expresión. Pero la belleza, el reconocimiento y la nostalgia que tales ejemplos revelan no nos podrían llegar a impregnar si despreciáramos la proyección de nuestra realidad más honda y recóndita en quienes viven a nuestro lado. En sus obras aquí referidas, Delibes y Cela narran de pasada su trato con perros cazadores y vagabundos. A ambos les gusta que sean obedientes, bien educados y que guarden la compostura, pero también que sean alegres, audaces e independientes. Y que sean tan «humanos» que pueda alcanzarse a leer en sus rostros la dicha, ese estado de espíritu del que tanto necesitamos contagiarnos.

Miguel Escudero es profesor titular de la Universidad Politécnica de Cataluña.

A mi parecer, «El último coto» es más el libro de un cazador que es un escritor que no al revés

tivos empeños de autenticidad.

A mi parecer, «El último coto» es más el libro de un cazador que es un escritor que no al revés. ¿Dónde está la diferencia? Pues en que creo que su autor jamás cambiaría las horas vividas que cuenta en ese diario por su libro impreso. Entre los protagonistas caninos que aquí aparecen están la Fita y el Cóquer, cuyos dueños son hijos de Miguel Delibes. De la primera se destaca que es alegre, arrojada y vital, que «no era una perra adúladora, faldera, obsequiosa, sino todo lo contrario, despegada e independiente» y que «aun siendo

pre fue un perro neurótico y que las manías se le han acentuado con la senectud, pero intenta ayudarle con sus familiares a encontrar su vieja personalidad.

Por último recordemos el «Viaje al Pirineo de Lérida», donde Cela cuenta que a las puertas de Esterri se le pegó, hace treinta años, un perro sin amo, al que dio en llamar «Llir». Este se ganó el corazón del viajero por su acatamiento, respeto y compostura y porque era muy leal y bondadoso. De él llega a decir que discurría más que muchas personas y destacaba por ser

El último coto

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Otro libro sobre la caza, de Miguel Delibes. Que el escritor titula «El último coto». Y no hallo yo otro título mejor para el artículo que me dispongo a enjaretar, después de haber leído, con especial atención y singular gozo, el reciente y hermoso libro de nuestro buen amigo y compañero. Da gusto leer una prosa como la de Miguel Delibes cuando éste cuenta sus días de caza. Y en «El último coto» nos relata sus experiencias cinegéticas de ahora, de ayer o de anteaer, como quien dice.

Comienza este libro con una elegante quejumbre. Viene a decirnos y nos lo dice muy bien, con una dulce nostalgia, que el tiempo ha pasado, y por haber pasado el tiempo, ya sus facultades vitales han disminuido, y que de no contar uno con la asistencia de una cuadrilla joven que le entrice la caza, valdría más colgar la escopeta y dedi-

carse a jugar al mus.

¡Qué bien lleva el autor el proceso de sus delicadas lamentaciones! Es, la de Delibes, una filosofía tan fina y tan honda al mismo tiempo, que el buen lector agradece y estima estas confidencias del cazador. ¿El último coto? ¡No! Porque su estilo de escritor que caza, sigue poseyendo una fuerza que nos arrastra, una tersura maravillosa y, me atrevo a decir, una juventud con mucha perspectiva por delante. ¡Ah, la prosa de Miguel Delibes, cazador de perdices rojas y de lectores de la más diversa condición! En seguida nos sentimos cazados por el autor de estos libros de caza, que tiene la magia de saber ver y mirar, y el encanto de una realidad, que es realismo, autenticidad y literatura de letra grande. Vamos avanzando en la lectura, y nos percatamos de que estamos aprendiendo muchas cosas que ignorábamos y de que la mente se nos aclara y el cora-

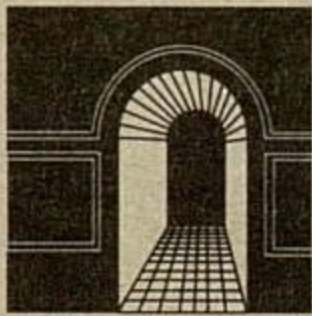
zón se nos ilumina.

En cierta manera llegamos a vivir las cacerías de Miguel Delibes, como él las vive. Sin perder ni un átomo de lo que piensa y siente el escritor cazador, que hace verdaderas hazañas con el idioma y estupendos juegos con su estilo. Es un placer intelectual refinado vernos atrapados por la narrativa cazadora de Miguel Delibes, que parece guardar siempre una sorpresa para cada lector. No le cogemos al escritor cazador en la más pequeña incorrección en su lenguaje. Sabe cómo se llaman todas las cosas, incluso aquellas que nos salen al paso por primera vez. Confieso que en más de una ocasión he tenido que recurrir al Diccionario.

¡El último coto! He aquí un libro que penetra en nosotros como una luz de mañana de primavera y un vientecillo reconfortante. A veces se escapa el autor del tema de la caza, pero sólo un poquillo. Y ello, para

regalarnos una ocurrencia primorosa.

Termina este libro magnífico, con una especie de despedida triste, que enlaza con el inicio un tanto nostálgico de su comienzo. ¿Triste balance? Porque el autor se imagina que esto sea para siempre. Nos dice M. D. que el último coto ha cumplido su misión «y yo me descubro ante esa valiente patirroja de ladera que tantas satisfacciones me deparó a lo largo de sesenta años de ejercicio cinegético». Tú, querido y admirado Miguel, seguirás cazando, con permiso o sin permiso de «tu» perdiz roja. Queremos continuar leyendo tus libros sobre la caza. Que nos sacan al campo de tus cacerías, recreándonos la mente, el corazón y hasta el sombrero, apartados de la oscura vulgaridad del monótono existir de cada día. Voy a releer la delicia que es «El último coto». ¡Despacio, muy despacio!



Cómplices del sentido común



GERARDO SALVADOR ha leído

EL ÚLTIMO COTO,
de MIGUEL DELIBES
Destino, Barcelona, 1992, 246 págs.,
1.800 ptas.

En *El último coto*, Miguel Delibes nos presenta la crónica de sus actividades cinegéticas durante los últimos cinco años, recupera la fórmula que le sirvió para la redacción de *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* (1977), e insiste en los mismos problemas que se hacen centrales en las muchas páginas que a lo largo de sus escritos ha dedicado al tema de la caza. De esta forma, junto a los más sorprendentes lances y anécdotas de caza (el doblete, la carambola, una liebre matada a la carrera de una pedrada...), aprovecha para entrometer las más diversas digresiones, y nos invita a que le sigamos en ellas, a menudo a partir de certeras retóricas que lanza al aire, o bien a partir de problemas que deja suspensos esperando que el lector se los haga también suyos... En dos puntos se resumen sus preocupaciones, esas que, como cazador, le azoran de siempre (*La caza en España*, 1972): por un lado, las alteraciones en el equilibrio natural como consecuencia de factores muy diversos, esto es, transformaciones de la agricultura (maquinación, abonos, regadíos, rotación de cultivos...), la masificación del deporte de la caza, el uso de procedimientos de exterminio prohibidos por la ley...; y por otro, las posibles soluciones para frenar, sino ralentizar en mucho, la tendencia a la destrucción de nuestra fauna. Miguel Delibes sabe convencernos, hacernos cómplices de su causa, pero no recubriendo de un aparente científicismo o algo similar las tesis defendidas (no es ése el talante de nuestro autor); lo que acaba persuadiendo al lector es el sentido común que tan sabiamente esgrime para defenderlas, desplegándolo con sencillez y a la vez convicción. Únase a ello una prosa cuidada y precisa al tiempo que rica y variada, pero ante todo caracterizada por su elegante sobriedad. En resumidas cuentas, una buena dosis de la mejor arte suasoria.

Por otra parte -poco debe extrañarnos de Delibes-, el libro ofrece una perfecta y exacta radiografía del paisaje castellano, reproduciendo incluso su atmósfera y sensaciones (que tanto llegan a determinar la

jornada de nuestro veterano cazador); parece que lo estemos acompañando en la excursión, y no es otro su deseo... Porque Delibes se las arregla para que la emoción que siente en sus correrías campestres, como si al contarlas por escrito las estuviera reviviendo, llegue al lector en su expresión más viva. Añádase la maestría de un escritor que sabe teñir de un apreciable dinamismo y dramatismo todos aquellos pasajes que se prestan (así los capítulos dedicados al arte de la cetrería, o a la caza con galgo, o...) Asimismo, para acabar de encandilarnos, Delibes va dejando que de vez en cuando nos asalten humanísimas notas de sus más personales sentimientos; qué decir sino de aquellas líneas en que no se molesta en ocultar su orgullo al hablarnos del digno comportamiento de dos nietos suyos que se inician en la caza, o de la especial atención que dedica a los perros que le acompañan...

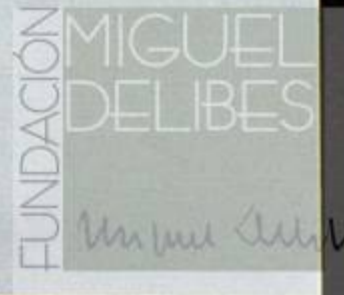
El último coto resulta, pues, un libro que no ha de interesar sólo a los aficionados a lo cinegético, sino también a quienes se preocupan por la conservación del medio ambiente, además de los que quieran recrearse en una prosa siempre brillante.

GERARDO SALVADOR
Licenciado en Filología Hispánica

BOTÓN DE MUESTRA

Entre los cazadores los hay jóvenes y provecetos, como el que suscribe y el doctor Ortiz Manchado, que son quienes llevan estas contrariedades con mayor conformidad. Un asturiano lee el Norte en un rincón y, de cuando en cuando, suministra un nuevo tema de conversación a la tertulia como quien echa un leño a la chimenea, para animarla: el barullo del Golfo, el crimen múltiple de Extremadura, los arrestos de la señora Thatcher. De esta forma se van llenando las horas en la atmósfera espesa del cuchitril. De pronto se produce un rebrillo en el ventanuco de la cantina y se abre un silencio esperanzado. (Págs. 170-171)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES





MD

MIGUEL DELIBES Y LA CAZA

el que ama la caza y sabe lo que se trae entre manos, jamás se tomará ventajas que no se ajusten a la ley, ni —eso mucho menos— entrará a saco en la naturaleza, a la que respeta como cosa propia y fundamental. Lo malo, como sucede en toda actividad, son aquellos que se echan al monte y proceden a capricho; es decir, los malos cazadores.

La caza, que comenzó siendo el único medio de subsistencia del hombre primitivo, allá en los tiempos de la prehistoria, se ha convertido, desde hace ya muchos años, en uno de los deportes con mayor número de participantes. No hay más que ver la cantidad de gente que lo practica, sobre todo durante los fines de semana. Gente distinguida, de alto copete, capaz de pagar lo que sea con tal de poder cazar en un buen coto, y personas de clase media o baja que gozan a más no poder atravesando liegos y barbechos, con la escopeta al hombro y el perro abriéndoles camino. Desde mediados de octubre, en que se abre la veda, hasta que ésta se cierra, luego ya en el buen tiempo. Son meses de plena expansión cinegética, jornadas en las que las habilidades del cazador y la astucia de liebres y perdices pelean por salirse con la suya, esgrimiendo cada cual su destreza y sus instintos.

La caza, naturalmente, tiene su filosofía, su ética, sus normas, su literatura. Desde el infante don Juan Manuel hasta nuestros días, ha sido tema de estudio y aprendizaje. Don José Ortega y Gasset le dedicó páginas de hondo calado sociológico, como también lo hiciera con la fiesta de los toros. Yo, que de siempre he sentido poca simpatía por el deporte de la caza, confieso que he llegado a comprenderlo merced a la lectura de sus propios estudiosos, de los escritores que han sabido contarnos toda su verdad. Porque el auténtico cazador,

coincidiendo con la apertura de la temporada de caza, me llega un nuevo libro del escritor y cazador Miguel Delibes, cuyo título es "El último coto". Un libro donde el novelista vallisoletano nos cuenta sus andanzas y experiencias cinegéticas durante estos últimos años. Siempre con su limpia prosa, con su acendrado amor al campo y a todo cuanto en él alienta. ¿Es "El último coto" el tramo postrero a la dedicación de Delibes a su deporte favorito? De ello se habla también en estas páginas. El escritor advierte el paso del tiempo en su anatomía, en su resistencia física, en la falta de las grandes caminatas, en cómo le van pesando los rigores del tiempo. Pero lo que más pesa en su ánimo son las condiciones cada día menos propicias a la caza, los cambios que el campo castellano está experimentando con las sequías, los calientes veranos y otras adversidades.

El libro está escrito en forma de "diario", cotejando fechas y narrando hechos verídicos. Pero es tanto el atractivo de su prosa, tan grandes sus conocimientos cinegéticos, que termina uno creyendo que la cosa va más allá de la realidad, que nos hallamos ante una realidad mágica. Sobre todo cuando se refiere al paisaje, a la climatología, a sus propios estados de ánimo. Dice, por ejemplo, en la página 36: "Hoy, los bichos no rompieron, pero el paseo bajo el primer sol piadoso del invierno, entre los añosos enhebrados que pueblan al finca, fue realmente

agradable". Tampoco falta el relato de alguna de sus cacerías en La Mancha, concretamente en Corral de Almaguer, con el campeónísimo Tragacete y su amigo Vicente González: "A pesar del pingüe botín, creo que estas tierras manchegas son para cazarlas en octubre, con temperaturas blandas y pámpanos en los cepones. En enero resultan demasiado desabridas".

Es una hermosa historia con muchas pequeñas historias dentro, un boquete abierto al fabuloso mundo de la caza, donde el autor vive y da cuenta del atractivo y los problemas que este deporte o dedicación reporta y va acumulando. Delibes nos habla de la extinción de la "petirroja" y de su fabricación en las granjas, lo cual deteriora la calidad de estas preciadas aves y dificulta su posterior implantación en el campo. Nos habla de toda la fauna que puebla las tierras de Castilla, con detalles y consejos de gran valor cinegético. De la muerte de algunos de sus perros más queridos como el "Grin" y la "Fita", de su posible despedida como cazador, más que por cansancio, como queda dicho, por la precariedad que hoy vive la caza silvestre en España.

Y este otro detalle donde Miguel Delibes demuestra, una vez más, su fina percepción sociológica e histórica. Se refiere a quienes detestan la caza como actividad violenta: "A medida que se incrementa la violencia en el mundo, mayor empeño ponen algunos en depurar de agresividad aspectos puramente frutivos de la actitud humana como pueden ser la juguetería, la caza, o los toros". Esta paradoja —comenta— "me recuerda la actitud de aquel carcelero del campo de concentración de Dachau que lloraba el día que se le murió un canario". ❖

Cultura

Galardonado con algunos de los más altos premios que se conceden en nuestro país, el Príncipe de Asturias y el nacional de las Letras Españolas, Miguel Delibes, también académico de la Lengua, es uno de nuestros escritores más leídos y traducidos. En esta entrevista confiesa experimentar una cierta insatisfacción ante su obra narrativa y no sentirse preocupado por no figurar todavía entre los ganadores del premio Cervantes.

«El premio Cervantes no me quita el sueño»

Miguel Delibes afirma que no escribe porque «quizá ya he dicho todo lo que tenía que decir»

Valladolid. JAVIER SANZ

A sus setenta y dos años, Miguel Delibes confiesa sin preocupación atravesar uno de esos períodos de desinterés por la escritura. Quizá influido por tal falta de motivación, ve su obra, esa cincuentena de títulos que le han valido un lugar de honor en la literatura española de este medio siglo, con cierta insatisfacción. «La idea que yo tenía sobre mis novelas —afirma— era superior a lo que he reflejado después. No me recreo en mis propias obras. Creo que podían haber sido mejores.»

Desde que en 1948 se dio a conocer con una novela a la que ahora somete a un juicio severo, «La sombra del ciprés es alargada», el nombre de Delibes va íntimamente ligado a Valladolid, una ciudad que ha reconocido al autor de «La hoja roja», «Cinco horas con Mario» o «Los santos inocentes» con la consideración de hijo predilecto, primero, y más tarde con la medalla de oro de la Diputación Provincial, impuesta hace unas semanas.

Madrid, más favorable quizá para la proyección literaria, no le tentó nunca al escritor castellano, pese a que al menos en dos ocasiones hubo posibilidad de trasladar la residencia. Una de ellas fue al quedar vacante una cátedra en la Escuela de Comercio, que Delibes, entonces catedrático de Derecho Mercantil, no llegó a solicitar. La otra, cuando se perfiló como el periodista idóneo para dirigir un diario que se llamaría «El País». Sobre esta oferta, Delibes reconoce que era «una tentación seductora». «Pero yo en ese momento pasaba por una crisis: acababa de morir mi mujer y me encontraba, por esa razón y por la edad, demasiado mayor ya para correr la aventura de dirigir un periódico.»

«El último coto»

La bibliografía del escritor vallisoletano incluye, junto a sus novelas, un buen conjunto de títulos en los que Delibes ha plasmado la que constituye su gran afición: la caza. «El último coto», «mis reflexiones sobre su desaparición», es su más reciente obra. «Tienen también una gran importancia en él la naturaleza y los atentados que estamos cometiendo contra ella. Aun cuando era en principio sólo de caza, lo ha leído gente completamente ajena a la afición cinegética, gente que se interesa por la pervivencia de la forma natural de vida y los ataques que estamos infligiendo a la naturaleza.»

—En alguna ocasión ha comentado que para usted escribir consti-

tuía una mezcla de placer y dolor.

—Sí, no puedo decir que sea sólo placer. Sólo ha habido dos libros que me hayan ocasionado placer al escribirlos: «Diario de un cazador» y «Mi vida al aire libre». Con los demás he pasado verdaderas dificultades y sufrimientos al ver que lo que escribía quedaba por debajo de mis proyectos.

—Son esos dos libros que tienen que ver con la naturaleza, una afición que le inculcó su padre y que usted ha transmitido a sus hijos y a sus nietos.

—Exactamente. Yo heredé esa afición al campo y a la naturaleza de mi padre y luego los chicos míos lo han heredado tanto de mí que, de siete, cuatro son biólogos. En mi edad juvenil, yo tenía que haber sido biólogo, pero entonces no existía esa carrera. Había unos estudios de ciencias naturales en lo que lo único que podías obtener era una oposición a cátedras de instituto. Tuve que elegir entre las carreras que se impartían en Valladolid, porque mi padre tenía ocho hijos y no podía costearnos la carrera fuera de casa. Fui eliminando las de Medicina, y Filosofía y Letras, y total que acabé con Derecho. Hice Derecho sin gustarme. Hice intendente mercantil sin gustarme tampoco la carrera de Comercio, pero así se hacen las cosas.

—¿Y todavía sale a cazar?

—Sí, todavía salgo a cazar. He escrito «El último coto», pero todavía no es el último, porque aún tengo aguante para tres o cuatro horas por montes y moreras, detrás de las pocas patirrojitas que ya quedan. Pero la que hago ahora es una caza a dosis pequeñas, porque cuando era joven la caza ocupaba todo el día de fiesta: empezaba con el primer sol y acababa con la puesta. Hoy no. Cazo por la mañana, me voy a comer y regreso a casa. Pero sigo haciendo esto, como sigo montando en bicicleta, jugando al tenis, paseando mis buenos kilómetros al día. Pero ya no es el ejercicio de los veinte o los treinta años.

—Varios de sus libros, «El camino» o «Cinco horas con Mario», son lecturas frecuentes de los estudiantes españoles, ¿esto le produce alguna satisfacción especial?

—Sí, me produce una gran satisfacción, porque además estos muchachos, cuando les gusta un libro, no se pueden contener y me escriben. A veces me han escrito todos los miembros de una clase, a los que el profesor les había mandado que cerrasen esa novela abierta. Ellos la cerraban haciendo ir al Mochuelo a la ciudad, progresando, casándose. Es decir, ponían en juego su inventiva y ya no sólo me

Miguel Delibes, durante la entrevista en su casa de Valladolid.

CACHO



La única oportunidad

Delibes compara el premio Nadal, que él ganó en 1948, con una oposición a notarías que se convocaba todos los años y para la que sólo había una plaza. «Era la única oportunidad que tenía un señor de veintitantos años hace cincuenta de editar un libro.»

El premio Nadal ya no cumple aquella función de dar a conocer a nuevos autores. La del libro, por otra parte, se ha convertido en una industria que impone sus propias reglas a la cultura. El novelista vallisoletano alude a la imposibilidad de estar al día en todo lo que se edita y afirma que para él eso fue posible hasta el año 60. «A partir de esa fecha, se ha desbocado. Actualmente hay 200 escritores jóvenes o no tan jóvenes haciendo novela y es imposible

seguirles a todos. Pero procuro seguir por lo menos a aquellos de los que más se habla.»

No obstante, declina dar nombres pretextando su desesperación cuando, ya por escrito, advierte omisiones involuntarias. Frente a otros escritores de su generación que desdeñan a las nuevas promociones de novelistas, Miguel Delibes afirma que «pretender que los escritores de hoy tengan que escribir como nosotros escribíamos hace cincuenta años también es una pretensión un poco absurda. Creo que hoy prevalecen el lenguaje y la estructura de la novela, antes que el argumento y la creación de personajes vivos, de carne y hueso, que es lo que a mí me inquietó más de siempre.»

daban las gracias por haber escrito el libro, sino que ellos lo terminaban. Hacían llegar a adulto a este niño con más o menos fortuna.

Vocablos expresivos

Su pasión por Castilla se refleja en unos libros repletos de un vocabulario rico en expresiones campesinas que poco a poco se extingue: «A mí me da mucha pena porque había una serie de vocablos preciosos, muy expresivos, que resumían muy bien la vida de nuestros pueblos y que naturalmente tenemos que aceptar que hayan desaparecido y que los mismos chicos que nacen en los pueblos ya no los conozcan. ¿Por qué? Porque eso ya no sirve para nada. Son palabras que han caído en desuso.»

—Lo rural parece tener poco interés para los jóvenes escritores, y quienes sitúan sus novelas fuera de las ciudades sufren una cierta incompreensión.

—A mí lo que me interesa de la novela es explorar el corazón del hombre, que está tanto en lo urbano como en lo rural. Además, en lo rural he encontrado aquel hombre más auténtico que en la ciudad. En la ciudad la vida de relación termina uniformando. A mí, personalmente, me interesa tanto o más lo rural como lo urbano. Comprendo que a otros no les interese, pero especialmente porque tampoco saben nada del mundo rural, no lo han vivido.

—Confesaba recientemente que en la actualidad no estaba escribiendo ninguna novela, pero seguro que algo sí escribe.

—Nada. Ahora no escribo nada. Por no escribir, no escribo ni artículos. Tengo la impresión de que uno no escribe cuando se desinteresa del medio en que vive en relación con la función que desarrolla. Quiero decirle que cuando he estado escribiendo, por ejemplo, «Cinco horas con Mario» y me subía a un tranvía o al autobús iba incor-

porando voces que oía por la calle, de manera que iba siempre con la antena puesta porque todo me servía. Mientras que ahora no. Voy por la calle como un oficinista cualquiera y en consecuencia no veo la vida ni como articulista ni como narrador, y por esa razón es posible que no se me ocurra nada que escribir.

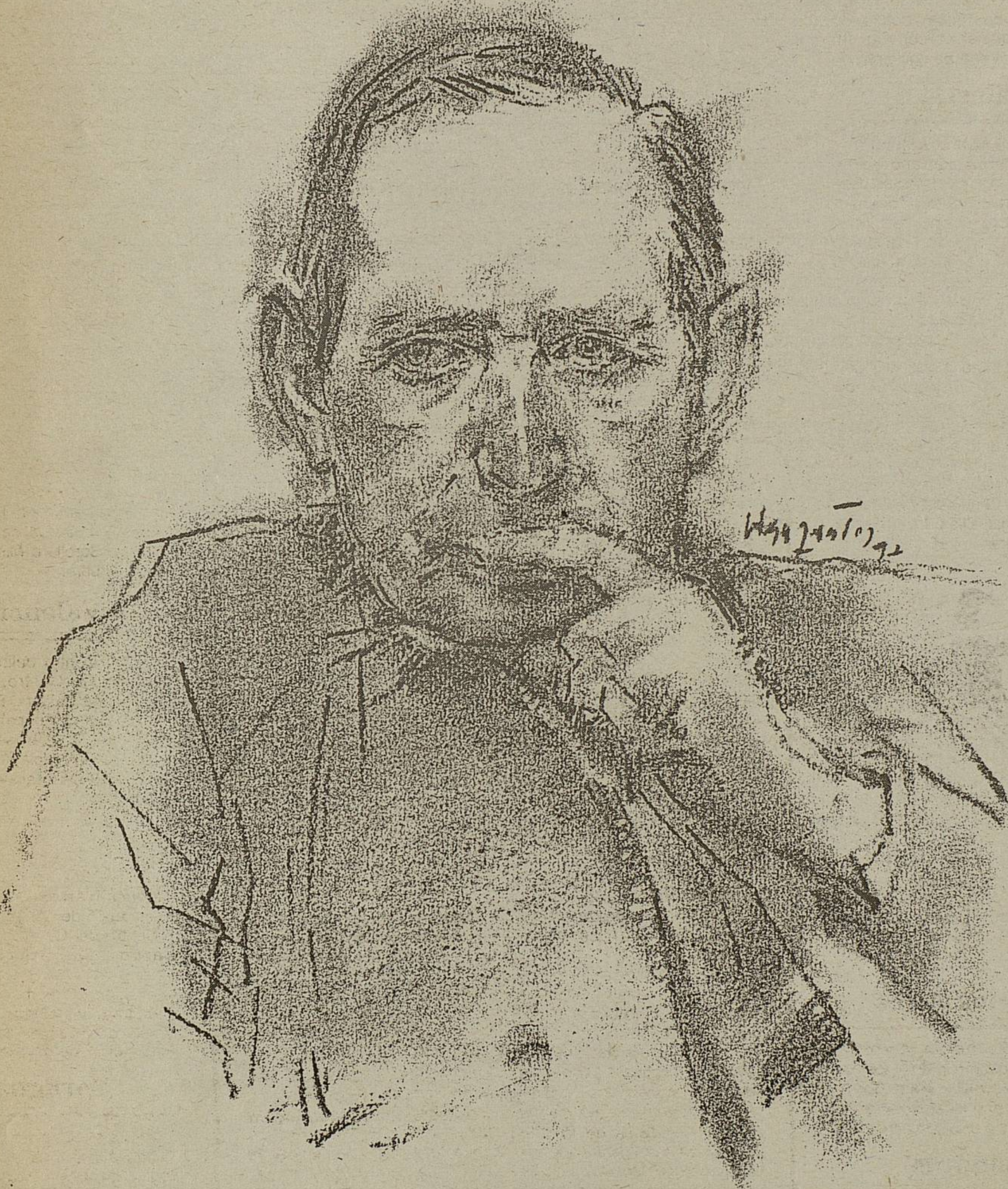
—¿Le preocupa esta sequía creativa?

—Ya no me preocupa mucho, porque pienso que a lo mejor no escribo más porque ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Miguel Delibes ha obtenido los premios literarios más importantes: el Príncipe de Asturias (1982), el premio Nacional de las Letras Españolas (1991). ¿Será el próximo premio Cervantes?

—No me inquieta demasiado, no me quita el sueño. Ya creo que tengo demasiados premios. En fin, si un día viene será bien recibido. Y si no viene también me quedará sin él tranquilamente.

ABC literario



Miguel Delibes, en su penúltimo coto

Cinco años de pana y madrugones, de cartuchos y charlas con los nietos, de arrebatos meteorológicos, y de liebres, conejos, palomas o perdices, según la veda; cinco años de andar y amar Castilla, escopeta en ristre y en medio de una tierra transformada, agredida y seca. No cinco: treinta, o cuarenta años, de prosa desnuda y magistral; también la honda y agarrada melancolía que todo lo inunda, porque las fuerzas adelgazan y los reflejos no son ya lo que eran, porque la caza escasea y la tierra se domestica...

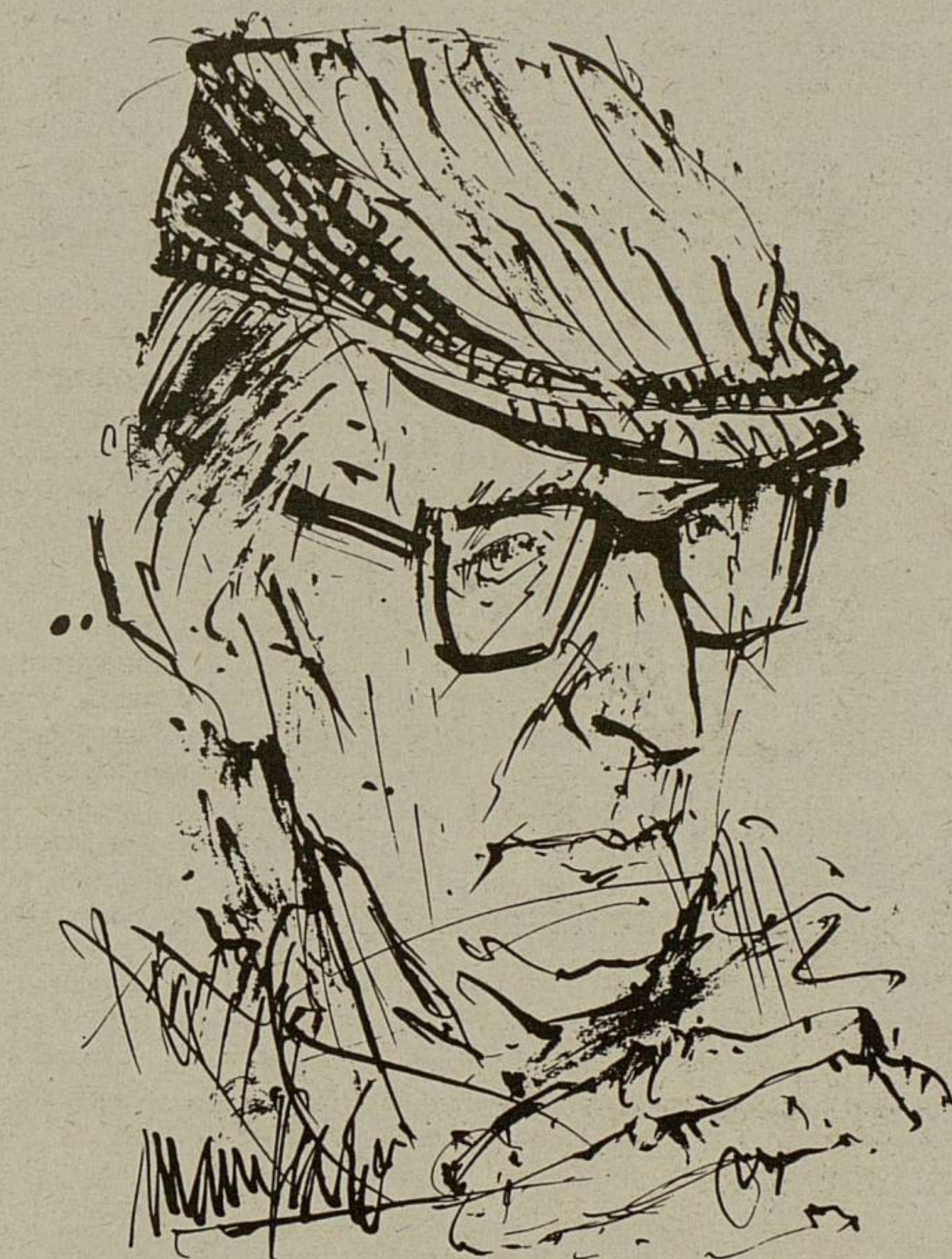
Todo esto rezuma en «El último coto», el último diario del cazador que es Miguel Delibes. En estas páginas publicamos algunos días de esos cinco años, que saldrán a la luz la próxima semana en la editorial Destino

El último coto

Por Miguel DELIBES

Y ¿eso? ¿Por qué considera usted que es el último? La respuesta es de pata de banco: porque la perdiz silvestre está cada día más recia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del tobogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bofes, son los de ayer. Hoy día para dobligar a una patirroja en las laderas castellanas se requieren unas piernas más resistentes que las que uno usa a diario, mayor agilidad mental y celeridad para tomar los puntos al pájaro a saque de escopeta. Quiero decir con esto que a los sesenta y seis años, de no contar uno con la asistencia de una cuadrilla joven que le entrice la caza, vale más colgar la escopeta y dedicarse a jugar al mus. El viejo cazador es consciente de que si todavía es capaz de derribar alguna perdiz que otra, la faena se debe, antes que a las propias facultades, a la colaboración de los jóvenes compañeros que trajinan para él. Y si las cosas son así, no parece arriesgado el vaticinio de que éste será el último cazadero de que disfrute, puesto que dentro de cinco o diez años, sus arrestos, antes que para pechar con vaguadas y caballones, estarán para dar un paseito vespertino por el Campo Grande, a paso de jubilado, entre niños, palomas y pavos reales. La melancolía de esta reflexión no resta fuerza a sus argumentos.

PERO en todo esto subyace un aspecto emotivo que deriva del hecho de que, al abordar su última etapa cinegética, el viejo cazador retorne, más o menos, al escenario donde inició sus correrías y precisamente con un hijo del que hace cuarenta años fuera su compañero de fatigas: Genuino Reglero, secretario de Castromonte, un hombre que sólo tenía en la cara las arrugas de reír, esto es, patas de gallo en los vértices de los ojos y dos paréntesis profundos, a ambos lados de la boca. En la vida no es malo tropezarse con seres que únicamente frunzan el rostro para reír, en especial para aquellos hombres proclives a la hipocondría como es el caso del que suscribe. Uno se va acostumbrando a reír entonces, lo que conlleva la posibilidad de empezar a ver la vida a través de un cristal más optimista. Ahora me



vienen a la cabeza, pongo por caso, mis primeras cazatas en el encinar de la Santa Espina, cuando el hermano Eugenio, con la sotana arremangada y sin el babero, tiraba a los conejos a sobaquillo, sin acullar siquiera la escopeta, mientras Genuino Reglero y yo, después de acorrallar a las perdiganas contra las tapias ruinosas del Monasterio, colgábamos cada uno media docena como quien no quiere la cosa. ¡Qué tiempos, Señor! Pero nuestras cacerías de entonces apenas tenían otro objetivo que el de abrir boca para la merienda, bien en Castromonte, en casa de Genuino —morcillas, jamón y chorizo de olla—, bien en el refectorio del convento donde los hermanos preparaban una liebre con alubias tan empachosa que uno quedaba inhabilitado para reanudar la cacería, de forma que la jornada terminaba indefectiblemente junto a un bardo, tirando conejos a toro

suelto, mientras el tibio sol del membrillo se iba acostando tras las atalayas del carrascal. Genuino Reglero (fallecido hace pocos años, a los ochenta y cuatro, retirado de la caza y de los excesos gastronómicos) rumiaba en su vejez lejanos recuerdos y junto a las arrugas de reír le iban naciendo poquito a poco las remisas arrugas del escepticismo, en tanto el que suscribe, veinte años más joven, iba apalabrando con su hijo Jesús María la incorporación al nuevo coto de El Bibre, dos leguas al sur de la Santa Espina, rayando con Tordesillas y Villalar de los Comuneros. Jesús María Reglero, como es de rigor, ya no caza con la irresponsabilidad con que lo hacíamos su padre y yo en la mancha de Torozos hace ocho lustros. Hoy la caza, si no ponerla —aunque algunos ya lo hagan así—, sí hay que cuidarla y, consciente de ello, Jesús María Reglero, el factótum,

guarda las lindes contra el furtivo motorizado, limita las zonas de caza, decreta períodos de veda voluntaria durante las semanas navideñas e instala bebederos para que los pollastres no mueran de sed en la canícula estival. Un coto bien tenido, en suma, donde se desfogan galgueros y escopeteros de cinco pueblos (Vega de Valde-tronco, San Salvador, Berceo, Marzales y Gallegos de Hornija) y dos docenas de cazadores de la capital. Si otros titulares de cotos de la vieja Castilla se ajustaran a esta normativa la perdiz salvaje no andaría por estos contornos tan apuradilla como anda.

A pesar de todo, es obvio que la libertad cinegética se recorta cada año. Desde que tengo uso de razón he proclamado que el supremo placer de la caza residía en la libertad: hombre libre, sobre campo libre, contra pieza libre. Hoy, en virtud de la multiplicación de escopeteros, la concentración parcelaria, la domesticidad del campo, y demás adelantos (?), las trabas van construyendo cada día más aquella libertad. Este mismo coto de El Bibre, aunque parezca paradójico, no cuenta con las diez mil hectáreas que suman los términos que abarca, puesto que al menos siete mil son de terreno abierto, labrantíos sin lindes ni perdidos, de campo raso, donde la titularidad no permite acosar ni ojear a la perdiz, lo que equivale a decir que el nuevo coto no debe medirse a lo ancho sino a lo largo: digamos ocho o diez kilómetros de longitud; ocho o diez kilómetros de ladera, abrigada de pimpollos en algún sector, y de rala vegetación esteparia en el resto, pero, de cualquier modo, un plano inclinado de treinta o cuarenta metros de anchura, que atraviesa un campo desnudo, con sus ondulaciones, sus cerros, sus espueñas y donde a la escopeta no le está permitido entrar. Cabe, pues, dividir la ladera en tres cuarteles para que las cuadrillas no se estorben entre sí, pero, en todo caso, unos y otros tendrán que seguir la cuesta obligatoriamente sin posibilidad de lanzarse a campo abierto —hoy demasiado abierto— como se hacía antaño. Una caza, en suma, menos atractiva y misteriosa, más limitada y coercitiva. De esta manera, salvo

ces. La perdiz silvestre es la pagana de un medio domesticado y, de rechazo, lo es también el cazador. Y vista la eficacia creciente de las máquinas no parece lejano el día en que el tránsito del páramo a la nava se haga no a través de la ladera agreste donde cazamos sino mediante tres bancales asépticos y cultivados, que lo suavicen, con lo que la perdiz quedará a la intemperie, y, acosada por herbicidas, abonos, fuel y motores de explosión, lo pasará muy mal. Cuando el viejo cazador habla, pues, de su «último» coto, no se refiere solamente a su decadencia física, a su progresiva decrepitud — la del cazador — sino también a esta gradual desaparición de la naturaleza y a su sustitución por unas tierras peinadas y acicaladas, cada día menos propicias a la ocultación y la sorpresa. Esto es lo que se nos viene encima sin demora si es que Europa, los países del Mercado Común, y, entre ellos, el nuestro, no disponen otra cosa. El tiempo dirá la última palabra.

Febrero de 1986

la mínima variedad que entraña el cambio de cuartel, todas las excursiones vienen a ser la misma, los bandos arrancan en los mismos lugares, vuelan hacia unas mismas querencias, y hay dos cazadores, uno arriba, en el páramo, y otro abajo, en la vega, que se sacrifican por los demás, andan en beneficio ajeno, con contadas oportunidades de descargar la escopeta. La libertad del cazador, entre unas cosas y otras, se la va llevando la trampa. El campo se trabaja para producir cereal y no perdi-

Apertura 1986-87 (26-X-1986)

¿DÓNDE se han metido las perdices que dejamos aquí el primer domingo de febrero, cuando vinimos a conocer el coto? ¿Se han disuelto en el aire? ¿Se las ha comido la tierra? He aquí, en pocas palabras, el tema central de la tertulia que siguió al almuerzo, en el refugio de cazadores de El Bibre. La gente no se preguntaba ya por la cía; admitía que había sido nula (lo que es mucho admitir), pero ¿dónde estaban, al menos, las perdices que sobrevivieron a la temporada 1985-86? Yo creo que los cazadores, antes que embusteros, somos propensos a la exageración, a las lucubraciones más disparatadas y calenturientas. De ahí, las razones que fueron arguyendo los contertulios para explicar el fenómeno. Hubo quien habló del chajuán, y de la consiguiente emigración de la perdiz, olvidando que el sedentarismo de este pájaro está tan arraigado que antepone morir de calor a desplazarse. Otra voz →

El último coto

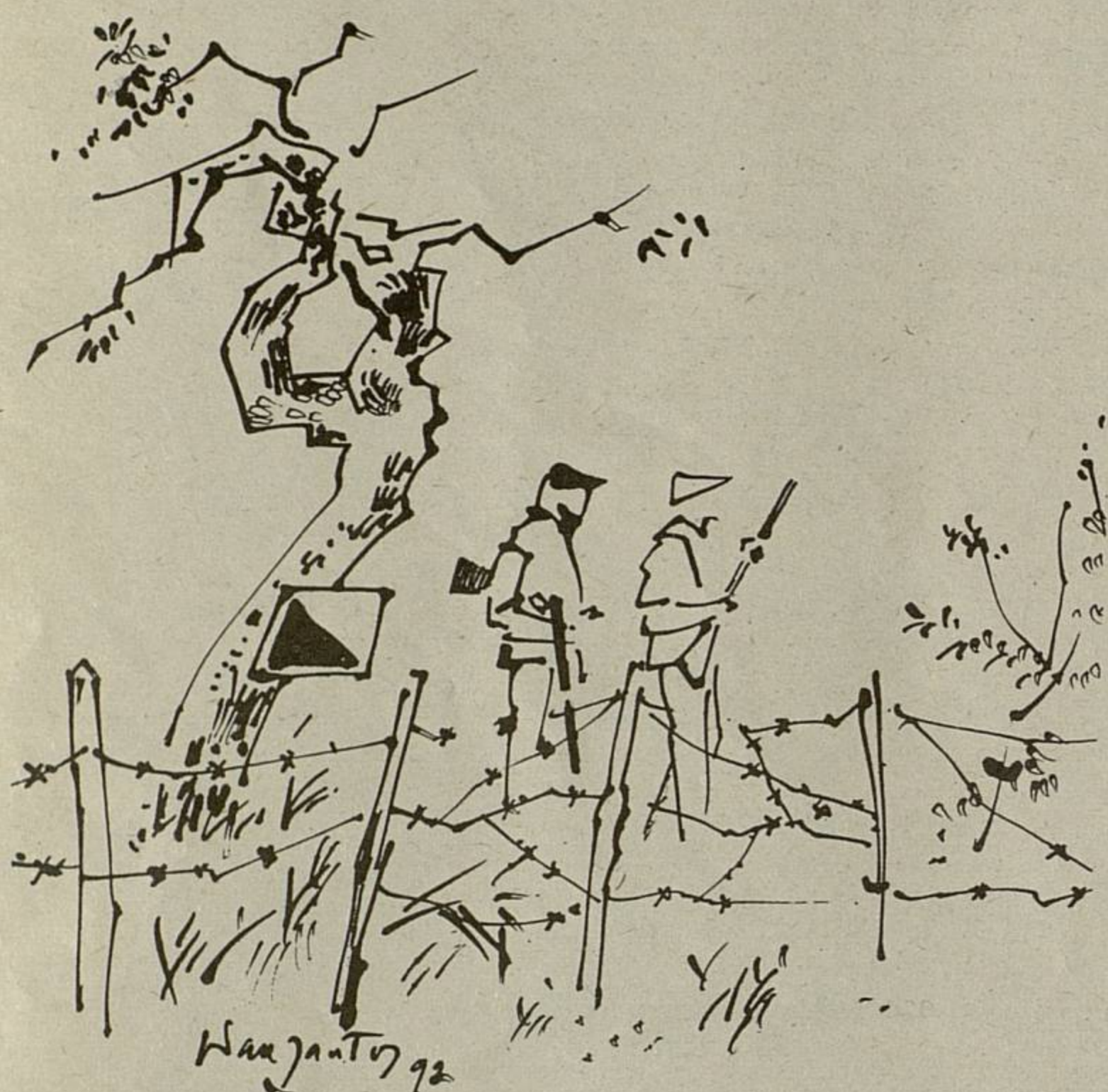
apuntó a la posibilidad de una fantástica peste aviar cuyas primicias se habían manifestado en los Torozos al comenzar el año. Un tercero sugirió que la perdiz escapaba de los altos y se refugiaba en el regadío de la cuenca buscando agua. Finalmente mi hijo Germán co-

pájaros les desagrada la humedad. Tampoco es ninguna novedad para un cazador provector el hecho de que la perdiz, hasta la aparición de los primeros hielos, suele diseminarse por rastrojos y barbechos. En realidad, son las heladas y el subsiguiente trajín de tractores por

ñales no es pieza para viejos. Este conejo requiere rapidez en armarse y tiro a espetao; o sea, reflejos. Y los reflejos, rebasados los sesenta y cinco, se van oxidando poco a poco. Y otra melancólica constatación: cada año que se cumple a partir de los sesenta vale como tres de los de antes, pese a los esfuerzos del viejo cazador por conservar las energías y evitar el anquilosamiento.

Poca perdiz (2-XII-86)

NIEBLAS. Nieblas blandas, deleznales, las primeras que amasa el Duero esta temporada. Nieblas efímeras que se fueron diluyendo a medida que el coche iba alejándose del río. Y el cuartel de Fuente de los Santos, no malo en sí, lo parecía hoy debido a la circunstancia de estarse oliendo la pimpollada y, ya es sabido, que la presencia del hombre ahuyenta la caza. Nada significa el descanso dominical, ya que, al dejar desabrigado el monte, la perdiz desaparece y el pelo no encama. A la caza —excepto a la liebre de páramo— no le gusta el descampado. Así, la mano inicial además de estéril fue triste. Una mano sin voces, ladridos, ni tiros. Yo, por mi parte, no vi pieza. La vieja táctica de apretar a la perdiz por las alas no dio esta vez resultado. Los pájaros de las siembras —los pocos que había— volaron al buen tuntún, a cualquier parte menos a las cuestras (¿por el olor a hombre o por la ausencia de resguardo?). Incluso prefirieron volver contra la mano que seguir la línea de la ladera. En suma, poca perdiz y desconfiada. Los siete que se abatieron —excepto la que le metí en la gorra a Manolo al retirarme al coche— se



mentó, en tono humorístico, que la incorporación de la familia Delibes a la Sociedad podía haber gafado el coto y dado al traste con la abundante perdiz de otros tiempos. En cualquier caso, la sucesiva comparecencia de las diversas cuadrillas en el refugio resultó penosa: la primera había cobrado una patirroja, siete la segunda y cinco la tercera, cifras irrisorias cuando la unidad de los botines del primer día de temporada solía ser aquí la docena. Cabía la posibilidad de que la gente hubiera tirado mal, pero la segunda parte es que nadie vio bandos grandes ni en las caminatas por las cuestras ni en los desplazamientos por los caminos. Sin embargo, yo me resisto siempre a emitir un juicio definitivo a las primeras de cambio. Que no hay copia de perdiganas, es manifiesto. Que la cría ha sido mala, casi nula, parece también evidente. Pero que las supervivientes del año pasado hayan pasado a mejor vida cuesta reconocerlo. Para mí es más fácil creer que el retraso en la apertura (quince días) y la entrada de las lluvias han dispersado los bandos por los sembrados, que pensar que han desaparecido. Por de pronto las jaras y pimpollos de la ladera rezumaban agua esta mañana y para nadie es un secreto que a los

bajos y páramos, lo que induce a agruparse a la perdiz y a resguardarse en las cuestras. Cierto que este comportamiento no es obligado, no se repite inevitablemente temporada tras temporada, pero tengamos presente que este año, al retrasarse dos semanas la desveda, y habiendo entrado ya el otoño meteorológico, es un año especial.

A falta de pluma, el conejete brincó con alegría entre los chaparros. Otro misterio cinegético: ¿por qué en estas laderas hay tanto gazapo y tan pocos en los montes aledaños, la vieja Espina, por ejemplo, su hábitat natural? Nadie sabe dar una explicación. La caza, como las religiones, no sería tan atractiva sin estos misterios que la rodean. Lo cierto es que el pelo fue el animador de un día de clima grato pero corto en caza. Y con el pelo una revelación: el talento conejuno de la «Fita», la joven perra grifona de mi hijo Adolfo. Mostró, latió y sacó a los gazapos por lo limpio... ¡Un prodigio! De esta forma el morral se elevó a veinte, si bien el cronista apenas colaboró con un par de ellos que campearon de largo. Sus reiterados fallos le convencieron de una cosa: que el conejo de los bre-

«Los pájaros de las siembras volaron al buen tuntún, a cualquier parte menos a las cuestras (¿por el olor a hombre o por la ausencia de resguardo?). Incluso prefirieron volver contra la mano que seguir la línea de la ladera. En suma, poca perdiz y desconfiada»



cobraron en el descampado, a base de carreras y saltos, o en las cuatro linderas de los bajos, donde Germán y Juan demostraron ser unos tipos todo terreno. Decepcionado, bajé a la falda, a dar un paseo al sol en pos del viejo «Grin» que, a última hora, salvó la jornada de un absoluto aburrimiento al mostrarme un gazapete en un cáncavo, cabe un tomillo ralo, y aguantar la postura hasta que subí. Al azuzarle brincó el conejo como una exhalación y el perro, demasiado caliente, se lanzó en su persecución, estorbándose, hasta el punto de que tuve que tomar puntería entre sus orejas, para derribarlo. Esta incontinencia fue el lunar de una faena de concurso, mucho más meritoria si tenemos en cuenta que este perro, en el ocaso de su vida, apenas ha tenido ocasión de conocer al conejo debido a la mixomatosis.

La confirmación (6-XI-86)

LA escasez de perdiz no es sólo cosa de El Bibre. No la hay en Valladolid, no la hay en Castilla, no parece haberla en ninguna parte del mundo. Y lo que más sorprende no es que haya poca (la perdiz es muy exigente para la cría: quiere agua, pero no nublado; odia la sequía, pero más aún la piedra) sino que esta escasez no se anunciara a su debido tiempo. Es más, en julio y agosto se habló frívolamente de una temporada esperanzadora al comentar la inexistencia de codorniz. Pero luego resultó que en agosto no hubo codorniz, ni hay perdiz en noviembre; no hay nada de nada. No se ven igualones; las cuatro perdices que sobrevuelan el campo son valetudinarias. Incluso he vuelto a

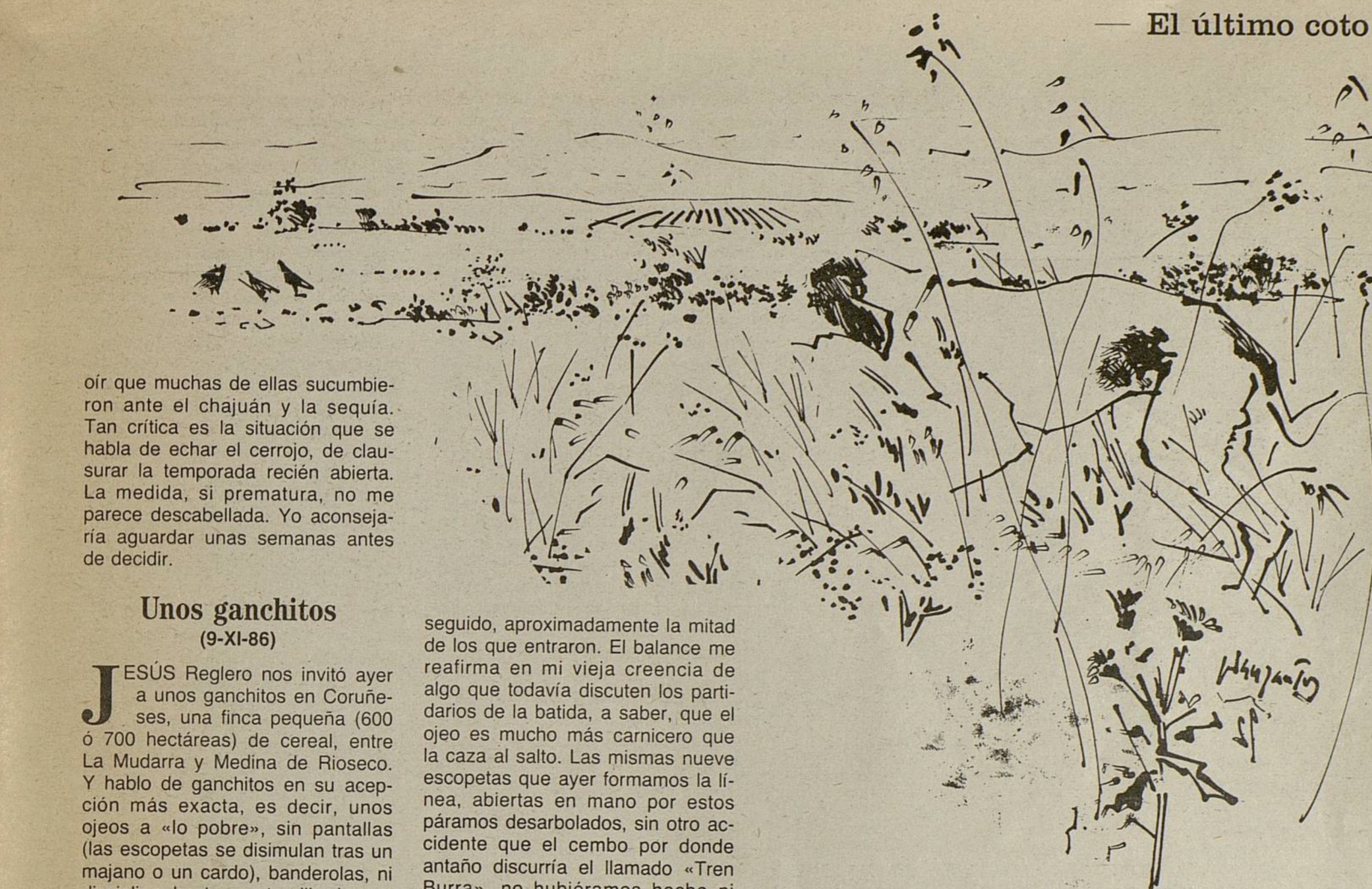
El último coto

oír que muchas de ellas sucumbieron ante el chajuán y la sequía. Tan crítica es la situación que se habla de echar el cerrojo, de clausurar la temporada recién abierta. La medida, si prematura, no me parece descabellada. Yo aconsejaría aguardar unas semanas antes de decidir.

Unos ganchitos (9-XI-86)

JESÚS Reglero nos invitó ayer a unos ganchitos en Coruñeses, una finca pequeña (600 ó 700 hectáreas) de cereal, entre La Mudarra y Medina de Rioseco. Y hablo de ganchitos en su acepción más exacta, es decir, unos ojcos a «lo pobre», sin pantallas (las escopetas se disimulan tras un majano o un cardo), banderolas, ni disciplina; basta una tropilla de media docena de chavales para patear el terreno como Dios les da a entender. Batida informal, pues, aunque la escasez de perdiz tampoco justificaría una organización más acabada. El día, quedo y transparente, espléndido; uno de esos días frecuentes en Torozos, en que las esquilas de un rebaño se oyen a veinte kilómetros de distancia. Como, por otra parte, el cañerío no incluía jeeps, remolques, ni vehículos de ruedas, las escopetas tuvieron ocasión de pasear en los cambios de puesto. En conjunto fueron cinco ganchos, a un lado y otro de la carretera de León, y los resultados cortos. Entiéndaseme, corto el número de pájaros levantados (no más de un bando en cada batida), pero cumplido el botín con-

seguido, aproximadamente la mitad de los que entraron. El balance me reafirma en mi vieja creencia de algo que todavía discuten los partidarios de la batida, a saber, que el ojeo es mucho más carnicero que la caza al salto. Las mismas nueve escopetas que ayer formamos la línea, abiertas en mano por estos páramos desarbolados, sin otro accidente que el cembro por donde antaño discurría el llamado «Tren Burra», no hubiéramos hecho ni media docena de perdices contra las dos docenas que derribamos ayer. De lo antedicho se deduce que los ojeadores movieron poco ganado (ni más ni menos que el que había) y que, salvo el que tuvo la suerte de tirar en todos los ganchitos —el futbolista Minguela—, el promedio se estableció en dos perdices por barba. En mi caso fue suficiente. Dos perdices de tres es siempre una buena cifra de no ser que se las tire a calzón quieto, con reclamo. Y las mías venían endemoniadas, muy raras, invisible, pegada a los cavones, la primera, y arbolada la segunda, a la que empleé cuando cumplía y cuyo pelotazo a poco me descrisma. Si, además de esto, uno se pasea, respira aire puro y comulga con la naturaleza ¿qué más se puede pedir? Dos anécdotas divertidas: la astucia de la liebre cuando armaba el tolo en la cima de una vaguada y el chasco del halcón. La rabona, encamada en un espiiego a dos metros de donde yo estaba, no se inmutó mientras permanecí armado, pero tan pronto dejó la escopeta en el suelo para recortar una carrasca, se arrancó tranquilamente rastrojo adelante y, pin piñito, sin prisas, franqueó la carretera y nos dejó a escopetas y ojeadores con un palmo de narices. El mismo palmo de narices con que se quedó el halcón después de seleccionar a una torcaz de un bando, en un picado fascinante, ante el traqueo disuasorio que ar-



mamos las escopetas cuando ya alargaba las garras hacia su víctima.

El remate de la fiesta fue gastronómico. Una merienda en El Cochón de Reglero, en Rioseco, preparada por Braulio, el de Castromonte: jamón, pimientos, longaniza y tortillas para abrir boca, y setas con patatas y conejo al ajo para cerrarla. Todo ello regado con clarete de la tierra y unos pasteles de Marina para desengrasar. Tema a debatir: métodos para aprehender un zorro sin dañarle como hacía Guillermo, el guarda del Tena-dillo. Se abre la sesión.

Una liebre negra (14-XI-86)

AYER me avisó Carlos Valverde, el maestro taxidermista, para enseñarme una liebre negra que le ha traído para diseccionar un Labrador zamorano. Verdaderamente el animalito es negro como la pez. Ni un pelo blanco en el vientre ni en el rabo; ni un asomo de coloración azul en el interior de las orejas; un negro luto, atezado. Un caso de melanismo integral que se produce raramente entre los leporidos. En el conejo se da algo más (yo los he visto), pero menos luctuoso, más negro humo, que el de la liebre zamorana. Los biólogos que me rodean advierten que el caso es de libro, entre otras razones porque una liebre negra

en un rastrojo amarillo es tan escandalosa como un borrón de tinta china en una cuartilla: algo que no puede pasar inadvertido para el ojo humano y menos aún para la pupila perforadora de una rapaz. Es decir, una liebre negra en Castilla duraría menos que un pastel a la puerta de una escuela. Y ¿esta de Zamora, entonces? Esta tiene su secreto, esto es, fue capturada por el Labrador de lebratillo, antes de llegar a media liebre y criada en cautividad. De este modo no ha tenido problemas de desarrollo y ahora, tras una muerte natural, su dueño quiere conservarla como recuerdo. Sin embargo, cuanto más la miro más me llama la atención su hocico: chato, redondo, indiscutiblemente conejuno. Pero la duda de su filiación se desvanece tras analizar las cerdas de sus bigotes, las de sus costados, las largas orejas erguidas, el tamaño, las zancas posteriores poderosas... sin duda es una liebre con cara de conejo, aunque hasta este rasgo se debilita si uno repara en sus ojos glaucos, desorbitados, de animal «que nunca duerme». Otro caso de mutación es la liebre blanca, albina, raro también pero menos infrecuente en esta especie.

Miguel DELIBES
de la Real Academia Española

La papelera

Estupidiario

La verdad es que nos hemos puesto muy contentos por los lares literarios del mundo entero. La publicación del «Estupidiario», de **Gustave Flaubert**, en la Rizzoli italiana es todo un acontecimiento. Desde el título al desarrollo de la obra. Flaubert, miren a **Julian Barnes** en la cresta de su loro, por ejemplo, sigue en cabeza de nuestros sueños literarios. «Madame Bovary» está ahí, viva, dándonos ejemplo de la novela moderna. No es que **Carmen Rico Godoy** haya intentado otro tanto con sus «Cuernos de mujer», pero la periodista —¿me mandará a galeras la Milá por osar mentar la bicha?—, no me digan que no, se está convirtiendo en un punto de referencia al llegar a su madurez, que para sí quisiera **Oriana Fallaci** con su mejor prosa. Cuestión de tiempo que «Cuernos de mujer» vaya a dar al cinematógrafo de la mano de **Andrés Vicente Gómez**, nuestro recordado y millonario productor de «Eldorado», vaya fiasco. Y bien que podría dirigirla **Ana Belén**, para que todo sea como siempre, vamos, como escribe **Lampedusa**, tan nuestro y al mismo tiempo siciliano. Recordaremos, ya de paso, que Ana Belén fue uno de los sueños poéticos de **Francisco Umbral**, el rayo que no cesa. Ahora, luego de los angloaburridos, Umbral arremete contra los castellanoabrumados, la llamada escuela leonesa. Con motivo de la publicación de su última novedad, Umbral dice de los leoneses que «van a parar todos a su piscina». Es el famoso piscinazo que el novelista da a los libros que le envían, por toneladas, durante el invierno. En verano, se limpia la piscina —son sus palabras— y de ella sale todo un helecho arborescente, lleno de cadáveres exquisitos, los libros, ensayos, novelas, poemas y demás familia, que le han ido enviando durante los meses del frío.

Menos mal que no pasa lo mismo con **Manuel Vázquez Montalbán**, que a poco que los dioses estén con él será el premio Europa de este año, gracias a su espléndida novela «Galíndez». Los otros cinco finalistas son, al menos para nosotros, desconocidos más allá de las fronteras de sus respectivas Irlanda, Holanda, Grecia, Portugal y Alemania. Pero como les toque algo en el Europa, verán la cantidad de gente que por aquí los conocía desde siempre.

Miren por donde, hay cosas que se hacen bien en estos pagos tan martirizados por las sucesivas e imparable crisis. **Juan García Hortelano** va a ser recordado en un homenaje, esta vez organizado con el respeto debido al gran personaje y espléndido novelista que fue, por el Círculo de Lectores, al tiempo que se anuncian nuevas ediciones de sus obras. Por cierto, tanto angloaburridos como castellanoabrumados harían bien en releer de vez en cuando algún relato o algunas páginas de las novelas de García Hortelano, a lo mejor ahí encuentran algo de lo que van buscando, después que acaben con **Colón** y sus flecos del 92, ahora que **Uslar Pietri** ha puesto la guinda después del Cervantes. Decir que **Marx** es un biznieto del Almirante es, al menos, un titular ingenioso que podría haber utilizado **Roa Bastos** para su texto novelesco. Más de uno utilizará también la carta de los escritores cubanos en el exilio aplaudiendo la concesión del premio Cervantes, y felicitándose por ello, a la venerable y neutral **Dulce María Loynaz** lo que, en fin, no deja de ser algo tópico y contradictorio: dicen misa y repican en la procesión. Tan fuerte es el amorodio.

Juan PALOMO

ABC Libros más vendidos de la semana ABC

Título	Autor	Editorial	Puesto anterior	Semanas permanencia
Ficción				
1. El último coto	Miguel Delibes	Destino	3	4
2. El infante de la noche	Pedro Casals	Planeta	1	8
3. Autobiografía del general Franco	Vázquez Montalbán	Planeta	2	3
4. La prueba del laberinto	F. Sánchez Dragó	Planeta	—	1
5. Doce cuentos peregrinos	G. García Márquez	Mondadori	5	16
6. Vigilia del almirante	Augusto Roa Bastos	Alfaguara	6	5
7. Chaman	Noah Gordon	Ediciones B	4	5
8. Mar al fondo	José Luis Sampedro	Destino	8	2
9. Campo de Agramante	Caballero Bonald	Anagrama	9	7
10. Nubosidad variable	C. Martín Gaité	Anagrama	10	31
No ficción				
1. 1975/El año en que Franco...	F. Vizcaíno Casas	Planeta	2	3
2. Manual del ecologista coñazo	Alfonso Ussía	Temas de Hoy	1	5
3. Biografía psicológica de Franco	E. González Duro	Temas de Hoy	3	9
4. Franco. El perfil de la Historia	Stanley Payne	Espasa-Calpe	7	3
5. La estafa.	Cacho y G.-Abadillo	Temas de Hoy	—	1
6. La educación sentimental	Julián Marías	Alianza	4	23
7. Tratado de las buenas maneras	Alfonso Ussía	Planeta	5	38
8. Misterios de la Historia (2)	Ricardo de la Cierva	Planeta	6	7
9. El hombre «light»	Enrique Rojas	Temas de Hoy	8	3
10. Cuernos de mujer	Carmen Rico Godoy	Temas de Hoy	—	1

Librerías consultadas

Albacete: Herzo (Tesifonte Gallego). **Alicante:** Manantial (La Estación, 41), 80 Mundos (General Marvá, 14). **Almería:** Cajal (Navarro Rodrigo, 14). **Ávila:** Medrano (Pza. Santa Ana, 2). **Badajoz:** Alianza (Hernán Cortés, 5). **Barcelona:** Herder (Balmes, 26), Look (Balmes, 155-157). **Bilbao:** Casa del Libro (Colón de Larreategui, 41). **Burgos:** Mainel (Vitoria, 27). **Cáceres:** Cerezo (avda. Virgen de la Montaña, 11). **Cádiz:** Manuel de Falla (plaza Mina, 2). **Castellón:** Ares (Enmedio, 7). **Ceuta:** González Gallardo (Avda. de África, 1). **Ciudad Real:** Manantial (Bernardo Mulleras, 5). **Córdoba:** Luque (Conde Gondomar, 11). **La Coruña:** Arenas (Cantón Grande, 21). **Cuenca:** José Evangelio (Diego Jiménez, 16). **Gerona:** Francisco Geli (Plateria, 18), Dalmau Pla (Ramblas, 20). **Granada:** Continental (José Antonio, 2). **Guadalajara:** Cobos (Mayor, 34). **Huelva:** Saltés (Ciudad Aracena, 1). **Huesca:** Casa de las Novelas (S. Orenco, 1). **Jaén:** Metrópolis (Carrera de Jesús, 1), Don Quijote (Carrera, 11). **León:** Pastor (Santo Domingo, 4). **Logroño:** Santos Ochoa (Sagasta, 3). **Madrid:** Antonio Machado (Fernando VI, 17), Bob's (Serrano, 41), Casa del Libro (Gran Vía, 29), Manzano (Espoz y Mina, 16), Vips (Velázquez, 136; Velázquez, 84). **Málaga:** Ibérica (Nueva, 7). **Melilla:** Karem (Avda. Reyes Católicos, 5). **Murcia:** González Palencia (Merced, 25). **Orense:** Fidalgo (Pza. Mayor, 14). **Oviedo:** Librerías Ojanguren (Pza. Riego, 1 y 3). **Palencia:** Blanco (General Mola, 17). **Palma de Mallorca:** Tótem (Maestro Torrandeill, 2). **Las Palmas:** Rexachs (Triana, 79). **Pamplona:** Gómez (Pza. Castillo, 28). **Pontevedra:** Seoane (García Camba, 6). **Salamanca:** Cervantes (Azafranal, 11), Plaza Universitaria (pl. Anaya, 3). **Santa Cruz de Tenerife:** La Isla (Robayna, 2). **Santander:** Estudio (Calvo Sotelo, 21). **San Sebastián:** Internacional (Churruca, 6). **Segovia:** Vallés (Fernández Ladreda, 20). **Sevilla:** Lázaro (Sierpes, 2), Repiso Libros (Cerrajería, 4). **Soria:** Las Heras (Collado, 38). **Teruel:** Universitaria (Joaquín Costa, 4). **Toledo:** Gómez-Menor (Comercio, 43). **Valencia:** París - Valencia (San Fernando, 6), Soriano (Lepanto, 40). **Valladolid:** Lara-Miñón (Fuente Dorada, 16). **Vitoria:** Linacero (Fueiros, 17). **Zamora:** Clarín (Héroes de Toledo, 22). **Zaragoza:** Librería General (paseo de la Independencia, 22)

Premios convocados

• **Santa Cruz de Tenerife, de cuentos.** El Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife convoca este certamen, dotado con medio millón de pesetas y la edición de la obra ganadora, para autores canarios o residentes en las islas que presenten volúmenes de cuentos, entre cincuenta y setenta y cinco folios, mecanografiados a doble espacio por una cara. Las cuatro copias junto con el original se remitirán bajo plica, por correo certificado, al Patronato de Cultura, Parque Cultural Viera y Clavijo, avenida Asuncionistas, s/n., 38006 Santa Cruz de Tenerife, antes del 15 de diciembre de 1992.

• **Lunara, de poesía.** La Asociación Cultural Frutos del Tiempo convoca su segundo premio de poesía, al que podrán optar cuantos autores lo deseen con poemarios de tema libre y una extensión entre trescientos y quinientos versos. Los trabajos se

presentarán por triplicado, mecanografiados a doble espacio por una sola cara, firmados o bajo plica. Las obras han de remitirse a Carlos Javier Cebrían Calpe, «El Premio Lunara de Poesía», Reina Victoria, 129, entresuelo, 03201 Elche (Alicante), antes del 15 de enero de 1993.

• **Ciudad de Viana, de relatos y cuentos.** El Ayuntamiento de Viana (Navarra) convoca su V Certamen de Relatos y Cuentos para alumnos de EGB. El tema será libre y la extensión no excederá los tres folios para los de ciclo superior y uno para los del ciclo medio Inicial, escritos en castellano, por una cara, a mano o a máquina. Se dará a conocer el fallo del jurado el 1 de febrero de 1993. Los originales podrán remitirse a Pilar Bravo Lacalle (concejala de Cultura), Ayuntamiento de Viana, 31230 Navarra, antes del 1 de enero de 1993.

La papelera

Los triunfadores

MENUDOS son! Ahí están, llegaron ya al triunfo, y ahora casi todos celebran la nostalgia de aquella revista «Triunfo» en la que tanto me hubiera gustado colaborar. ¿Qué se hizo de aquella historia, qué pasó con «Cuadernos», por ejemplo? Llegó la libertad sin ira, la democracia y ¡hala! a triunfar, que son dos días. Ahí tienen ustedes a los ciento cincuenta novelistas de **Carmen Romero**, que son los que han ascendido en estos diez años de gloria. Ya no se sabe si son novelistas escapados de este César de andar por casa, **Adriano** doméstico y con poca memoria, o si de verdad son un invento existencial de **Francisco Umbral**, cuyo tiro de gracia dialéctico ha enfermado a **Corcuera** más de la cuenta. A lo mejor, «el litri» (así lo llama el «aparato») lo que quiere es escribir sus memorias de gobierno.

No podemos quejarnos de esos diez años de ansiedad. A pesar de **González, Guerra** y los suyos, la literatura sigue dando de sí, no hay quien la arruine... A pesar de todo. **Jesús Aguirre**, duque de Alba, lo decía a su manera, y en voz alta, la otra tarde: «En el periódico del que yo soy consejero somos tan humildes que nunca hablamos de nosotros mismos, a no ser, naturalmente, que nosotros mismos nos llamemos **Juan Luis Cebrían**.» (Todavía no había sucedido lo del soliloquio y la profesión no se sonrojaba hasta el corvejón al nombrar al susodicho.)

Esto de Cervantes da para mucho, y cada vez más. En la reciente celebración sevillana del Instituto Cervantes, uno de sus miembros más extravagantes, el pintor chileno **Roberto Matta**, andaba por ahí, como el conejo de Lewis Carroll para que la TeleExpo de **Fernando G. Delgado** hiciera el resto. «¿Qué hago yo aquí?», preguntaba Matta a los cielos de los alrededores. Los alrededores, perplejos también ellos pero más discretos, tuvieron pronto la clave. El ministro **Javier Solana**, solícito y amable, se acercó al pintor, poeta o arquitecto, según el rato, con un «¡Hola, Roberto!», mientras Roberto, en su papel de conejo despistado, preguntaba la identidad de su encantador y risueño amigo. «¿Cómo no te vas a acordar de mí —sonreía el ministro—, si hasta me regalaste un cuadro?» Los alrededores, cómplices ya, pudieron responder con la mirada al «qué hago yo aquí» del pintor Matta.

Lo del otro Cervantes, el del premio, está que arde. Atascada está mi bolsa de nombres y rumores, de certezas e incertidumbres, que con treinta y ocho candidatos cabe todo. Tengo para mí que es ya hora de que uno de los grandes —**Cela, Delibes** o **Vargas Llosa**— se lleven el premio a casa. Este último compensaría así la pérdida a ultimísima hora del premio Planeta que tenía apalabrado a través de la inefable **Carmen Balcells**, que, como siempre, estiró tanto la cuerda con **José Manuel Lara**, que acabó por romperla antes de tiempo. Eso que ganó **Sánchez Dragó**.

Bueno, pues hablando de «hippies» y orientalistas instalados les diré que **Luis Racionero** ya ha puesto en manos de **Herralde** su «Oriente y Occidente», un gran y sugestivo ensayo con religión, filosofía e inteligencia dentro.

Juan PALOMO

ABC

Libros más vendidos de la semana

ABC

Título	Autor	Editorial	Puesto anterior	Semanas permanencia
Ficción				
1. Doce cuentos peregrinos	G. García Márquez	Mondadori	1	13
2. El infante de la noche	Pedro Casals	Planeta	3	5
3. Vigilia del almirante	Augusto Roa Bastos	Alfaguara	5	2
4. Chaman	Noah Gordon	Ediciones B	9	2
5. El último coto	Miguel Delibes	Destino	-	1
6. Campo de Agramante	J. M. Caballero Bonald	Anagrama	7	4
7. La gran pesquisa	Tom Sharpe	Anagrama	2	5
8. Nubosidad variable	C. Martín Gaité	Anagrama	6	28
9. Corazón tan blanco	Javier Marías	Anagrama	4	35
10. Instinto básico	Richard Osborne	Ediciones B	8	8

No ficción				
1. Biografía psicológica de Franco	E. González Duro	Temas de Hoy	1	6
2. Manual del ecologista coñazo	Alfonso Ussía	Temas de Hoy	2	2
3. Misterios de la Historia (2)	Ricardo de la Cierva	Planeta	6	4
4. Tratado de las buenas maneras	Alfonso Ussía	Planeta	5	35
5. Diana, su verdadera historia	Andrew Morton	Emecé	3	15
6. La educación sentimental	Julián Marías	Alianza	4	20
7. Granada de los nazaries	Antonio Gala	Planeta	9	19
8. La cultura de la satisfacción	J. K. Galbraith	Ariel	10	2
9. El oficio de vivir	Cesare Pavese	Seix Barral	-	2
10. Las falsificaciones de la Historia	Julio Caro Baroja	Seix Barral	7	26

Librerías consultadas

Albacete: Herzo (Tusifonte Gallego). **Alicante:** Manantial (La Estación, 41), 80 Mundos (General Marvá, 14). **Almería:** Cajal (Navarro Rodrigo, 14). **Ávila:** Medrano (plaza Santa Ana, 2). **Badajoz:** Alianza (Hernán Cortés, 5). **Barcelona:** Herder (Balmes, 26), Look (Balmes, 155-157). **Bilbao:** Casa del Libro (Colón de Larreategui, 41). **Burgos:** Mainel (Victoria, 27). **Cáceres:** Cerezo (avenida Virgen de la Montaña, 11). **Cádiz:** Manuel de Falla (plaza de Mina, 2). **Castellón:** Ares (Enmedio, 7). **Ceuta:** González Gallardo (avenida de África, 1). **Ciudad Real:** Manantial (Bernardo Mulleras, 5). **Córdoba:** Luque (Conde Gondomar, 11). **La Coruña:** Arenas (Cantón Grande, 21). **Cuenca:** José Evangelio (Diego Jiménez, 16). **Gerona:** Francisco Geli (Plateria, 18), Dalmau Pla (Ramblas, 20). **Granada:** Continental (José Antonio, 2). **Guadalajara:** Cobos (Mayor, 34). **Huelva:** Saltés (Ciudad Aracena, 1). **Huesca:** Casa de las Novelas (San Orenco, 1). **Jaén:** Metrópolis (Carrera de Jesús, 1), Don Quijote (Carrera, 11). **León:** Pastor (Santo Domingo, 4). **Lérida:** Dilagro (Comercio, 48). **Logroño:** Santos Ochoa (Sagasta, 3). **Lugo:** Cabado (General Franco, 8). **Madrid:** Antonio Machado (Fernando VI, 17), Bob's (Serrano, 41), Casa del Libro (Gran Vía, 29), Manzano (Espoz y Mina, 16), Vips (Velázquez, 136; Velázquez, 84). **Málaga:** Ibérica (Nueva, 7). **Melilla:** Karem (avenida Reyes Católicos, 5). **Murcia:** González Palencia (Merced, 25). **Orense:** Fidalgo (Plaza Mayor, 14). **Oviedo:** Librerías Ojanguen (plaza de Riego, 1 y 3). **Palencia:** Blanco (General Mola, 17). **Palma de Mallorca:** Tótem (Maestro Torrandeill, 2). **Las Palmas:** Rexachs (Triana, 79). **Pamplona:** Gómez (plaza del Castillo, 28). **Pontevedra:** Seoane (García Camba, 6). **Salamanca:** Cervantes (Azafranal, 11), Plaza Universitaria (plaza Anaya, 3). **Santa Cruz de Tenerife:** La Isla (Robayna, 2). **Santander:** Estudio (Calvo Sotelo, 21). **San Sebastián:** Internacional (Churruga, 6). **Segovia:** Vallés (Fernández Ladreda, 20). **Sevilla:** Lázaro (calle Sierpes, 2), Repiso Libros (Cerrajería, 4). **Soria:** Las Heras (Collado, 38). **Teruel:** Universitaria (Joaquín Costa, 4). **Toledo:** Gómez-Menor (Comercio, 43). **Valencia:** París - Valencia (San Fernando, 6), Soriano (Lepanto, 40). **Valladolid:** Lara-Miñón (Fuente Dorada, 16). **Vitoria:** Linacero (Fueros, 17). **Zamora:** Clarín (Héroes de Toledo, 22). **Zaragoza:** Librería General (paseo de la Independencia, 22).

Premios convocados

• **Anagrama, de ensayo.** Dotado con un millón de pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor, podrán optar los autores que lo deseen con trabajos de extensión y tema libre (el Jurado preferirá los trabajos de imaginación crítica), escritos en castellano y mecanografiados a dos espacios por una sola cara. Las obras deberán desarrollar un tema único o diversos temas agrupados de una forma orgánica. Los originales se remitirán por triplicado, con el nombre y domicilio del autor a: Editorial Anagrama, calle Pedró de la Creu, 58, 08034-Barcelona, antes del 1 de enero de 1993.

• **Flor Natural, de poesía.** El Ayuntamiento de Castellón de la Plana convoca un concurso de poesía, dotado con cien mil pesetas, al que podrán optar cuantos autores lo deseen con obras escritas en castellano o valenciano indistintamente, que no excedan

de los setenta versos y sin firma. Los trabajos deberán ser inéditos, mecanografiados por una sola cara y a doble espacio. Se presentarán por triplicado y bajo lema en el Negociado de Cultura del Ayuntamiento de Castellón de la Plana, Plaza Mayor, 1, antes del 1 de febrero de 1993.

• **Castel Ruiz, de cuentos.** Dotado con treinta mil pesetas en libros y/o material escolar, podrán optar jóvenes con edades comprendidas entre los quince y los dieciocho años, ambas inclusive. Los cuentos, de tema libre, escritos en castellano y de una extensión no menor de dos folios ni mayor de cuatro, deberán ser originales e inéditos, pudiendo incluir ilustraciones. Se presentarán por triplicado, preferiblemente mecanografiados, con título o lema y sin firma en el Centro Cultural Castel Ruiz, Tudela (Navarra), antes del 9 de noviembre de 1992.



El último coto

Miguel Delibes

Ediciones Destino. Barcelona, 1992. 246 páginas, 1.800 pesetas

TAL vez constituyan los libros cinegéticos de Miguel Delibes la última evolución a que, en Castilla, han llegado las églogas venatorias del Renacimiento: en prosa, con paisajes reales, y al acoso, no de animales espectaculares o fieros sino de huidizas aves meseteñas, conejos, liebres, y, sin buscarlo, cuando sale al paso, el zorro depredador.

Subsiste, sin embargo, el componente lírico de las églogas, subyugando el relato. Y el frecuente carácter dialogal de aquéllas, aparece aquí transformado en los coloquios entre compañeros de partida.

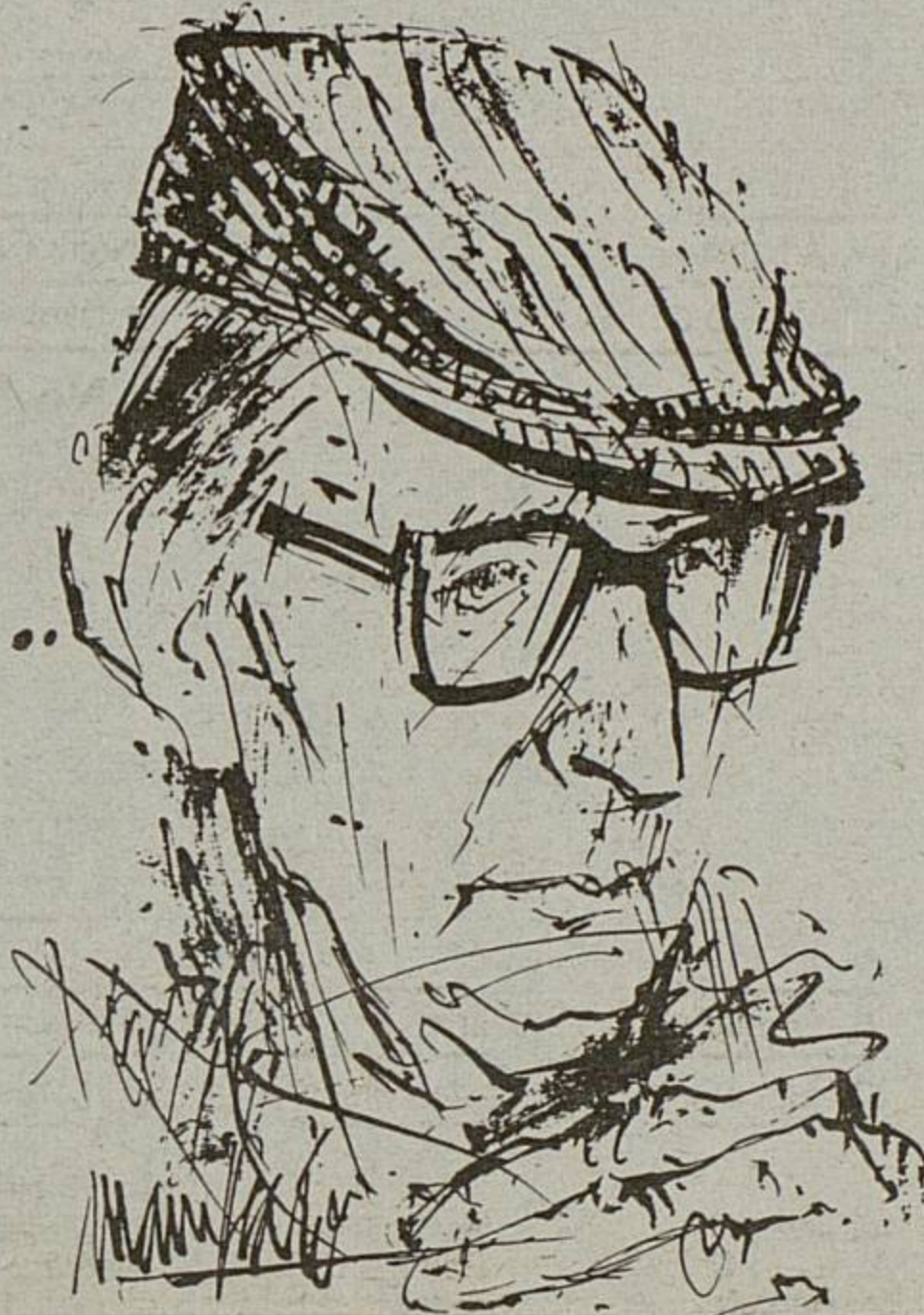
El nuevo libro del gran novelista vuelve al tema de la caza, recurrente en él, porque es devoción y ejercicio en que ha vivido experiencias intensas durante sesenta años, y éstas no han dejado de exigirle plasmación literaria, primero con aquellos ya lejanos Diarios del cazador y del emigrante, donde Delibes endosó al inolvidable Lorenzo su pasión y lances ocurridos en sus propias jornadas campestres. Otras varias obras, ya sin enajenar la voz, han ido mediando entre aquellos dos diarios y este cuaderno de caza, escrito desde 1986 hasta el fin del año pasado. Son más de ciento treinta anotaciones sobre otros tantos días de escopeta, muchas de ellas en ese coto del título, cercano a Tordesillas y Villalar, compartidas con Delibes por varones de su familia, entre ellos algún jovencísimo nieto, gran tirador, que, se nota, entenece al abuelo.

Confieso no compartir la afición cinegética. Se me pasó apenas nacida cuando, en mi juventud, abatí una perdiz y la tomé del suelo palpitante y, claro es, sangrando. Aún siento en mi mano aquellos latidos violentos y urgidos: nunca más. Mi renuencia es, pues, más de tacto que de mente, por lo cual nada me ha impedido leer y admirar todos los relatos cazadores de Delibes, y este último con alguna emoción. Aunque no participe de ese gusto, no creo que tenerlo califique de cruel: ¿cómo, en el caso de este hombre radicalmente sensible, a cuya satisfacción acude con tanto respeto y tan lúcida conciencia? Pero tampoco da patente de pusilánime a quien no lo comparte.

No ignorando que tal afición es una pasión en quien la tiene —así la ha llamado Delibes más de una vez—, se diría que ha sido sólo un pretexto para que el autor libere sentimientos de particular hondura. En primer lugar, el de su intensa comprensión de la Naturaleza, con la preocupación aneja, que es dolor, por el expolio despiadado que sufre en el campo castellano, patente en la escasez creciente de su fauna; no pocas veces, asoma la protesta por la falta de acción protectora pública, y la denuncia de la incivildad privada. Apuntan aquí y allá descripciones sobre las gentes y los pueblos de la supuestamente soberbia Castilla, que delatan su irredención.

Y este «zoólogo de afición», como se define, que más que afición parece marca genética, pues la transmitió a sus cuatro hijos biólogos, llena las páginas de observaciones sobre los animales, curiosas, tiernas, ocurrentes. Ante todo, y como cazador, sobre sus cooperadores los perros, protagonistas de divertidas historias y objeto de penetrantes observaciones sobre psicología animal: el viejo «Grin», pinturero e inseguro, admirable en sus muestras pero irresoluto a la hora de entrar; el negro «Coque», certero cuando trabaja solo, pero inoportuno con otros canes. El cual, de activo que era, se volvió comodón, casi faldero, tras una temporada de muelle regalo en una casa donde estuvo de huésped.

Y cientos de observaciones interesantes, inquietantes a veces, sobre los animalillos campesinos, perdices y codornices, becadas, las tórtolas extrañamente desaparecidas, la llegada a deshora de las cigüeñas, la junta de las aves africanas para emprender su anual emigración; sobre la adaptación mimética de las aves repo-



«La fuerza de Delibes se funda tanto en la nobleza de su alma como en la naturalidad de su lenguaje. Son cualidades que convierten a sus lectores en amigos, y que resplandecen sin declinación en este libro»

bladoras, o la difícil relación del cetrero con su pájaro, los ataques diferentes del halcón y el azor... La belleza de los vuelos, las costumbres de tales habitantes de la meseta, sus reacciones, inspiran páginas de enorme potencia descriptiva. Abundan noticias de evidente interés zoológico; por ejemplo, la astuta zorra conviviendo en su hura con tres o cuatro machos que la cubren por turno.

Todos, cazadores y caza, se mueven en un paisaje de poca fronda, no demasiado idílico, duro, reseco de sed o anegado en barro, y, sin embargo, amable; y al que las palabras enamoradas del autor hacen singularmente hermoso.

Zoólogo, sociólogo, psicólogo, epidemiólogo —ah, la mixomatosis conejil o el virus que se ensaña con la grey orejuda—, y, sobre todo, artista es Delibes cuando se echa al campo con su escopeta vieja de cuarenta años o con la flamante Sarasqueta. Un artista recatadamente lírico, sobrio revelador de sentimientos personales que le rondan por el alma. Las primeras palabras del libro son para explicar el porqué del título: «La respuesta es de pata de banco: porque la perdiz silvestre está cada día más reacia y, por contra, el que suscribe, dentro ya del to-

bogán, va para abajo y ni sus reflejos, ni sus piernas, ni sus bofes, son los de ayer».

Así, a la pata la llana para evitar lo patético,

que sería trampa impensable en él, Delibes declara en el umbral de su obra el temple con que ha ido escribiendo su diario: los barruntos, las inquietudes aprensivas y las asechanzas verdaderas con que se van haciendo presentes los años en el cuerpo. Puestas, además, en contraste con el brío de los Delibes que le acompañan en sus andanzas. Las largas caminatas, los lodos invernales, el solazo estival, las cuestas que antes no sentían los remos y que eran sólo accidentes casi ornamentales de la cacería, son ahora desafío para los pulmones e injuria de las piernas. Aquella pieza que ayer se hubiera abatido tirando poco menos que a sobaquillo, se escapa hoy sin dejar pluma o pelo. Y el cazador lo ve como síntoma de decadencia, y hasta lo exagera aprensivamente sabiendo que está en el arrabal de senectud y se encamina hacia el centro. Va volviéndosele rebelde la cintura para derribar el pájaro que le venía de frente y girar después y atinar en un instante a su pareja que ya volaba por atrás.

Pero, de pronto, un día acierta con el doblete; o se prueba por un terreno accidentado, y no le falla el fuelle; o supera en piezas cobradas —pero, en total, siempre pocas, pues ya se ha dicho cuánto escasean— a sus jóvenes compañeros de partida. Y empapa el alma una alegría casi jactanciosa, que el cazador se apresura a confiar a su diario, porque aún, aún... Para fallar tres días después en lo que estaba a huevo, y recaer otra vez en la melancolía. Porque, a la vejez, ésta es la resultante de entremezclar abatimiento y esperanza.

Pero la fuerza de Delibes se funda tanto en la nobleza de su alma como en la naturalidad de su lenguaje. Son cualidades que convierten a sus lectores en amigos, y que resplandecen sin declinación en este libro. A otros escritores se les admira; a él, además, se le quiere. Su estilo sin recovecos, la discreción de sus artificios, necesarios para que el lenguaje se haga arte pero jamás ostentosos ni apabullantes, proclaman que el autor vallisoletano nunca intenta distanciarse arrogantemente del lector con la exhibición de dotes verbales inalcanzables. No busca Delibes ser estimado por ellas, sino por la sinceridad y la humanidad de lo que cuenta, que mueven a con-sentir con él, más que a asombrarse.

Estos libros de caza, éste en particular, le ofrecen la oportunidad de recurrir a múltiples palabras terruñeras, creadas por los castellanos para convivir con la Naturaleza y sobrevivir. Términos que identifican relieves y llanos, arbolados y calvas, regatos y sequedades, que distinguen animales y plantas por mínimas cualidades que ya los de ciudad no advertimos; hasta su existencia ignoramos tal vez. Son vocablos que vienen de un fondo de experiencia secular, con una variedad y abundancia que sorprenden ante el esquelético léxico de supermercado hoy suficiente. Palabras no siempre «bonitas», pero ajustadas como la vaina al grano.

Otro libro importante del gran escritor, a quien, ya lo verá, le aguardan otros cotos para seguir midiéndose las fuerzas y comprobando por muchos años que aún abundan, aunque para ello tenga que desesperarse buscando la caza que no hay y tirando de vez en cuando al pimpampún.

Fernando LÁZARO CARRETER
de la Real Academia Española

CONXA JUFRESA i PATAU



EDICIONES DESTINO, S.A.

Consell de Cent, 425, 5.ª planta
Telèfon 265 23 05
Telefax 265 75 37
08009 BARCELONA



35

LIBROS



El último coto. Miguel Delibes. Destino. Barcelona 1992. 246 págs.

La caza ha ocupado desde siempre un lugar importante en la vida y en la obra de Miguel Delibes. Este libro es un testimonio más de la fidelidad del autor vallisoletano a su tierra, sus gentes, sus aficiones, sus amigos, los temas de siempre. Está compuesto por más de cien notas breves, como apuntes de un diario, que Delibes fue publicando desde 1986 hasta diciembre de 1991 en la prensa. La caza es el hilo conductor de estos artículos, escritos, como tantas otras páginas de este autor, con un estilo cargado de cordialidad. Los problemas con los que se enfrentan los cazadores, la proliferación del "exterminador" consumista, la creciente desertización, las epidemias, las relaciones personales, las buenas y malas rachas, la escasez de consejos, Castilla..., son algunos de los ingredientes de este libro eminentemente cinegético.

El contacto con la naturaleza transforma positivamente al "viejo cazador", como el mismo se llama. Tal y como él entiende la caza, esta actividad va siempre acompañada de la libertad.



Junto con descripciones líricas y emotivas, hay también quejas sobre la situación del campo castellano.

Una verdadera pieza para la biblioteca de cualquier lector, cazador o no.—Alfonso Rascón.



ΔMD, 90, 11, 2

36



EDITORIAL PLANETA

Silvia Bastos Simmersbach

*Directora de Publicidad, Promoción
y Relaciones Públicas*

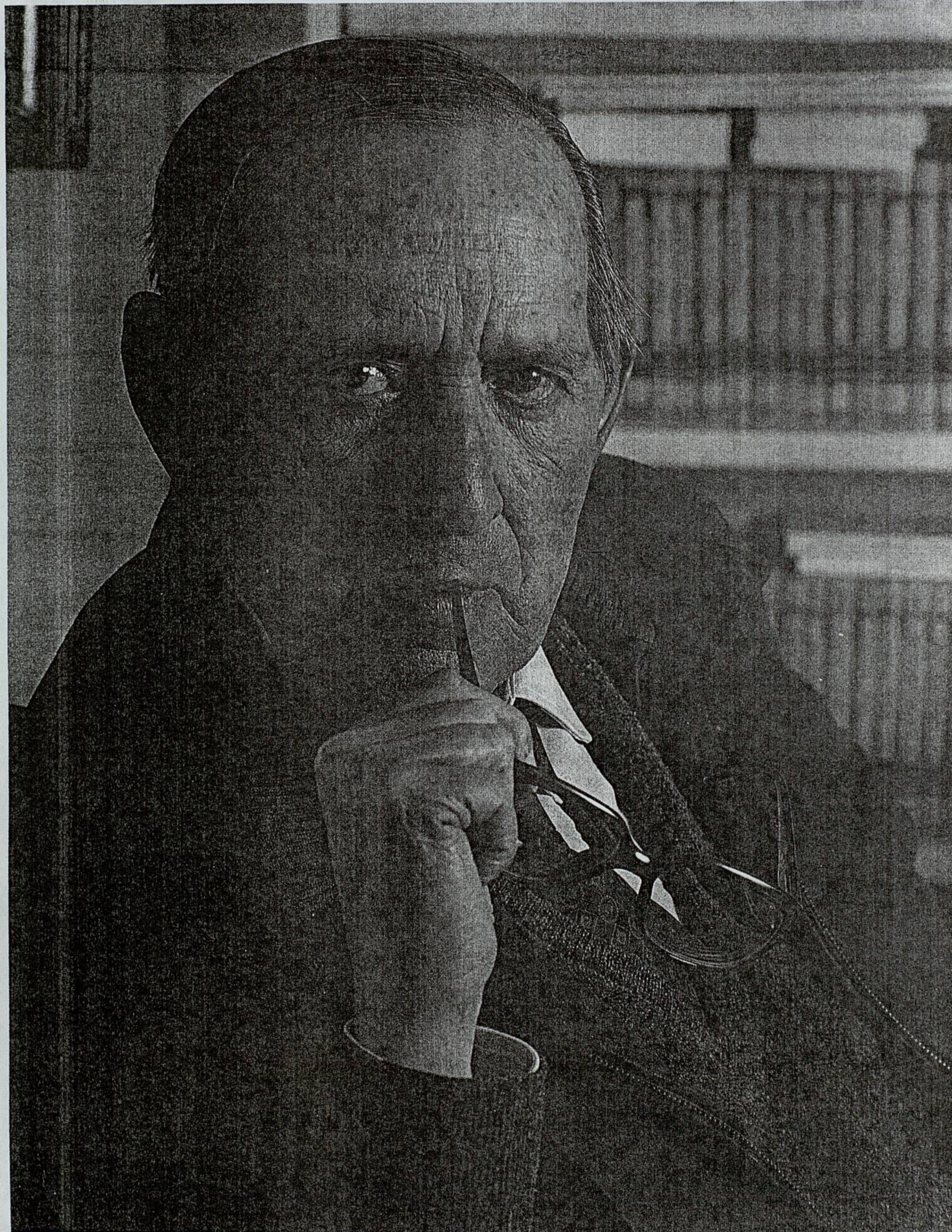
Córcega, 273-279
08008 Barcelona (España)

Teléf. (93) 415 41 00
Fax (93) 416 11 67

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

Miguel Delibes



160 / TIEMPO 1 JUNIO 1992

MD

MIGUEL DELIBES

JORNADAS SOBRE SU OBRA Y NUEVO LIBRO

«SIENTO MELANCOLIA AL VER QUE YA ME ESTUDIAN COMO A UN CLASICO»

Expertos en la narrativa de Miguel Delibes estudian su obra, su estilo, sus costumbres y manías a la hora de escribir en unas jornadas para homenajear al último Premio de las Letras. Como es habitual en él, también se paseará por la Feria del Libro para firmar ejemplares de su último libro, *La vida sobre ruedas*.

Por MARISA PERALES / Fotos: LUIS MIGUEL GONZALEZ

● —Estos días se celebran unas jornadas sobre su obra. ¿Qué le parece que le estudien como escritor?

—Son unos encuentros a base de conferencias y mesas redondas organizados por el Ministerio de Cultura por haber obtenido el Premio Nacional de las Letras.

—¿Se siente incómodo al saber que expertos en su narrativa van a estudiar su obra y persona?

—Me abrume. Todos los barullos que se organicen en torno a mi persona me abochornan, pero sólo tengo motivos de agradecimiento.

—Usted ha dicho que premiar el trabajo de una vida tiene un punto de melancolía, porque la vida ya está vivida. ¿Lo sigue pensando? ¿Ocurre lo mismo cuando se estudia la obra entera de todo un escritor?

—Es lo mismo. Aparte de ser un motivo de reconocimiento se siente una cierta melancolía que no se puede evitar. Más o menos, a uno le estudian ya como a un clásico.

—¿En qué basa su melancolía?

—En comprobar que la vida ya está

gastada. Lo único que se puede esperar es un achaque más.

—¿Le dan muchos?

—Los suficientes.

—¿Tiene la sensación de haber vivido su vida?

—En buena parte sí. A los 71 años ya está muy cumplida.

—¿Qué le falta por vivir?

—No estoy seguro de que me falte nada. Ahora publicaré un nuevo libro que se llama *El último coto*, que es la última vuelta que doy a la caza y al aire libre. No digo que no escriba otra novela cualquier día, pero no tengo el propósito de hacerlo.

—¿Satisfecho con lo que ha vivido?

—A medias. Con este reconocimiento, uno piensa que lo que ha dejado atrás merece la pena, pero cuando yo miro lo que he hecho siempre tengo la sensación de haberme quedado más corto de lo que me proponía. Es decir, que pretendía hacer algo mejor y más, y me he quedado en algo peor y menos.

—Cuando era joven decía que quería ser un genio y que se ha quedado en la discreción; sin embargo, el

“No soy la alegría de la huerta. Durante el crepúsculo matutino soy siempre alegre y, en cambio, el atardecer en el campo me entristece”

MD

TIEMPO 1 JUNIO 1992 / 161

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

“ El Papa no es santo de mi devoción. Su aspecto social le honra, pero cuando habla del matrimonio, de jóvenes..., no está a la altura de las circunstancias ”

■■■ ministro Solé Tura lo definió como uno de los grandes maestros contemporáneos del idioma español.

—Si existe una maestría en el manejo del idioma español se lo debo posiblemente a haber nacido en Valladolid, pero respecto a haber alcanzado las cumbres de la genialidad en la novela, que es a lo que yo me refería, me encuentro lejos de conseguirlo.

—¿No tiene una pizca de humildad y modestia cuando habla de este modo?

—No es una actitud de modestia, sino de autocrítica sincera. No he alcanzado mi sueño.

—¿Tiene superada la vanidad de la fama?

—Nunca la he sentido porque la fama me molesta. Me hubiera gustado hacer lo mismo que he hecho, pero siendo un desconocido y, claro, es un sueño imposible. Pero no me agrada nada que me reconozcan por la calle, que me señalen. Me gustaría pasar inadvertido en la ciudad donde vivo.

—¿Por eso se refugia en el campo?

—Sí. Para mí la vida es estar en contacto con la naturaleza, al aire libre. Yo habría vivido siempre en el campo si no me hubiera complicado la vida con tantos hijos y tantas dificultades para darles salida.

—¿Qué hace cuando va al campo?

—Mucho deporte, sigo montando en bicicleta, jugando al tenis, nado, paseo y disfruto de la naturaleza.

—El libro que va a presentar en la Feria del Libro, «La vida sobre ruedas», reúne tres relatos relacionados con los deportes:

—Sí. Es una edición que se ha hecho para jóvenes sobre mi vida deportiva.

—Cuando escribía, ¿pensaba en sus nietos?

—No. Pienso en un lector anónimo, sin cara y sin edad. Sánchez Silva, el autor de *Marcelino pan y vino*, me decía que era fácil escribir para niños, pero para mí no es sencillo, simplemente tengo una sola forma de expresión que no

es especial ni para niños ni para adultos.

—En el primer relato describe la figura de su padre empeñado en hacer de sus hijos unos buenos deportistas.

—Sí. Nos hizo grandes amantes de la naturaleza. Mi padre era hijo de un francés, que siempre se han caracterizado por ser amantes del aire libre, mientras que el español en aquella época se dedicaba más a jugar a las cartas. Mi padre, por ejemplo, al tiempo que nos enseñaba las primeras letras, nos hacía nadar y montar en bicicleta.

—Es curioso, tan castellano y con un apellido tan francés.

—Sí, pero los Delibes españoles nos hemos multiplicado tanto que hay muchos más en Madrid que en París. Aquellos siempre han sido más comidos con esto de la reproducción. Me acuerdo cuando iba con mi mujer a Francia a visitarlos.

—Ahora que menciona a su mujer, ¿le pesa mucho la soledad del viudo?

—Pesa mucho, aunque la gente me diga que te llegas a acostumbrar a todo. Los primeros años oía un ruido y pensaba que mi mujer iba a aparecer por la puerta, luego pasa esa sensación, pero no se olvida nunca.

—¿Sigue siendo una persona triste?

—No soy la alegría de la huerta. Soy, sobre todo, un hombre con cambios de estados anímicos muy repentinos sin justificación aparente, pero, en general, durante el

crepúsculo matutino, soy siempre alegre y, en cambio, el crepúsculo vespertino en el campo me entristece.

—¿La tristeza que siente le viene de joven?

—Sí, desde que tuve uso de razón tenía miedo a la muerte, no temor a mi propia muerte, sino a la de los seres queridos.

—¿Quiere morir o se resigna a envejecer?

—No me apetece morirme, pero la desaparición no la contemplo como una catástrofe, sino el modo en que ésta se produzca... Me atormenta si moriré con

dolor o con conocimiento. El hecho de dormirme y no despertarme no me asusta.

—No me da la impresión de que sea usted una persona demasiado feliz.

—Tengo atisbos de felicidad, momentos fugaces.

—¿Desengañado y escéptico de la vida?

—Soy un hombre convencido de que la vida ofrece poco y de que hay que exigirle poco. Los hombres y las mujeres desengañados esperaban demasiado de la vida y ésta no se lo ha dado. Yo nunca he esperado mucho de ella. La vida es cicatera y mezquina. No creo en demasiadas cosas.

—¿En qué cree?

—Creo en el amor y en la amistad, aunque no siempre que se habla de amor y de amistad es auténtico. Esta se da a cuentagotas y es mucho más difícil de conseguir de lo que uno cree.

—Sin ser ministro, cuando se le acercan a usted y le adulan, ¿qué piensa?

—No puedo ofrecerles nada más que buenas palabras. Un escritor no tiene poder.

—Como cristiano, ¿qué le parece la beatificación de Escrivá de Balaguer?

—Este señor no es santo de mi devoción.

—¿Es santo de su devoción el actual Papa?

—Tiene un aspecto social que le honra y otros de vida cotidiana, de vida de pareja, que creo no está muy próximo a la realidad. Cuando se refiere a su tendencia al igualitarismo de la sociedad y a la defensa de los humildes y las llamadas de atención a los ricos en favor de los pobres me parece muy bien. Pero al hablar del matrimonio, de los jóvenes, no está a la altura de las circunstancias.

—¿Qué le parece que el Opus se haya gastado tanto dinero en conseguir la beatificación en tan poco tiempo después de su muerte?

—Por eso le han beatificado. Cuando detrás de una persona existe una asociación poderosa es más sencillo que a uno le beatifiquen que siendo una persona pobre.



Entrevista

MIGUEL DELIBES

Al autor castellano no le gusta que le digan que ha entrado en la tercera edad por lo mucho que le disgusta este término. «*Lo que soy es viejo*», dice. Miguel Delibes acaba de ver publicado *El último coto*, un nuevo libro-despedida en el que escribe sobre sus recuerdos y sus vivencias. Ahora le ha llegado el turno una vez más a la caza, su gran afición, que defiende tanto de aquellos que la critican como de los que la practican «*con asalariado*» y acaban convirtiéndose en «*matarifes*». Delibes lamenta el deterioro del campo español y de sus especies, pero se resiste a ser un pesimista global. En su afán por ser positivo llega a alegrarse de que títulos suyos aparezcan en las estanterías de libros falsos de cartón que venden algunas tiendas de muebles.

«Va dado el que todavía crea en los premios literarios»

■ EMILIO GARRIDO
Foto: PACO JANEIRO (Valladolid)

MD

—En «*El último coto*» cuenta que unos amigos suyos le propusieron como abanderado de la caza civilizada. ¿Ha hecho méritos para tanto?

—Yo no soy un cazador que explota el celo, el hambre y la sed de los animales. Soy un cazador a cuerpo limpio, que sale al campo con un perro, anda campos y lo pasa bien aunque no pueda tirar un tiro. Luego está el cazador de ojeo al que los asalariados le empujan las perdices, o el de reclamo, que sale con la perdiz en una jaula para que con sus cantos atraiga a otras y las pueda ir matando. Son formas de caza que no apruebo. Por ello, estoy muy satisfecho de que me hayan tomado como modelo los buenos cazadores.

—¿Es el cazador «con asalariado» aquel que va a esas cacerías en las que se ven banqueros y empresarios?

—Exactamente. No se puede hablar del cazador a secas. Hay que ponerle el apellido. No todos tienen las mismas virtudes o vicios.

—¿Qué apellido le pondría a esos cazadores menos civilizados?

—Hay cazadores a los que en el lenguaje cinegético se les conoce como matarifes. Van sobre todo por la carne y consideran que una cacería es brillante cuando han matado muchas perdices. Prefiero matar dos perdices difíciles que una docena fáciles.

—Hay mucha gente que repudia cualquier tipo de caza.

—Todos los días se matan lechazos para comerlos. Yo nunca cazaría un animal gastronómicamente inútil.

—En el libro describe con entusiasmo las técnicas de caza del halcón y el azor y los intentos de huida de sus presas. La descripción es casi cruel.

—Este tipo de caza es precioso. Tiene aspectos brillantes cuando se conocen las técnicas del halcón y el azor y las posibilidades de huida del conejo y la perdiz, un gran espectáculo cuando están frente a frente. En el campo, en el mar o en los ríos, el pez grande se come al chico. Siempre ha sido así y es cierto que hay cierta crueldad, pero no tanta como algunos piensan, sobre todo cuando vivimos en una sociedad tan cruel de enfrentamiento del hombre contra el hombre.

—¿Dificultarán las peculiaridades de su lenguaje, con proliferación de expresiones muy castellanas, la traducción del libro?

—No creo que haya muchas expresiones que no se comprendan. Se puede traducir fácil porque el lenguaje de los cazadores es igual en todas partes. No hay muchas diferencias con novelas mías como «*El disputado voto del señor Cayo*» o «*Las ratas*», que se venden muy bien en el extranjero.

—No resulta fácil para los autores españoles vender más allá de nuestras fronteras.

—Es un problema general. ¿Qué autores italianos, alemanes o franceses se traducen en España? Contados, aunque ahora hay muchas más traducciones que en tiempos de Baroja.

—En la reciente feria de Francfort se ha comprobado que los únicos que venden son Manuel Vázquez Montalbán y Almudena Grandes. ¿Le gusta cómo escriben?

—Vázquez Montalbán ha tenido éxito con «*Galíndez*», un libro muy interesante. El éxito de «*Las edades de Lulú*», de Almudena Grandes, se justifica por el éxito que tiene el erotismo en todas partes. Lo erótico vende. Me parece que esta autora tiene condiciones muy buenas para abordar otro tipo de libros sin necesidad de venderlos por su carácter erótico. Tiene una manera de narrar suficientemente sugestiva y atrayente para vender cualquier libro que pueda escribir.

—¿Cree entonces que sigue vigente la «ola de erotismo»?

—Se habla del «boom» o del sarampión erótico, pero lo cierto es que estos sarampiones no pasan nunca. Siempre existen. Hay un público adicto a la erotomanía que compra esos libros o ve esas películas.

—¿Es un público inmaduro?

—No. Simplemente tiene esa debilidad, es una inclinación como otra cualquiera. No he sido nunca un novelista erótico y sería absurdo que yo, en vista de que el erotismo vende, me dedicara a hacer novelas eróticas.

—¿Coincide con los escritores que dicen que muchos libros, como los premios Planeta, se compran, pero no se leen?

—Quien todavía crea en los premios va dado, y quien compra una novela la lee, porque, si no, es mucho más barato comprarse los tomos de libros en cartón para exponerlos en el salón. Algunas tiendas venden estanterías con libros de pega.

—¿Le gustaría descubrir en una



estantería de éstas el nombre de una novela suya?

—No me importaría. En el fondo, revelaría una cierta estima.

—¿Siente que ha llegado también a su «último coto» literario?

—Mis últimos libros son un poco despedida de algo, desde «Madera de héroe» hasta «Señora de rojo sobre fondo gris».

—¿Por qué este afán por despedirse?

—Hago libros de despedida porque he llegado a cierta edad.

—¿Se ha despertado alguna mañana con la sensación de que ese día ya no podría escribir?

—Eso se presenta a rachas, pero no sólo ahora. También me pasaba cuando tenía cuarenta años. No tenía un tema sobre el que escribir. Uno es escritor, pero no sabe hasta cuándo podrá serlo.

—¿Está preparando en estos momentos alguna despedida más?

—No, estoy parado. Saldré a cazar el último domingo de este mes hasta que acabe la temporada de caza, que cada vez es más corta.

—¿Le agrada la calificación de «tercera edad»?

—Es una bobada. Somos viejos, no ancianos, como nos llaman alguna vez en los periódicos cuando dicen que un coche ha atropellado

a un anciano en tal pueblo. Además, ¿por qué no se habla de la «primera edad»? No entiendo ese afán por revisar las palabras para ocultar la realidad. Han llegado a corregir el término maestro. Ahora son profesores de enseñanzas básicas, cuando maestro, de lo que sea, es el título más grande que le pueden dar a uno en este mundo.

—En su libro dice que lo único que importan son las divisas. Esta fase cobra más fuerza por los acontecimientos económicos que estamos viviendo.

—Eso lo dije porque cuando había en España un apogeo de la perdiz se despertó una codicia cinegética en toda Europa. Venían grandes cazadores que pagaban sumas extraordinarias para cazar al ojeo, porque cansarse no le gusta a nadie en la Europa de los Doce. Era una fuente de divisas importante. Al llegar la crisis, al Gobierno le preocupó el dinero

■ **«Las novelas eróticas siempre se han vendido mucho, pero sería absurdo que por ello empezara ahora yo a escribirlas»**

que dejaba de ganar, no que los cazadores nos quedáramos sin ejercitar nuestro deporte predilecto.

—¿Le sorprende descubrir que España es el quinto país en volumen de divisas a nivel mundial?

—¡Pues cómo estará el sexto! Me angustia la situación económica que vivimos. La democracia ha demostrado que el 80 por 100 de la gente vive mejor que en una sociedad dictatorial, pero el resto son auténticos pordioseros.

—¿Cree que las cosas funcionarían mejor si su paisano de adopción José María Aznar fuera el presidente del Gobierno?

—Habría pocas diferencias, pues arrastramos las ventajas y desventajas de la economía universal en la que estamos inmersos. Todo está concatenado y la autonomía que le queda a los Gobiernos locales es menor. ¿Qué haría Aznar en Castilla que no haya hecho González para mejorar la situación de esta tierra de trigo caro y mal cielo? La única salida es la unión europea que distribuya los quehaceres de toda la Comunidad, como hacen en Estados Unidos, que tiene unas zonas concretas para sembrar algodón y otras para la diversión, como es California. Creo que se llegará a esto.





MD

MIGUEL DELIBES

ULTIMO LIBRO SOBRE CAZA Y NATURALEZA

«LLEVO AÑOS CON CARA DE BOBO CUANDO FALLAN EL CERVANTES»

Miguel Delibes publica *El último coto*, una especie de melancólico adiós a sus reflexiones de veterano cazador y hombre comprometido con la Naturaleza. El escritor vallisoletano, eterno candidato a los grandes premios, contempla la recta final de su carrera con un escepticismo crítico.

Por SEBASTIAN MORENO / Fotos: PEDRO CORRO

MD

●-La lectura de «El último coto» produce una impresión de tristeza.

-Sí, es un poco triste para mí porque anuncio ya la retirada de la caza. Son exigencias de la edad porque a mis 72 años, la caza que yo hago es muy esforzada, a rabo, andando por montes y morenas hasta que sale la pieza.

-Pero en algunas fotos de las monterías sociales se ven personas mayores que usted.

-Son esas cacerías en las que otros hacen el esfuerzo y ellos no hacen más que taparse y disparar la escopeta. Para mí, que soy un hombre acostumbrado a echarme a reñir con un animal silvestre, a ver quién es más inteligente, más bruto o más resistente, todo eso no me satisface.

-Leyendo sus anotaciones, da la impresión de que la caza se acaba.

-La perdiz roja se acaba, ha caído en barrena y la están sustituyendo por perdices de corral, criadas como las gallinas y los faisanes. Los pesticidas, los herbicidas, la desaparición de las linderas y de otros lugares de ocultación de las perdices, junto a los últimos años

de sequía, han llevado a esta situación crítica.

-¿Qué es lo que más le preocupa del actual deterioro cinegético?

-Lo malo es que el deterioro nos va pasando con muchas cosas y eso me parece no sólo peligroso sino sospechoso: que desaparezcan los olmos, el cangrejo, la perdiz, la trucha salvaje... Lo que más me estremece es que toda esta sobreexplotación la van sufriendo malamente y a la gente le da igual pescar un pez que ha salido de la propia Naturaleza que pescar un pez que ha echado un señor con un coche de bomberos y que ha vaciado en el río. Aquí de lo que se trata es de destruir. La gente hace negocios mientras participa en un ojeo florido y le da igual lo que caza. Por eso cuando se dice que hay un millón de cazadores en España, me asusto: ¿Cuántos tienen una norma moral frente al animal que persigue...?

-¿Cree que desde la Comunidad Europea ayudarán a detener nuestras catástrofes ecológicas?

-En Europa ha pasado igual. Quedábamos nosotros como un reducto ■■■

“ Resulta muy fuerte que las mayores ilusiones de los españoles de hoy sean el «bonoloto», el «cuponazo» y los concursos de la tele ”

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

“ Los europeos son muy cómodos: nos exigen conservar una serie de animales que ellos se han cargado ya, pero no quieren compartir los gastos ”

■■■ continental pero los europeos son muy cómodos: nos exigen conservar el lince, las avutardas y una serie de bichos que ellos se han cargado antes, pero sin compartir los gastos. Me parece muy bien que quieran que Doñana sea el refugio de los patos de toda Europa, y que cerca no haya urbanizaciones, pero los miles de millones que eso conlleva hay que compartirlos entre todos.

—¿Cómo se lleva con los ecologistas?

—En el fondo nos entendemos. Los ecologistas han señalado a ciertos cazadores poniéndolos a salvo. Hay cazadores de muchas categorías: el que caza al paso; el que caza explotando las necesidades de los animales como el celo, el hambre y la sed; el que paga una cuota como los antiguos adinerados que querían librarse de la *mili* y pagaban un mozo que les sustituyera. Los de hoy pagan en los ojeos a gente para que caminen y les traigan los bichos. Son muchos los tipos de cazadores y cada uno necesita un apellido para que el ecologista pueda juzgarle.

—¿Salir al campo le ayuda a escribir?

—Me carga las baterías para volver sobre mis libros, pero no pienso en nada creativo. Si el cazador no va pensando en la presa que va a saltar en cualquier momento ya no es cazador. Ortega decía que el cazador es el hombre alerta. Yo sigo esa pauta.

—¿De dónde le viene esta obsesión por la Naturaleza?

—No lo sé, pero es cierto que es una obsesión en mi vida. Yo, seguramente, hubiera vivido en el campo de no haber tenido una vida tan complicada, con siete hijos, los estudios y todo eso. Esa obsesión ya aparece en una vieja obra, *El camino*, que es la historia de un niño que llora porque no quiere marcharse de su aldea. Algunos llegaron a decir que esto era una actitud reacciona-

ria. Entonces no se comprendía que hubiera un ser humano que prefiriera la Naturaleza a la ciudad. Hoy, desde la época de los *verdes* alemanes, incluso está de moda vivir en el campo. Se busca una mayor calidad de vida, fuera de los atascos y los agobios de la ciudad.

—¿Cómo se ve desde provincias la angustiada carrera por el dinero de la sociedad de hoy?

—En pequeño se ve igual aquí. Es muy triste que el ídolo del hombre sea el dinero, pero lo más lamentable es que esto lo fomenten los que nos gobiernan con tanto casino, *bonolotos*, *cuponazos*, primitivas y los millones del *Un, dos, tres*. Es muy fuerte que las mayores ilusiones de los españoles de hoy las enciendan los bonolotos o los concursos de la tele.

—¿Cree importante para un escritor el hecho de vivir en la ciudad?

—Hace treinta o cuarenta años, sí. Antes era casi fundamental el conquistar Madrid físicamente. El que quería ser autor tenía que colaborar en periódicos e ir a tertulias. Hoy las posibilidades de los medios no exigen que uno esté necesariamente en Madrid. Se puede ganar el Nadal o el Planeta escribiendo en provincias.

—Usted ha ganado el Nadal y algunos premios más. Le quedan el Cervantes, el Planeta, el Nobel...

—No espero ninguno. Delibes lleva ya muchos años sonando en el Cervantes. Todos los años vienen unos cincuenta periodistas a mi casa a esperar el fallo y ver la cara de bobo que pongo cuando se lo dan a otro. Ya es una costumbre, ja, ja, ja... Al Planeta no me presento porque prefiero que lo hagan los jóvenes y que se promocionen. El Nobel pasó cerca, pasó por la ventana y le dije adiós. Al contrario que el cartero, el Nobel nunca llama dos veces: no sólo se premia a una persona sino a

una generación. Ocurrió con el 27, por ejemplo, cuando se lo dieron a Alexandre: estaban también Alberti, Guillén... y no se lo dieron. El único premio que me ha hecho ilusión presentarme y recibirlo es el Nadal porque era mi primera obra y suponía como decirte: ¡hala, a ver cómo te las ves tú por la literatura!

—Su literatura, en general, refleja bastante pesimismo. ¿Es una actitud personal o de estética literaria?

—Es personal, una actitud vital. Yo he sido pesimista, con una propensión a la melancolía y a la neurastenia, que la he tenido desde niño. Ya un fraile, donde yo estudiaba, hacía una semblanza mía en la que anunciaba: «*Tiene una mirada un poco tristonza, y sin embargo, Miguel es el más alegre y juguetón del grupo*». Y era verdad: yo cuando jugaba lo hacía con toda el alma, pero de repente paraba y venían las melancolías y las tristezas. Mi primera novela, en plena juventud, *La sombra del ciprés es alargada*, es la historia de una amistad de infancia, truncada por la muerte. De manera que eso no ha tenido que ver con las incidencias de mi vida; al contrario: cuando yo tenía razones para ser lo más feliz posible era, quizá, cuando he escrito cosas más tristes.

—¿Qué es lo que más le entristece en estos momentos?

—La muerte de Petra Kelly me ha impresionado mucho. Es una gran pérdida para un mundo tan olvidado de la Naturaleza. Su muerte es oscura porque parece evidente que ella no se ha matado. Quizá fueron celos. El general con el que vivía le llevaba muchos años. Era una pareja desigual.

—Muchos escritores han adoptado ese tipo de pareja: Cela, Octavio Paz, Moravia...

—Es una manera de aferrarse a la juventud. A mí me parece bien, si ella está de acuerdo en atenerse a compartir la vida con un señor más viejo.

—¿No ha sentido esa tentación?

—No. La soledad tampoco es mi caso, con una familia numerosa. Yo si me enamoro, me caso, pero me he dejado llevar por la vida y ya se me ha pasado la edad en que podía haber optado por otro matrimonio, aunque nunca cerré las ventanas.

